



Diario de Joel
y Victoria 



WORLDS

*Un sueño latente,
un sentimiento repentino,
el despertar de una melodía...*



JOEL HIRO & DONNA APRILE

PRÓLOGO

Victoria es una joven de 19 años que se debate entre sus estudios y su trabajo como camarera en la cafetería de su universidad.

En su mundo interior, cuatro voces danzan al son de una melodía que ansía tiempos felices tras un pasado turbulento, compitiendo con la suya propia.

Jules, Julia, Foer y Donna pondrán sobre la mesa imaginación, garra, fe, sensualidad, responsabilidad y pragmatismo. Pero sobre todas esas cosas, todos ellos sentirán con fuerza la pasión de ansiar tiempos mejores.

Joel, por su parte, adolece a la edad de 23 de un trastorno maníaco depresivo de nacimiento.

Eso ha afectado ostensiblemente a una personalidad construida a base de capas, asemejándose a un laberinto oculto en las profundidades de un océano cambiante.

Porta una libreta en la que un personaje llamado Tylerskar ruge con la furia de quién se sabe más real de lo que todo parece indicar.

Solitario y meditabundo, Joel parece querer ganar una guerra etérea ayudándose de aliados invisibles.

Ni Victoria ni Joel, protagonistas en la propia complejidad de sus mundos, verán venir el elemento que los fundirá.

Sobre la barra de la cafetería de Victoria, ésta irá preparando malteadas de fresa.

Paradójicamente, tanto el azul del mar al que tanto ama y teme ella, como el naranja del fuego que parece arder en el interior de Joel, encontrarán en el rosa de ese líquido un punto de encuentro.

Acompáñales en el fundirse de sus mundos.

Unas veces con dolor, otras con belleza. En la calma o en la tempestad.

Su amor por una pasión que apenas ya latía pondrá a prueba tanto sus sentidos como los del lector, mientras a cada trago de esta novela aflorará el miedo, la emoción y sobre todo... La esperanza por ver amanecer la felicidad.

INTRODUCCIÓN DE VICTORIA

...o «Chico nuevo de barba me quiere *foerizar*»

La cafetería tenía bastante gente aquella tarde; supongo que el buen clima empujaba a los habitantes de este pequeño pueblo hasta el local a pedir alguna bebida fría, quizá un batido, smoothie, un frappe o una malteada. Hacía calor, pero no tanto como para que mi piel se sintiera pegajosa; aun así, abrí todas las ventanas y dejé que la brisa refrescara cada rincón de aquel lugar tapizado de madera.

Mientras descansaba un par de minutos tras la barra, donde terminaba de escribir mi parte de un trabajo de la universidad, pensé seriamente en lo festivo que se sentía el ambiente. Era extraño, por algún misterioso motivo ese día me recordaba a las escapadas de los sábados a la playa, cuando me tiraba en la arena a escuchar conversaciones en distintos idiomas de los turistas y locales.

«Con un buen libro en las manos, no te olvides» añade Donna.

Si, con un buen libro en las manos. Pero, la verdad me cuesta bastante leer en lugares públicos, siempre termino prestando más atención a otras cosas que a la lectura en sí.

Estoy hablando del día en que todo empezó: la cafetería, el calor, las ventanas abiertas, un proyecto sobre la barra y el ambiente festivo.

Y como cereza de malteada, Joel.

Yo ya lo había visto varias veces en la universidad, a veces se pavoneaba con otras chicas de la Facultad de Humanidades, también lo había visto recorriendo los pasillos de la biblioteca con el rostro inexpresivo y la mirada profunda, como si en su interior se libraran secretas batallas ancestrales contra demonios internos.

Ese momento él llegó con los ánimos bajos, la mirada fija en el piso y libros bajo su brazo, se dirigió inmediatamente a la barra, tomando asiento frente a mí y dejó sus cosas a un lado. Sin perder tiempo, jaló la libreta de encima y la abrió, luego buscó en su chaqueta un bolígrafo sin mucho éxito.

—Ten, usa esta. —Le entregué una pluma negra que guardaba en mi delantal y me acerqué un poco más para pedir su orden—. ¿Qué vas a beber?

—Cerveza, por favor —contestó sin mucha energía, pero con amabilidad.

Balbuocé una marca mientras yo me giraba hacia los refrigeradores y se concentró en escribir.

Nada nuevo, solo que era la primera vez que hablaba con él y no me parecía el tipo carismático y Cassanova que rondaba a las féminas de la universidad. Era más bien un hombre tímido, calmado, introspectivo y con bastante información misteriosa pululando en su rubia cabeza.

Entonces, al momento en que sus manos sostuvieron la botella verde, su mirada se transformó radicalmente y una sonrisa perversa se dibujó en su rostro. Le dio un trago y las cosas se intensificaron.

—Te he visto en los pasillos —me dijo, su voz subió una octava y hablaba claramente más rápido que antes—. Estudias artes plásticas, ¿no?

—Si... —Apenas musite, luchando con la confusión que se venía a mi mente.

«Cuidado» Julia susurró en mi oído. La ignoré.

—Y... escuché que te llamas Victoria. Es un lindo nombre.

«Piropro con intenciones dirigidas, presta atención» Foer dijo al otro lado. Lo ignoré.

—Has oído mucho de mí y yo no sé nada de ti —contesté justo como Foer lo haría, lo he visto tanto tiempo en acción que he aprendido algunos trucos.

—Soy Joel, es un gusto conocerte —me dijo, estirando una mano para estrecharla—. ¿Por qué no te sientas conmigo y charlamos un poco?

—Estoy trabajando...

—Anda, vamos. Solo unos minutos. La verdad es que siempre he tenido ganas de hablar contigo...

Me quede callada, observándolo cuidadosamente. Era obvio, este sujeto venía por una Foerización.

[Foerización: Acto de foerizar. Dícese de aquella compulsión por conquistar personas al azar, enamorarlas e idealizar que son perfectos para nosotros para después desecharlos tras un tiempo determinado.]

—No lo sé, creo que me gustas. Cada que te veo pasar siento como se acelera mi corazón.

Foer se ríe. «Es increíble» dice. «Hace tiempo que no tenemos a un romántico como este».

«¿Qué? ¿Qué haces, Victoria? ¡Borra la sonrisa ahora mismo!» Julia gritó y casi levanto mi mano para cubrir mis oídos.

—Debes pensar que soy un loco, soltándote todo este rollo de la nada.

Después procedió a recitar un sinnúmero de estrofas poéticas sobre batallas épicas y arcoíris, diciendo que yo podía ser aquello que terminara con una tormenta hipotética.

—Vayamos más despacio, ni siquiera te conozco... —Fue lo único que me atreví a decir en aquel momento. Y es que, bueno, sabía perfectamente cuales eran sus intenciones, pero por alguna razón no podía hacer como otras veces: alejarme. Había algo en sus ojos, en su energía, en... no sé. No pude cortar de golpe sus intentos... No quería hacerlo.

«Déjame a mi» Foer dijo, tronándose los dedos y sonriendo de lado, saboreando lo que estaba a punto de almorzar. «Este será divertido; sabe hablar, sabe conquistar y no está de mal ver».

—No. —Tuve que llevarme la mano a la boca para evitar hablar más fuerte—. Quiero hacerlo yo.

Poco sabía en aquel entonces la historia que se desarrollaría después de aquella decisión.

«Bien, Victoria, bajo tu propio riesgo» Foer suspiró. «Joel es todo tuyo, hermana».

—Dame una semana para conocerte y ya veremos qué sigue —le dije, intentando ignorar todo lo demás—. En primera, necesito ver lo que se esconde detrás de la fachada.

—¿Qué fachada? Yo no tengo fachada...

—Todos la tenemos, pero se te caerá en pocos días. Nadie puede mantenerla por tanto tiempo. — Me acerqué un poco a él hasta poder oler ese olor tan particular tamizado con un poco de tabaco. Y con ello, Julia recobró tanta fuerza como para ocupar nuestro cuerpo por unos minutos.

—Ten, lee esto —. Joel acercó un par de libros hacia mí, o hacia Julia, quien puso la mano sobre ellos con cuidado, aceptando el encargo—. Podrás conocerme más de esta forma.

Ella los retiró de la barra y los colocó junto a la mochila. Había algo que la había enganchado tanto como para tomar el mando y no alejarlo despiadadamente.

Algo raro pasaba aquí.

REUNIÓN EN LA MESA REDONDA

Diario de Victoria

—Tu nombre, ¿cuál es? —te pregunta un joven alto y de rasgos extraños, vestido con un traje demasiado elegante y oscuro para la ocasión, con el castaño cabello relamido con litros de fijador. Lo más peculiar de su atuendo es un pañuelo con bordados de rosas que lleva en el bolsillo del saco, pero lo que más te llama la atención es su expresión seria y la mirada penetrante.

—Tylerskar —respondes, pero es casi un susurro.

No sabes por qué estas ahí, hace un rato estabas en... ¿dónde? No puedes recordarlo. Entonces ves a tu alrededor, estás en una cafetería de pisos de madera, muebles antiguos y un ventanal por donde se ve el mar al atardecer. En aquel lugar comienza a sonar una melodía: *My funny valentine* con la voz de Chet Baker.

—¡Objeción! —grita una joven pelirroja vestida completamente de negro, sentada en una de las sillas de la única mesa redonda del lugar, golpea la superficie con el puño y frunce el ceño—. No vamos a escuchar jazz hoy, eso fue lo que pusimos la vez pasada. Quedamos en que es el turno de Jules, pero como sabemos cómo están las cosas, de seguro pondrá algo empalagoso, así que...

—Yo lo haré, ¿indie está bien? —Una muchacha, también pelirroja, pero con el cabello largo y ondulado, con un vestido azul cielo se alejó de la ventana, dirigiéndose al origen de la música, donde estaba el hombre de traje.

—No muy depresivo, por favor —contesta la de negro.

Te acercas a la barra sin saber mucho qué hacer, ahí hay otra joven, esta lleva lentes y una sonrisa permanente en el rostro, pero a través de ellos puedes ver algo que te hace temblar.

—¿Quieres beber algo?

—Si... un...

—Malteada de fresa será. —Sonríe ella. Sabes que ella sabía lo que dirías, pero aun así ha osado a imponerte una respuesta completamente diferente. La observas atentamente mientras la prepara y oyes un ligero tarareo salir de sus labios sonrientes, y cuando pone la bebida ante ti, se inclina en tu dirección y te susurra—. Es mi favorita.

Después, ella misma voltea a ver el atardecer que poco a poco va tornándose oscuro.

«Es hora» susurra y como si la hubieran escuchado, todos los presentes toman asiento alrededor de la mesa circular.

Tú no sabes dónde sentarte ni si puedes unirme a ellos, y eso te hace sentir nervioso, solitario, como que no perteneces; pero, de repente, una niña de cabello rojizo oscuro se levanta y busca una silla más, abre espacio entre los presentes y cuando el lugar está listo, te hace una señal tímida para que tomes asiento... justo a su lado, y de quien te ha preparado la malteada.

—Objetos. —La de negro lanza la orden con cierta altanería.

Todos se hurgan la ropa y esperan la siguiente indicación.

—Julia presente —dice la misma joven de negro, lanzando un viejo libro de Drácula al centro de la mesa.

—Foer aquí —dice el joven de traje dejando su rosario sobre el primer objeto.

—Donna lista —la mujer del cabello largo y vestido azul deja caer una libreta.

—Jules... ha olvidado sus materiales de dibujo, pero aquí hay algo más. —Ríe y entrega un corazón de papel arrugado. Los demás la observan con cierta ternura, como quien ve a un niño hacer cosas de niños.

—Victoria —se limita a decir la chica que te ha preparado la malteada, a la vez que coloca un girasol en el centro.

Entonces, todos te miran, están esperando que sigas las reglas; debes entregar un objeto para poder participar. Buscas en tu chaqueta por algo, pero solo llevas la libreta de Joel... «¿por qué?» te preguntas, pero no te da tiempo de contestarte porque Julia ya te la ha arrebatado y la ha arrojado con las demás cosas.

—Comencemos —anuncia Julia y cruza los brazos sobre la mesa—. Hoy tenemos a un invitado, trátenlo como si no estuviera aquí; solo viene a ver.

—¿Quién lo ha invitado? —pregunta Foer.

—Victoria —Donna contestó, enredando su cabello entre sus dedos con cierta coquetería.

Todos se quedan en silencio, observando a la culpable por varios segundos, algunos juzgándola, otros más molestos que nada y también unos cuantos con curiosidad.

—Ya, hay que empezar con esto —dice la joven de lentes con cierta incomodidad.

—¡Perfecto! El tema de hoy: Sujeto no identificado de la libretita que aquí nos acompaña —dice Julia—. Presentaré el caso: Ha llegado de la nada y es un misterio, muchos aquí se han sentido intrigados y atraídos hacia él, aun cuando acabamos de salir del atolladero en que «la cosa» nos ha lanzado. Necesito que lleguemos a una solución cuanto antes, ya saben cómo es esto. Primero, quiero que el menos involucrado exprese su punto de vista. ¿Foer?

El joven se arregla el cuello de la camisa y carraspea, después pone cara de erudito y comienza a hablar.

—Simple, si las niñas quieren lanzarse a la aventura, que lo hagan. El hombre es interesante, puedo ver... —Ciñe la mirada en ti y te sientes desnudo—... un desafío, fuego, valentía y un increíble laberinto dentro de él. Será bueno ir más adentro... aunque con precaución. Ya nos ha sucedido lo impensable con... ¿cómo le llaman ustedes? ¿«la cosa»? Bueno, hemos confiado ciegamente en él y nos ha dado una patada por el... por la retaguardia. Hasta a mí me ha engañado el malnacido. Perdón, el...

—Ya, sabemos lo que es, déjalo así —Donna interrumpió—. Escuchen, debemos mantener la mente fría. Sé que hay cosas raras aquí; nada de esto es normal. He estado observando sus interacciones con Victoria... veo cómo reacciona ella y he estado escuchando los pensamientos de Jules. Es claro que Tylerskar o Joel o Vic...

—¡Shhh! —Julia paró la tragedia antes de que ocurriera, después la dejó continuar.

—Quien sea, está claro que tiene habilidades para acercarse, ha logrado traspasar ciertas barreras... ha pasado a través de Victoria.

Todos voltearon a ver a Donna y después a la chica de lentes.

—No me ha pasado a mí —la de negro dijo con veneno en la voz y una media sonrisa.

—¿Ah, no? —Victoria subió el codo a la mesa y recargó su cabeza en el brazo, mirándola como si le supiera algo—. Yo te he visto, Julia, querida, te dejamos unos segundos tomar control y te has leído su novela de la Taberna... ví tu expresión, sentí tu mismo sentir. No puedes mentir en la mesa redonda, es una de las primeras reglas.

—Yo también he visto eso. —Foer comenzó a reírse, invocando la risa en todos los demás.

—¡Basta, basta! —gritó el nuevo centro de atención—. Tiene un don para la escritura, eso es todo. Me ha conmovido un poco, hace tiempo que no leo algo como eso. No es nada más que eso. Perdemos el hilo, vamos. Jules, ¿qué tienes que decir?

Ahora todos miraron a la más joven, quien se hizo bolita, temiendo la atención como siempre. Ella prefería mantenerse oculta, fuera de la vista de todos, en especial porque tenía a aquellos cuatro hermanos mayores para protegerla y enfrentar al mundo por ella.

—Me cae bien —dijo con un hilito de voz—. Su sonrisa, es un poco... retadora y con toques de peligro. Pero he visto sus ojos, vi lo mismo que Foer, quizá he echado un vistazo un poco más allá... Me recuerda mucho al cuento que Victoria está creando, al del Espejo. Él es Tezcatlipoca, su mismo retrato.

—Tiene razón la pequeña —Foer habló—. Lo hemos hecho otra vez, aunque ahora le ha tocado a Vicky.

Silencio, todos pensaban en el siguiente paso: las palabras de la culpable de aquella reunión.

—Diré lo que pienso y ustedes decidirán qué hacer conmigo y con la situación después de esto, ¿okey? —dijo ella sintiendo la presión de todos en el cuello, le lanzó una mirada discreta a Tylerskar y respiró profundo—. Ha aparecido de la nada, si, ya lo dijimos todos. Ustedes me dejaron a cargo después de los sucesos de «la cosa», creyeron que yo sería la mejor armadura contra quienes intentaran aprovecharse de nosotros otra vez. Siento que de alguna forma les he fallado, pero deben comprenderme. Les juro que intenté mantenerme alejada todo este tiempo durante los inicios del proyecto al que nos invitó. Ustedes fueron testigos de ello. No solo me mantuve alejada de él, sino de todos los que se acercaban con aquellos motivos. Yo tenía la convicción de no dejar pasar a nadie... Pero vamos, no es solo mi culpa. Okey, fui yo quien aflojé la guardia con unas simples palabras de escritor...

—Y la videollamada. No olvides la videollamada —dijo Julia sin bajar el índice de violencia.

—Si, he hecho muchas cosas, he permitido que venga tan cerca como para estar presente en esta reunión... Pero tengo motivos.

—Nómbralos.

—El universo que hay dentro de su cabeza me atrae. No es como los otros humanos, unidimensionales y enfocados en... banalidades. Tampoco es un pozo profundo. Sí, tiene una parte de ello, pero solo hay que saber por dónde ir y estaremos a salvo. He visto lo inimaginable ahí, luchas de magnitudes épicas, batallas fantásticas, personajes inigualables. Nunca pensé conocer a un humano con ese potencial. Sé que dista demasiado del ideal de todos ustedes... pero él contiene el libro más interesante del planeta tierra dentro de aquellas capas de nebulosa. Estoy segura de lo que hay al centro del laberinto. —Sonrió ampliamente—. Es alguien como Jules, armado con una pluma y papel, erguido en un pequeño escritorio, con la nariz sumergida en las letras... imaginando, creando... Y así como nosotros la protegemos a ella, él tiene a toda una serie de personajes que le acompañan. ¿No lo entienden? ¡Hemos pensado toda la vida que estábamos solos! ¡Que no había nadie como nosotros! La bipolaridad es un tema escabroso, sí, y en eso nos diferenciamos, pero... ¿no es eso lo que lo hace más especial?

»Julia lo ha dicho bajo el influjo de sus letras: “Es como echarse un clavado en un mar turbulento, en cuyas profundidades se encuentra un laberinto... “y lo que no quiso decir: “... un laberinto que me gustaría recorrer hasta llegar a aquello que esconde”. Y es fácil abrirse con él, contarle cosas que nadie más sabe... ¿Ustedes no lo sienten? Como que han conocido a esta persona toda su vida, como si algo los llenara de calma y... como que las horas pasan rápido.

Tomas media malteada de un solo trago, aún absorto en la discusión que se desarrolla delante de ti.

—¿Te gusta? —Donna preguntó, lanzando su cabellera hacia atrás.

—No voy a responder a eso.

Silencio.

—Toda la valentía te ha sido entregada a ti, por eso te hemos dejado a cargo. —Julia rompe el silencio, ahora con la voz más calmada—. Nosotros estamos descubiertos, somos débiles y cobardes. Tu trabajo era simple: No permitir que cualquiera de nosotros bajara la guardia con otra persona como...

—Es tonto que se cierren así a las personas. —Victoria suspira con frustración—. ¿Cuál es su sueño? ¿Cuál es el sueño de todos nosotros?

—No vamos a discutir eso hoy.

—Bien, solo hay que decidir. Yo ya he expuesto mis ideas —la chica de los lentes dijo, intentando controlar su enojo.

—Los que estén de acuerdo en que Tylerskar o Joel o como quieran llamarle siga rondando por este terreno, acercándose y conociéndonos a fondo, alce la mano.

Observas a los presentes; Foer, Jules y Victoria mantienen la mano arriba. Donna se abstiene, pero tiene algo que decir.

—Mira, Julia, es obvio que también quieres alzarla y que solo te estás haciendo la dura... Y ya, el voto en contra es nada a comparación de esta demostración de... lo que sea que sea esto. Solo quiero decir que debemos ir con cuidado, seguir observando... No podemos lanzarnos al turbulento mar, así como así. Aparte, reglas. Si vamos a hacer esto necesitamos reglas, así como escuchar su versión de los hechos.

De repente, apareces en otro lugar. Estás en la playa, los zapatos se hunden en la arena y la brisa fresca golpea tu rostro. Los misteriosos personajes que conociste minutos atrás ya no están ahí, solo Victoria, quien mira melancólicamente lo que parece ser un amanecer.

—Espero no haberte asustado al lanzarte al abismo de las charlas de todos los que están aquí adentro. —Señala su cabeza y sonrío—. Se ha tomado una decisión, pero no te dejé escuchar porque la discusión no terminó ahí, sino que siguió más violentamente. En los últimos meses han sucedido cosas difíciles para todos ellos y les cuesta trabajo abrirse con la gente, por eso están en pánico. Supongo que todos tenemos nuestras propias batallas... —dice y tú bajas la vista hacia sus manos, lleva un vaso de plástico con una bebida rosa y crema batida con una cereza y galleta—. Ten, bébela de un solo trago... y si quieres más, solo pídelo.

LA VERSIÓN DE LOS HECHOS

Joel sentía como el frío le calaba los huesos en ese amanecer en la costa.

Hacía no mucho tiempo, aquellas mismas playas habían servido de tumba para muchas cosas. Sin embargo, su resurrección era un hecho.

Por un momento reparó en que aquella persona que le había hecho entrega del delicioso brebaje no le incomodaba lo más mínimo. Sabía que le estaba observando, colándose entre los diferentes planos como arena en un tarro repleto de trozos de metal. Sin embargo, más allá del frío cálculo del estudio mútuo, existía una intensa carga de sentimientos contenidos. De ahí nacía, cómo no, esa sensación de familiaridad inexplicable.

—¿Qué ocurre, Joel? — La voz de Victoria era tan dulce como la malteada.

Sin embargo, algo había en ese amanecer que entristecía al joven. La melancolía se agarraba a su cuello formando un nudo que habría de regar de lágrimas su tan querido mar en muy poco tiempo.

Negando levemente con la cabeza, dejó escapar un suspiro, y alzando las manos dejó escapar su confesión.

—Te he fallado de buen comienzo.

La chica le miró extrañada, frunciendo el ceño. Mientras, se permitió conducir su mano derecha al hombro de Joel, que cabizbajo inhaló un par de veces, parpadeando para cortar el flujo del llanto.

Cuando fue a pronunciar palabra, Joel la interrumpió mostrándole dos libretas.

—Una es para borradores e ideas.

Cuando Victoria reconoció la libreta que Julia había arrebatado a Tylerskar, también cayó en la cuenta del truco que aquel chico había empleado.

Sin dudarle, aceptó la entrega de la segunda libreta y, mientras llamaba a filas a su tropa, la abrió para sumirse en la lectura del primer extracto que aparecía.

EXTRACTO DE LA LIBRETA

Una mesa redonda dentro de una taberna

Joel se encontraba animado mientras el sol lanzaba sus últimos rayos a una jornada intensa.

La taberna lucía ese día de un modo espléndido, buena muestra era el jazz con el que algunos clientes habían tenido a bien llenar el ambiente.

Cuando la camarera le sirvió aquella bebida de diferentes tonalidades rosa, recordó con cariño los helados de fresa que su hermana solía pedirse de pequeña.

Sin embargo, decidió no probarla por el momento, pues su cabeza hervía en las primeras evaluaciones de aquellos que le rodeaban.

Parecían muy bien avenidos, haciéndole sentir excluido de algo, cuando en verdad solo se trataba de un cliente más.

Por algún motivo se sentía más que aferrado a la barra de cálida madera, al lado de aquella camarera que, tras sus gafas, le dedicaba afables miradas llenas de empatía. No como la mujer de negro, que parecía taladrar su corteza con la mismísima intención de querer devorar su alma.

El tipo engominado tenía pinta de resultar una excelente compañía.

Sin embargo, optó por aprovechar la tesitura de encontrarse en tan agradable situación. Extrayendo una de sus libretas del bolsillo de su chaqueta, la posó sobre la barra mientras buscaba sin éxito su bolígrafo.

—¿Le gusta escribir? — La educación de la camarera, así como su voz, resultaban del todo sedantes.

—Eh... Bueno, sí. — Balbuceó Joel.

Ella pareció captar su timidez, de modo que sin más preámbulo le hizo entrega de un bolígrafo.

—Tenga, es el que suelo usar para el trabajo. No olvide devolvérmelo, aunque sé que lo hará.

Joel sonrió ampliamente ante aquello. Con una leve reverencia agradeció el gesto de la camarera, sumiéndose en la escritura de aquello que golpeaba con fuerza su cabeza desde que, al entrar en la taberna, de un vistazo peinó a los presentes.

EXTRACTO DE LA SEGUNDA LIBRETA

Rebeldía

Tylerskar dio tal golpe sobre la mesa que Jules dejó escapar un grito ahogado. Donna se mantuvo imperturbable, mientras que Julia abrió los ojos de par en par inyectados en ira. Foer por su parte los entrecerró, sumamente interesado, al igual que Victoria, que ladeó la cabeza en una clara muestra de curiosidad.

—Me vais a dejar exponer mi punto de vista, os guste o no. — De un trago apuró la malteada. De una sola seña chulesca solicitó otra ronda a Victoria, que extrañamente amable, se dirigió con el vaso vacío a la barra.

Solo cuando dio media docena de pasos y Tylerskar estuvo seguro de que no le escuchaba, decidió dirigirse al resto de presentes en la mesa redonda.

Agachó levemente la cabeza, devolviendo a Julia la perforadora mirada que, déspota, había estado toda la tarde dedicando a un impotente Joel.

Pero en ese momento, las puertas de la taberna se abrieron de par en par interrumpiendo lo que tenía en mente Tylerskar.

Cinco variopintos sujetos entraron.

Cuando una niña se acercó directa a Jules para abrazarla, mientras que un sujeto arrastraba una mesa auxiliar para la redonda, Tylerskar no necesitó abrir los ojos para saber de quiénes se trataban.

—Señoras y señores, preséntense.

—Oh vamos, amigo, esfuérzate un poco, por Dios. — La voz decidida y enérgica del hombre que arrastró la mesa resonó en la taberna.

Divertido, Tylerskar asintió.

—Él es Resolución. — El primero en reaccionar fue, como no, Foer, que se levantó para entregar la mano al recién llegado en un gesto lleno de energía por parte de ambos.

—¡Ilusión, para! — Jules chillaba víctima de las cosquillas con las que la pequeña parecía querer arrancarle una carcajada.

Tylerskar se lanzó entonces a presentar a todos los presentes.

Detrás, alejada de la escena, Victoria preparaba la segunda ronda de malteada. Sus labios sonreían, sus ojos analizaban.

Julia, de pronto, se levantó. De modo abrupto, a juzgar por el chirriar desagradable de su silla, que pretendiendo romper la paz del momento, solo logró que el resto alzase más la voz.

Se encerró en el baño dispuesta a llorar, a romper lo que fuese.

Pero cuando fue a girarse tras cerrar la puerta, se encontró con la figura de una hermosa joven con semblante serio y ojos que parecían arder en llamas.

La pelirroja y la chica del cabello naranja se quedaron mirándose largo rato.

Fue la segunda quién rompió el silencio.

—Solo he venido a advertirte. Tylerskar quiere follarse a todas las mujeres del planeta.

A Julia se le escapó una sonrisa.

—No voy a pasarte pruebas, pero que te baste mi palabra si te digo que trata de seducir a todas las escritoras con las que se topa.

Julia entonces decidió adoptar una actitud mucho más solemne.

—¿Qué es lo que quieres tú?

Rebeldía se quedó callada. En su mirada se intuía rabia, pena, dolor, sueños y un amplio abanico de aspectos que hacían más que difícil desgranarla en estudio.

Joel cerró la libreta con delicadeza.

—Aquí tiene su bolígrafo, señorita.

La camarera sonrió complacida, devolviéndole la reverencia que él le había entregado antes de sumirse en su concentrada escritura.

—¿Sobre qué escribes?

—Oh, algo relacionado con la identidad. Un placer haber estado aquí. — Acompañó su despedida con unas monedas a modo de propina, y se incorporó del taburete encarando la salida.

Cuando dirigió un vistazo a los presentes, las miradas de Julia y Joel se encontraron. Parecía que ella había dado marcha atrás en el escrutinio, dando paso a una actitud más abierta y contemplativa.

Cuando Victoria hubo leído la libreta de los borradores, se la devolvió a su legítimo propietario.

Colocándose las manos en la cintura, espetó: —¿Qué se supone que debo hacer?

Esta vez, fue Joel quien puso su mano sobre el hombro de la joven.

—Si quieres, si te apetece, me vendría bien otra malteada de fresa.

Las palabras quedaron ahogadas por el creciente sonido del oleaje.

Lejos, mar adentro, la marea se removía, inquieta ante la siempre aterradora posibilidad de tormenta.

DISCUSIÓN EN VÍSPERAS DE LA TORMENTA

Se avecinaba una tormenta, Victoria podía sentirlo en los huesos. Se acercó lentamente a la puerta de madera de su cafetería, giró al horizonte y la vio acercarse, y también a Joel de pie en el mismo lugar que lo había dejado, casi como si se posara dispuesto a ser engullido por la tempestad. Sabía que también llegaría hasta ella, que haría retumbar las paredes de su local, las ventanas se agitarían como en una película de terror y el viento gritaría con furia, exigiendo la entrada a cambio de no demoler el lugar a su paso.

Ella bajó la mirada, deteniéndose a ver las puntas de sus dedos rozando la puerta. No quería entrar y enfrentarlos a todos. Pero así no era ella, ¿de qué servía desayunar peligro si se quedaría paralizada ante la tormenta?

Entonces empujó el portal y dejó llegar las miradas inquisitivas de aquellos cuatro seres de cabellos rojizos y ojos negros. Sin decir nada, esquivando todas las dagas, se escabulló detrás de la barra y sacó el helado. Sin embargo, no lo sirvió en la licuadora, sino que lo dejó ahí, descansando en la superficie mientras ella se preparaba un Caramel Macciato.

Con temor, se acercó a la mesa redonda y dejó su bebida, pero no se sentó, sino que caminó a una mesa pequeña que se encontraba al fondo y de la bolsa de su delantal sacó el par de libretas que Joel le había mostrado, y que ella había tomado sin que él se diera cuenta; las dejó ahí junto con un bolígrafo y regresó a su lugar.

Tylerskar observó el lugar, los jóvenes pelirrojos estaban reunidos de nuevo, esta vez parecían no darse cuenta de su presencia y se encontraba completamente solo, se sentía invisible.

—Tenemos nueva información, el sujeto nos ha engañado entregando solo una libreta —dijo Julia con demasiada calma. Sin embargo, esto asustó al joven mucho más que cuando ella escupía fuego y veneno—. Se abre de nuevo la sesión.

De repente, Donna comenzó a reírse con altanería y verdadera diversión mezclada con acidez.

—Se los dije. Hemos sido Foerizados.

—No existe esa palabra, Donna —Jules espetó, bastante afectada.

—¿Cuál no? —Se puso seria y se acomodó en la silla—. Es gracias a Foer que estamos en esta situación. El galán se la quiere dar con todos, va por el mundo usando la imagen que me ha costado un mundo crear para atraer hombres con quien divertirse por unas semanas y después botarlos cuando las cosas se ponen serias y alguno de nosotros se ve descubierto y en peligro. Ahí está, eso es Foerizar y nos la han aplicado.

—Lo entiendo bien —Dijo el acusado—. A Joel... lo entiendo. Es una necesidad, una compulsión. Hermanas, perdónenme, pero a diferencia de ustedes, yo si siento el vacío...

—No queremos hablar de eso, Foer. —Julia intervino—. El tema de esta discusión es otro.

Los cuatro lo notaron, Fery estaba rara, como derrotada, furiosa, inquieta y casi paralizada; algo la había descolocado, pero ¿qué? Solo Victoria lo sabía, había leído sobre ese encuentro de Rebeldía con la más dura de los hermanos, tenía en mente aquella conversación.

¿Acaso eso...?

—Tengo sueño, no me importa mucho esta conversación, ¿puedo dormirme? —Jules dijo desde su esquina oculta. Había mentido ante la mesa redonda, más nadie le dio importancia, era algo que los niños tendían a hacer. Entonces se levantó y caminó hacia Foer, quien la recibió con los brazos abiertos, se subió a su regazo y pronto se quedó profundamente dormida con el calor de su hermano.

Joel seguía esperando la tormenta, con lágrimas en los ojos y el corazón adormecido. Pensaba en miles de cosas, entre ellas lo que había sucedido con Victoria, en su mirada decepcionada al leer las libretas y en la duda que nació en ellos cuando le pidió una malteada más.

Jules caminó hacia él con los pies descalzos. Le parecía una escena parecida a una pintura de un señor alemán del que Foer y Julia hablaban hace años, una en que está un hombre de pie en un acantilado, observando el océano mientras este lo veía a él. Como un monstruo y un héroe frente a frente, dispuestos a luchar a muerte.

A Victoria le gustaban mucho esas historias, siempre épicas y fantásticas... no pasaba un día en que no se las contara a Jules, quien después hacía bocetos de ello, le preguntaba más datos, más detalles... hasta que Foer las escuchaba y ponía en marcha una nueva aventura para sus dos hermanas favoritas.

Joel sintió a alguien acercarse, pensó que era Victoria por aquella aura imponente y apacible a la vez, pero cuando volteó, se sorprendió al ver a la pequeña niña acercarse con convicción.

—Los demás están ocupados discutiendo... La has regado en grande —le dijo apenas cruzaron miradas—. Victoria ha estado en silencio... más sus pensamientos han estado más ruidosos que de costumbre. Ven, siéntate conmigo —pidió y tomó su mano, guiándolo a una parte en que la arena estaba más seca.

A Jules le parecía raro estar tan cerca de alguien que no fuesen sus hermanos, sobre todo porque no estaban ellos cerca para protegerla. Y sí, le daba un poco de miedo porque la última vez que se acercó a una persona, este la tomó y la pisoteó como una simple basura cósmica. Ese hombre, «la cosa», como sus hermanos lo llamaban (aunque ella prefería llamarlo «el monstruo»), había

asesinado a Vlad a sangre fría cuando ella se interpuso ante la golpiza que le propinaba a la pobre niña, y fue de las cenizas que Victoria surgió, tomando toda la valentía de sus hermanos para hacerle frente al atacante y defenderlos a todos de cualquier otro peligro.

Pero ella no estaba ahí en ese momento, solo eran Jules y Joel, sentados ante la inmensidad del amanecer que aun no cedía ante la tormenta.

—¿Sabes porque estamos en la playa? —preguntó la niña al joven, quien negó con la cabeza, aunque él mismo se hacía ideas sobre ello—. Los cinco tememos al mar. Cuando subimos a barcos, balsas o lo que sea que flote, nos mareamos tanto que sentimos que moriremos ahí mismo. Fue idea de Victoria que nos mudáramos del rascacielos a este lugar, dice que es frente a nuestro peor enemigo que se siente más tranquila... porque siente que solo así puede dominarlo. Aparte le gustan las puestas de sol, la forma en que el cielo se pone rojo y con todos esos colores... Nunca son iguales, nunca se repiten...

—¿Por qué has salido a hablar conmigo? —Joel cuestionó impaciente.

Jules sonrió melancólicamente.

—Yo ya sabía lo que escribiste en las libretas desde antes de que Vicky te invitara, también supe que solo habías entregado la mitad del objeto... Mis hermanos piensan que yo no me doy cuenta de nada, que soy muy inocente y que caigo con facilidad ante cualquier palabra. También lo piensan otras personas ajenas a este mundo... no los culpo, es el rostro que Donna y Foer han creado. La belleza, la ilusión de la mujer de tus sueños; la piel tersa, esa mirada seductora y pura, el brillo en el cabello y en todo nuestro ser... La personalidad amable, coqueta, cálida... Es una gran carga para mí, pero ellos lo necesitan. A uno le gusta sentirse deseado, el otro piensa que conseguiremos más cosas si nos mostramos de ese modo.

» No me imagino lo que debe ser para otros tratar con todo ello, y ahora con Victoria usando el cuerpo la mayor parte del tiempo. Pero... ¿sabes qué pienso realmente?

Joel estaba absorto en las palabras profundas de una niña que apenas pasaba de los doce años, ni siquiera se atrevía a contestar.

—Entiendo tu soledad, Joel —lo miró directamente a los ojos—. Yo misma la siento día y noche. Estamos en medio de mucha gente, hablamos, reímos, pero ese sentimiento sigue ahí, calándome... Sé que el mundo dentro de tu ser es un poco más llevadero porque te hace olvidarte por momentos de lo que hay ahí afuera, sé que sientes que nadie te comprende, que no te tienen paciencia, que eres un monstruo que va demoliendo todo a su paso, destruyendo personas y casas, haciéndolo trizas. Hasta tu propia vida... El mundo de adentro es mejor en ese caso, porque ahí tienes a ciertas personas que te ayudan a luchar contra el monstruo que habita en ti, y no te sientes así de solo.

»Creo que por eso es que Victoria te invitó a la reunión. Quería mostrarte que dentro de nosotros también hay un universo y que también estamos solos. Aunque a esto, Foer diría que El Señor está siempre con nosotros. Verás que es el que más fe tiene... —Se rio ligeramente, haciéndola ver más

mayor de lo que era—. Pero es eso, ella quería invitarte a nuestro mundo y también esperaba que tu la invitaras al tuyo, supongo.

»Este mundo tiene reglas, Joel. Nosotros nos regimos bajo una serie de principios y rápido excluimos a aquellos que no se ajustan a ellos. Por eso, si quieres permanecer aquí, debes preguntar por los requisitos y apegarte a ellos. No te preocupes, no te haremos caminar por una cuerda floja o congelarte en el Polo Norte una vez a la semana.

La niña se puso de pie, se sacudió el vestido y miró a Joel por última vez.

—Debo regresar, mis hermanos ya deben estar gritándose y lanzando dagas a una foto del monstruo. —Dio media vuelta y tres pasos exactos—. ¿Joel? ¿Por qué le has dado a Victoria ambas libretas? Pudiste guardar el secreto y yo no diría nada...

TORMENTA

Joel no respondió a la pequeña niña de edad milenaria. Tal era la experiencia que se desprendía de la esencia de sus palabras.

En su lugar se disculpó, alegando que tenía que tomar una decisión.

Jules rió, aunque no burlonamente, y se retiró de nuevo en dirección a la taberna.

La mente de Joel comenzó a dibujar trazos de lo que generalmente tomaba rápidamente forma de textos estructurados.

Mientras las nubes se ennegrecían en el horizonte, un viento conquistaba la zona costera agitando las hojas de palmeras repartidas aquí y allá.

Eso le trajo a la mente cómo la ausencia de Conciencia permitía el origen de oscuras fechorías, siempre envueltas en un papel de regalo hermoso como es la autocomplacencia.

¿O quizá se trataba de nobles intenciones desfiguradas por deseos mundanos?

Llevó su mano al bolsillo trasero de sus tejanos y extrajo un Marlboro de la cajetilla.

Cuando iba a encender el pitillo, un trueno demasiado cercano lo interrumpió por un instante.

La visión que el destello del relámpago previo le espertó le erizó la piel.

Ya inhalando el humo de la primera calada generosa, meditó acerca de por qué aquel lugar le resultaba tan familiar. Había visitado innumerables tabernas a lo largo de su vida, pero aquella en particular, regentada por Victoria, guardaba similitudes que rozaban lo enfermizo.

El oleaje creció de tal modo que algunas gotas saladas rociaron su rostro.

La oscuridad del océano, no demasiado hacia el horizonte, se fundía con los amenazadores cielos que definitivamente habían cerrado filas en torno a lo inevitable.

Entonces llegó la punzada del vacío.

Como una daga que perfora el único órgano vital que maniene a uno con vida, Joel hizo incluso una mueca al saberse solo. En aquel lugar, fuera de él, en su mente y hasta en su mismo corazón. Porque no tenía ganas de estar con nadie.

El desgaste del teatro de la vida estaba pudiendo con su paciencia. De hecho, hacía ya media década del fatídico momento en que tiró la toalla, atrapado por un tiempo indefinido en la planta baja de un psiquiátrico que puso fin a la esperanza, borró las sonrisas sinceras y aniquiló todos los sueños que volaban atemorizados.

Por esa razón no iba a mover un dedo para reparar las cosas con Victoria.

Con un poco de suerte, la sombra del monstruo que viaja siempre a lomos de la catástrofe, le conduciría a un nuevo coma etílico que reinciría su vida. Con mala suerte, la psicosis estallaría en su mente en la siempre incierta ruleta rusa de la locura.

Se dio cuenta mientras fumaba que ni tan solo ese acto retenía unas lágrimas que fluían descontroladas por sus mejillas.

No parpadeaba, quería que aquella maldita muestra de sensibilidad hiciese lo que tuviese que hacer, para luego desaparecer reportándole de nuevo su cara de poker.

Entonces, cuando un fina lluvia comenzó a caer, decidió escribir a toda prisa, concentrando en un puñado de frases, cuanto había meditado.

Sin embargo, para su sorpresa, sus bolsillos estaban vacíos.

Se giró hacia la taberna.

En uno de los ventanales, Victoria apoyaba su brazo derecho en el cristal, con la mirada perdida en el horizonte.

Joel suspiró.

No había querido contestar a Jules por el mismo motivo recurrente que le había hecho huir hacia delante toda su vida: El miedo.

—¿De qué tienes miedo?

La voz de ultratumba de Conciencia resonó en su mente.

Pronto sintió sus grandes manos apoyarse en sus hombros, como un César que otorga la libertad a su mejor gladiador.

—Temo por Neuis. Temo que sufra mi pérdida. Temo por Victoria, por hacerle daño.

—Esos miedos bien pueden ser el reflejo de otros más profundos. Busca en tu interior.

Joel apuró su cigarrillo, proyectándolo a uno de los crecientes charcos que se estaban formando.

Mientras pensaba, alzó la vista al cielo.

La desolación era absoluta.

El llanto descontrolado hizo presa de él, que arrodillado, cayó al suelo. Se llevó las manos a la cara para tratar de refrenar aquel momento, pero era demasiado tarde. El viejo miedo a quedarse solo, el eterno temor a enamorarse de verdad de una mente que a su vez le amase a él... El miedo a caer

en el olvido, a sentirse solo cuando el telón de la infinita existencia se descompusiese y la negra nada conquistase todos los planos.

Balbuzeaba todo eso y más cuando sintió como unas manos lo sacudían.

—No, Conciencia... No intentes ayudarme esta vez.

La voz que lanzó una exclamación hizo que su interior pegase un brinco.

—¡Lo que te va a pasar es que te va a caer un rayo como sigas aquí!

Victoria colocó una manta sobre la espalda de Joel, que de pronto se vio conducido, de nuevo, al interior de la taberna.

Debía de tener un aspecto lamentable, a juzgar por las miradas compasivas que todos le brindaron. Aunque aquello no duró mucho, pues la seca voz de Julia pronunciando unas palabras en voz baja a la mesa redonda se hizo audible. Joel no comprendió qué dijo, pero supuso velozmente que trataba de poner en guardia a sus compañeros.

Y hacía bien.

Por algún motivo, a pesar de lo que acababa de vivir, no sentía la sed de alcohol. Al menos no tan intensamente como de costumbre.

Inseguro pero agotado, se dirigió a la barra y aguardó.

No dejó canales abiertos al exterior, sino que apoyando los dedos en sus sienes, se lanzó a una meditación con el objetivo de relajarse.

El rechinar de una taza y un platito le hizo abrir los ojos, que se encontraron con la visión de un humeante café con leche.

—Esto te sentará bien. — Le dijo Victoria, guiñándole el ojo.

—Victoria, yo...

—Está bien. Deja que la reunión fluya.

Mientras la camarera se desplazaba a la mesa redonda, Joel la siguió con la mirada descubriendo, en una mesa esquinera, sus dos libretas junto a un bolígrafo colocado con mimo.

Algo avergonzado por estar tan a la vista de aquellos extraños, caminó hasta allí tomando asiento.

Una paz reconfortante le invadió al asir el bolígrafo, tanta que al sumirse en la escritura ni siquiera reparó en que la tormenta estaba descargando toda su furia en el exterior.

EXTRACTO DE LA LIBRETA

Vlad

¿Qué hay de las garantías, para una mente calculadora, en algo tan simple como el amor?

Porque se trata de algo que rebosa simpleza, una bella sencillez que, de responder a ciertos principios, nunca ha de quebrantarse.

Puedes enamorarte de ciertos aspectos de una persona. De uno en particular quizá. Eso hace que entre en juego la balanza, siempre entregada al juicio del momento y ánimo con los que se mire.

En la carrera en la búsqueda de la utopía, he encontrado personas maravillosas que sin embargo han perecido al juicio de la balanza.

Tras largos años vagando por un desierto emocional, es lógico que a las primeras virtudes que se contemplan en alguien, uno tenga la sensación de haber dado con un oasis.

No obstante, de un oasis uno siempre tiene que partir tarde o temprano, si es un reino lo que ansía y un paraíso lo que quiere construir y proteger.

En la enésima fase maníaca en la que viajo, surfando un oleaje repleto de actividad, se han recargado mis reservas de seres humanos a los que conocer.

Maldita sea, no manipular ni utilizar.

Conocer.

Y de entre todos seres humanos, algunos han despertado mi pasión.

La conozco de sobra y no es que la desprecie, pero hay algo, hay alguien, que turba mis pensamientos hasta el punto de situarse por encima de todo baremo.

Es precisamente alguien a quien en esta nueva taberna nadie nombra.

La veo en la mirada de Victoria, la siento hecha pedazos repartida entre sus hermanos.

Y lloro de nuevo.

Lloro por Vlad.

Pues siento que me estoy enamorando de un fantasma.

¿Puedo, maniatado como estoy, hacer entrega de mis sentimientos?

¿Puedo hacerla sonreír?

Cerró la libreta con suma delicadeza.

Había cuidado la caligrafía con especial interés.

Un rayo de sol se colaba por el ventanal reflejándose en su rostro.

Joel no miró a la mesa redonda, por la que profesaba un gran respeto.

Ni siquiera se dio cuenta, mientras cerraba los ojos y se recostaba en la pequeña silla, que la tormenta había pasado por completo, dejando solo rastros de bellos nubarrones en un cielo que se despedía de una nueva jornada.

UN PASEO

Joel podía escuchar los gritos que venían de la playa, gritos y risas, que desde su asiento en aquella triste esquina observaba; Foer había dispuesto de su traje negro y lucía un bañador anticuado sacado de los Locos Adams; perseguía a Victoria, quien hacía lo posible por esquivar sus intentos hasta que fracasó y se abalanzó contra Jules, quien fue pronto defendida por el único hombre de los hermanos.

Donna leía apacible un grueso tomo de León Tolstoi en una hamaca que colgaba de dos palmeras que Joel apenas visualizaba y de Julia no había rastro...

—Deberías salir a jugar con ellos, divertirte un rato. Se nota en tu cara que lo deseas —dijo la desaparecida, saliendo de una oscura esquina, rodeada de humo con olor a tabaco y tomillo.

—No sé si sea lo correcto. Tal vez si mi situación fuese otra...

Ella se acercó a él, deteniendo su idea justo por la mitad, arrastró una silla con el cigarrillo entre los dedos y al llegar a una distancia considerable, la giró y se sentó a horcajadas. Joel temió por su vida, el aura de la joven pelirroja era tan fuerte que sentía cómo era aplastado por ella, y esos ojos juiciosos...

—Correcto, no correcto... ¡Qué dilema! —habló dramatizando, después sonrió de lado y dio una calada al tabaco—. A mi no me molestaría que fueras a jugar. El día es para disfrutarse, no para quedarte encerrado observando melancólicamente cómo la vida y la felicidad pasa frente a tus ojos, temiendo estirar la mano para tomarla.

Joel la miró fijamente, intentando analizarla, entenderla. ¿Por qué actuaba de esta forma si por tantas horas lo había despreciado y alienado?

—Déjame verte bien —dijo ella, estirando la mano hacia su rostro, el cual tomó y lo palpó, se acercó más, lo olfateó y después se detuvo en sus ojos. Entonces, al momento en que él cedió ante ella, justo en la milésima de segundo que sus barreras cayeron, Julia dio un respingo, soltándolo de golpe y regresando a su silla. Miró hacia todas partes con nerviosismo, después se acabó el cigarro lo tiró al suelo y lo pisó—. ¿Cómo sabes de *ella*?

Joel no quiso responder, como siempre, prefirió guardarse las respuestas para no enfrentarlas. Aparte, él no confiaba mucho en Julia, y hacía bien. Si existe un monstruo en cada persona, ella era la bestia que habitaba aquellos lares y gobernaba con puño de acero. Era un ser tan fuerte que seguía en pie aun después de su derrota años atrás.

—Silencio de nuevo. —Se rio amargamente y se puso de pie, tirando la silla a su paso, sin importarle mucho el daño en el objeto ni el estruendo que causó—. Eres experto en ello. Vámonos.

—¿Qué?

—Vamos.

—¿A dónde? He dicho que no creo correcto salir a jugar...

—No dije que saldríamos con ellos —contestó, caminando hacia la puerta trasera de la cafetería—. Sígueme o te perderás. Solo nosotros podemos recorrer este universo sin problemas, pero tú has intentado engañar al sistema y no creo que esté muy contento contigo. Si te sueltas, podría lanzarte al espacio exterior, donde jamás volverías a saber de *ella*.

Tylerskar hizo caso sin chistar, las palabras de Julia no sonaban como un aviso, sino como una amenaza. Se posaron ante la puerta y ella abrió con la mano izquierda, atravesó en primer lugar y jaló al joven sin delicadeza, quien se sorprendió de no ver la playa, ni la arena, ni una simple avenida o boulevard, sino que se topó de frente con un apartamento vacío en un rascacielos. El atardecer se mostraba imponente y desesperanzador por los ventanales.

—¿Dónde estamos? —preguntó él.

—En la antigua base.

Julia caminó hasta el cristal y se quedó observando con dolor al cielo, consciente de que Tylerskar podía verla por el reflejo, digo con voz fuerte y clara: —No sé cómo sabes de ella, desconocido. Y puedo ver cómo te tambaleas, intentando permanecer en este lugar, pero sin saber cómo hacer.

Volteó hacia él, con las manos en la espalda y la postura erguida.

—Somos jóvenes, extraño. —Continuó—. Pero a lo largo de la vida nos hemos dado cuenta de que es mejor mantenernos al margen de la situación, no nos involucramos, intentamos pasar desapercibidos. Pensamos estar así toda la vida, o por lo menos yo lo hice. Pero algo está mal con mi plan, no está funcionando. Fue por eso que dejé que «la cosa» llegara hasta esta misma base, porque pensé que necesitábamos invitar a alguien más a todo lo que emerge en este lugar, fue por eso que permití que las cosas llegaran hasta la muerte de Vlad. Ahora ha sido Victoria, quien te ha dejado entrar y yo sigo sin estar convencida de dejarte quedar. Le caes bien a Foer, a Jules... incluso me caíste bien hace horas.

Ella comenzó a caminar, con la mirada fija en el piso de mármol.

—Tu amiga Rebeldía me contó tus intenciones... Ya las sabemos todos, y aun así Victoria te dejó entrar en la tormenta, eso dice mucho sobre lo que sucede dentro de ella —le dijo con voz solemne—. No sé qué intenta hacer, qué intenta lograr, pero sigue dejándote las puertas abiertas... y yo no puedo ir en contra de los deseos de Vlad.

Suspiró profundo y llegó hasta Tylerskar, quien comenzaba a preocuparse por el resultado de todo ello, cualquier palabra o resolución que saliera de su boca tenía la capacidad de lanzarlo al caos.

Entonces, la pelirroja sacó un osito de peluche que cabía en la palma de la mano, unido a un par de llaves, y lo dejó flotando entre ambos. Lo miró retadora, pero sin sonreír, sino con el ceño fruncido y fuerza en los ojos.

—Es el objeto de Vlad —dijo—. Ella aún puede regresar si te lo propones.

Tylerskar, hipnotizado por aquello que se mostraba tan tentador, alzó la mano en intento de agarrarlo, pero fue detenido por una descarga eléctrica.

—¿Creías que iba a ser tan fácil? —Julia se burló y pensando que ya había terminado de hablar, se dispuso a retirarse—. Solo podrás acceder a él cuando hayas tomado una decisión, cuando me hayas dicho cómo es que conoces a Vlad, cuáles son tus intenciones, y, sobre todo, si es que realmente quieres hacerlo.

Al llegar a la puerta, la pelirroja fue detenida por una pregunta: —Las malteadas... ¿Podré volver a beber una?

—Eso tendrás que hablarlo con Victoria. No es mi asunto.

HOGUERA

Julia despertó helada de frío.

Recordando sin saber bien por qué el momento en que aseguró a Tylerskar que jamás lo mandarían al polo, maldijo para sus adentros. Porque aquello tenía que ser cosa de ese sujeto.

No llevaba ropajes adecuados para el invierno cerrado que se vivía en aquel territorio sumido en un hostil crepúsculo.

Se llevó la mano a la frente para tratar de atisbar algo a través de la ventisca, adivinando en su horizonte más cercano tan solo un camino zigzagueante que se le antojó una eternidad recorrer.

Cuando las fuerzas flaqueaban y comenzaba a acelerársele el pulso por el apuro, distinguió en la lejanía la inconfundible aura de una cálida luz.

Acercándose ya en carrera, pudo concretar de dónde provenía. Una cabaña solitaria, en medio de una llanura, rodeada por inmensas montañas inundadas de nieve virgen.

Cuando fue a poner el primer pie en las escaleras de la entrada, una bola de nieve estalló contra su nuca provocando que bufase de pura furia. Cuando se giró, en un primer momento no vio a nadie detrás suyo. Tardó una fracción de segundo en percatarse de que una menuda niña la miraba desafiante.

—¡Eh, tú! No deberías tratarle tan mal. — La voz resonó en el interior de su cabeza. Quedó consternada, pues la niña no abrió la boca en momento alguno. En ese instante, el chirriar de madera añeja reveló que la puerta de la cabaña se había abierto.

—Bienvenida, Victoria me dijo que vendrías.

Julia se giró sorprendida hacia el origen de aquella voz rota y amable.

Se trataba de un hombre de avanzada edad, que sostenía en una mano una pipa humeante y en la otra una vaso ancho con un líquido oscuro en su interior.

—Oh, pasa, por favor. Si quieres puedo ofrecerte un refrigerio. — Alzó la copa haciendo tintinear los hielos para añadir: —O algo más fuerte si lo deseas. Me llamo Anciano. Creo que tu nombre es Julia.

La educación del hombre hizo que bajase la guardia, accediendo a entrar. Al fin y al cabo, las avalanchas comenzaban a cubrir el paisaje y sentía la imperiosa necesidad de sentirse refugiada, a buen recaudo.

El interior de la cabaña era todo de madera, con algunos libros repartidos aquí y allá. Una hoguera presidía una de las esquinas, frente a la cual dos grandes sillones parecían gritar que ansiaban que se produjese una conversación.

Anciano fue directo a la cocina, pasando al lado de una mesa con un montón de folios y una pluma en su tintero.

Sin saber muy bien cómo reaccionar, Julia se paseó por el menudo interior de la planta baja. Le resultaba muy acogedora. Hojeó los folios para revelar que todos estaban en blanco. Ni una mancha, ni una idea, ni un apunte. Nada.

Alzó la voz para dirigirse a su anfitrión.

—¿Qué sabes de Victoria? ¿Cuándo ha pasado por aquí?

La respuesta no se hizo esperar.

—Ahora mismo, de hecho, descansa en una de las literas de arriba. — Anciano apareció sonriente con una copa idéntica a la suya. Al recibirla, Julia inhaló el líquido. Bourbon. —Victoria llegó realmente agotada, ¿Sabes?

Anciano caminó algo quejumbroso hasta el sillón del fondo, en el que se sentó con cuidado, emitiendo un sonido de alivio una vez estuvo acomodado.

—Por favor, siéntate. Acompáñame un breve tiempo si eres tan amable.

Julia le hizo caso. Aunque no bajó la guardia, pues aquel hombre parecía algo que su mirada contradecía. Enclaustrados entre miles de arrugas, aquellos ojos revelaban una capacidad de observación perturbadora.

Quedaron en silencio, escuchando el relajante crepitar de la hoguera.

Ésta parecía bailar una danza peculiar, porque en ocasiones descendía hasta la práctica extinción, mientras que en otras se inflaba para conquistar la chimenea hasta el punto de parecer querer salir de ella.

Hipnotizada por aquello, debió perder la noción del tiempo y el espacio, pues como un súbito despertar, el choque de la puerta al abrirse la sobresaltó sobremanera.

Cuando se giró, quedó tan boquiabierta como el joven que acababa de irrumpir en la cabaña.

—¿Julia? — Pronunció él, alargando la vocal, en un exagerado tono de sorpresa.

Se puso en pie y se limitó a levantar el brazo a modo de saludo.

—Tylerskar, bienvenido. — Anciano se mostró feliz por la visita del recién llegado.

—No he venido a verte a ti, viejo. ¿Dónde está Victoria?

—Duerme arriba, creo que está inconsciente.

Maldiciendo para sus adentros, Tylerskar pasó enérgico al lado de Julia, que quedó por un momento extrañada. Se suponía que ese joven era el origen de los males de Joel. Sin embargo, parecía campar a sus anchas en un territorio lo suficientemente profundo como para haber convocado y retenido a las dos hermanas.

Cuando Tylerskar alcanzó la habitación de las literas, exhaló aliviado al ver que Victoria respiraba, descansando en sueños.

—¿Está preciosa cuando duerme, no es cierto? — Foer apareció por un lateral, sin coger por sorpresa a un Tylerskar ducho en apariciones súbitas.

—Más que preciosa. Es un ángel al que todos hemos jurado lealtad.

—¿Todos? ¿Qué demonios has hecho, chico? — Foer se mostraba tan intrigado como divertido.

En ese momento fue Experiencia quien habló.

Lucía su habitual indumentaria irlandesa, habiendo ganado un peso aún mayor desde la última vez que anduvo por esa cabaña.

—¡Y quién no guardaría lealtad a tan espléndida tropa! — Puso sus manos regordetas en torno al brazo de Foer, estrechándole la mano sonriente. Éste le devolvió la tanto la sonrisa como el apretón.

—Que no vengan más personas o la despertaréis, debe descansar. — Tylerskar había avanzado hasta el lateral de la cama, sentándose con cuidado en el borde.

Se hizo el silencio en la estancia mientras sus dedos recorrían el pelo de Victoria, paseándose por su mejilla descubierta hasta aterrizar en la comisura de sus labios perfectos.

Tylerskar se limitó a tragar saliva, con semblante serio. Sus ojos, encendidos pero agotados, acusaban unas generosas ojeras.

Quiso recostarse a su lado, dormirse en la paz que suponía aquella compañía. Pero tenía aún una conversación pendiente abajo.

Cuando descendió los escalones, contempló como Anciano colocaba algunos adornos navideños, siendo perseguido por Ilusión, Jules y la niña del exterior.

Anciano parecía radiante, como hacía mucho que no se le veía.

No frenó su sonrisa al ver cómo Tylerskar le perforaba con la mirada.

—Ayúdanos, ¿Quieres? Sería fantástico que pasásemos de nuevo unas navidades juntos.

Las niñas asintieron al unísono.

Resultaba más que curioso ver tan juguetones a seres que habían sufrido tanto.

Eso le recordó la triste actitud de Joel y su negativa a ir a jugar a la playa frente a la taberna de Victoria.

¿Por qué demonios siempre tenía que reparar la dejadez que se desprendía de todos y cada uno de los dramas de Joel?

Julia se encontraba patidifusa ante los folios de la mesa.

Por algún extraño motivo, los primeros ya no estaban en blanco.

Una historia se estaba escribiendo en ellos a cada instante que pasaba en esa cabaña.

—Basta, quiero regresar a mi universo. Y me llevo a Victoria.

La mirada con la que la fusiló Tylerskar la petrificó.

—Victoria se queda hasta que esté recuperada.

Anciano se acercó a su posición, entrometiéndose en la disputa.

—Chicos, chicos... Aquí no es lugar para pelear. Os recomiendo que toméis asiento, y con una buena copa, habléis largo y tendido hasta limar asperezas.

—Esa no es mi manera de arreglar las cosas. Hay reglas. — Julia recuperó su pose altiva que tanto la caracterizaba.

En ese momento, Tylerskar dio con la tecla.

—Julia, me pediste una serie de cosas en la primera base. Permíteme que te las explique, y si con ello aún quieres irte, no habrá ningún problema.

Poco después, Julia y Tylerskar quedaron a solas frente a una hoguera de mediano tamaño.

—¿Y bien? — Espetó ella.

Tylerskar se inclinó hacia delante sujetando su copa con ambas manos, y resolplando, condujo una mano a masajear su cabello, mientras comenzaba a hablar.

—Siempre he tenido una extraña habilidad a la hora de conocer la esencia que caracteriza a las personas. Que Vlad se rompió en mil pedazos es indiscutible. Pero Victoria tiene su misma mirada, luce su misma piel y alberga idéntico corazón. Solo hay que dar con el alma esquiva que decidió partir al sufrir el castigo de vuestro monstruo particular. Que Victoria vuelva a sonreír de verdad es mi única prioridad. No te confundas, conmigo en su interior o a miles de kilómetros de distancia, es irrelevante. Primero quiero que luzca como años atrás. Que se recupere por completo. El retorno de Vlad me llenaría de un modo que quizá no puedas entender. Pues a mi me pasó algo parecido, antes de quedar atrapado en esas libretas de Joel. — Apuró su bebida de un solo trago. Julia miraba muy atenta la escena. — ...y me hubiese gustado que alguien me echase un buen cable, la verdad.

—La tercera regla habla de...

—Se muy bien lo que es el amor propio. Pero, dime, ¿De veras crees, tan creyente que eres, que no es un buen acto ayudar a alguien tan agotado como la que yace arriba?

Julia bufó, primero para sus adentros y luego exteriormente.

La hoguera pareció devolverle un eco creciendo de modo ostensible.

—No me vas a engañar por segunda vez. La deseas.

—¿Y qué tiene eso que ver? Tienen que pasar muchas cosas para que llegue el momento de estar juntos. Por ahora, como te digo, mi prioridad es lo que está a mi alcance. Tú misma dijiste que podía lograr llegar a Vlad.

—¡Mirad que bien me ha quedado! — La voz de Jules les interrumpió, poniendo fin a la conversación. Y es que Julia caminó lentamente a la mesa donde la pequeña había agarrado la pluma para dibujar en uno de los folios.

Cuando vio el dibujo, contuvo un pequeño grito llevándose la mano a la boca.

Vlad le sonreía desde el papel.

Tylerskar regresó al piso superior, dispuesto a descansar un poco.

Para su sorpresa, Victoria se había despertado, aunque aún estaba muy confusa por el cansancio.

Lo que le dijo lo dejó descolocado.

—¿Te importaría abrazarme un momento?

Tylerskar actuó rápido, colocándose en posición fetal tras ella, que cayó en el sueño al instante.

Tuvo, eso sí, margen para murmurar una última cosa.

—Mañana te prepararé la malteada.

INTRODUCCIÓN DE JOEL o «Ante el salto de fe»

Una chica que no estaba de mal ver se aupaba de puntillas para alcanzar uno de los libros de los estantes superiores de la sección de filosofía de la biblioteca.

Joel tamborileaba su bolígrafo sobre la mesa en la que se encontraba. Con la mano ejerciendo de apoyo para su mentón, se mostraba aburrido ante aquella escena, así como con todas las demás. Los estudiantes atareados de aquí para allá, cargando con sus carpetas rosas que ese año la universidad había propuesto.

Sí, rosas.

Como la malteada de Victoria.

Una vez más, Joel sacudió su cabeza tratando de exorcizar aquellos pensamientos. Pero le resultaba del todo imposible.

Frente a él, junto a los apuntes desperdigados de varias asignaturas, reposaban su libreta y el diario personal de Victoria.

Uno de ellos de hecho, el destinado a albergar la historia que estaban viviendo.

¿Se acabaría convirtiendo en algo más cercano al género de terror?

En ello reflexionaba a menudo Joel.

Y, por más vueltas que le daba, el recurrente color rosa que parecía regir sus días regresaba una y otra vez.

Su vida le había conducido, en la eterna búsqueda del amor utópico, por toda suerte de relaciones que habían tocado techo con Neuis, su actual pareja. Tras un gran número de años de relación, no obstante, lo que parecía seguro y firme a todas luces, se estaba tambaleando al ritmo de la gran vibración que aquél terremoto estaba ocasionando en su corazón.

No se trataba del terremoto Victoria.

Ni del terremoto Manía Bipolar.

Era como si los cimientos de su vida supiesen que, desde las profundidades de su alma, un deseo envuelto con sueños ancestrales ardía intacto al paso del tiempo y las inclemencias del transcurrir del destino.

La chica filósofa pasó por su lado, dedicándole una sonrisa que no obtuvo respuesta.

Quizá Tylerskar tuviese suficiente con ese guiño para armar una conquista exprés. Una foerización. Maldita sea, hasta ahí, en las capas más íntimas de su pensamiento, aquella tropa aparecía con la soltura de un experto bailarín diestro en la materia.

Joel sentía la cercanía del gran abismo bajo sus pies.

El vacío al que podía caer si daba un paso en falso.

No obstante, bien cerca, se encontraba el saliente al nuevo continente, a una nueva época, a una vida que parecía refulgir con una hermosa promesa de felicidad. Eso sí, requería del siempre fácil de pronunciar *salto de fe*. Un movimiento tan grácil como simple en apariencia, pero que por la experiencia de Joel solía llevar asociada una abrumadora cantidad de cambios y consecuencias.

Por lo pronto, todo cuanto conocía se tambaleaba ante un terremoto que crecía paulatinamente en intensidad.

Lo hacía a cada palabra que leía de aquel diario. A cada frase que redactaba en su propia libreta.

La atractiva y simpática camarera de la cafetería, Victoria, pertenecía a un club literario secreto.

Y había bastado un solo relato por parte de Joel, dedicado a engrosar una antología en la que el grupo estaba trabajando, para que todas las alarmas saltasen no hacía mucho.

Los sentimientos se hicieron evidentes, casi palpables, cuando se descubrió introduciendo a la camarera en su mundo de fantasía y cruda realidad.

Desde entonces sus pensamientos nadaban en un mar de rosa malteada.

Por eso había casi despreciado el guiño en forma de sonrisa por parte de aquella compañera.

La sed lo asaltó de súbito, haciendo que se reclinase en la pequeña silla de la biblioteca frotándose los ojos.

Desde aquella media distancia, contempló los apuntes desperdigados sobre la gran mesa donde otros compañeros trataban, a su vez, de concentrarse. Se acercaban las fiestas navideñas, y a la vuelta de la esquina un sinfín de enemigos a batir en forma de exámenes asomaban.

Pero Joel necesitaba un trago.

Una ronda de Victoria.

Cuando entró en la cafetería, el corazón le dio un vuelco por la pena al ver al cocinero tras la barra.

Se quedó momentáneamente parado, en una posición algo estúpida, en la entrada del local.

Cuando Victoria pasó fugazmente por su lado, condujo un dedo a la barbilla de Joel, cerrando así su boca entreabierta.

--¡Estás en babia, chico!

A Joel se le escapó una risilla aún más estúpida que lo que su pose sugería, y dándose cuenta de ello, reconstruyó su cara de póker y una postura corporal que trataba de emular cierto aire chulesco.

A Victoria todo aquello parecía divertirla, a juzgar por la sonrisa de oreja a oreja que lucía imborrable.

Juntos avanzaron cada uno a su respectivo lado de la barra.

—¿Qué ponemos, señor escritor? —Joel sonrió ante aquello.

—Una Heineken, que ya es mediodía. —Palmeó la barra con energía al pronunciar la marca de cerveza.

El primer y largo trago descendió por su garganta mientras sentía como su mente se agudizaba. No necesitó ni siquiera apartar la botella de su rostro para sentir como su mirada había cambiado, así como su proceder y forma de pensar.

Siempre era un placer reencontrarse con Tylerskar.

La camarera parecía estar algo boquiabierta, como siempre que presenciaba aquel fenómeno en la personalidad de Joel.

Sonrojada, podría decirse incluso.

Pero Tylerskar se dio la vuelta en su taburete, escudriñando cada rincón y elemento humano o material de la cafetería.

Cerveza en mano, iba dando tragos mientras su mente rugía en un despiadado análisis de los tormentos de Joel.

Rápidamente llegó a la distancia que separaba los dos salientes.

Al salto de fe.

Extrajo su móvil en un gesto carismático y dedicó unos segundos a contemplar la foto del contacto al que más había llamado en toda su vida.

Un nudo en la garganta asaltó a Joel, que sintió como las lágrimas conquistaban el manto etéreo que las hace reales.

Pero Tylerskar estaba ahí también, y la contra reacción que efectuó consistió en tragarse aquel torrente de sentimientos apurando lo que restaba de cerveza.

Girándose a la camarera, pidió una nueva ronda.

—Victoria, una más. Ahora regreso y te pago.

—¿A dónde vas? —Inquirió ella.

—Debo llamar a Neuis.

En su mirada, una mezcla del desasosiego de Joel y la decisión de Tylerskar pugnaba por decidirse en una de las dos direcciones. El resultado era algo complejo y confuso, tanto como los tiempos turbulentos que estaban por llegar.

CALMA

Cuando Tylerskar abrió los ojos, se encontraba en un lugar desconocido. Era una cama suave, demasiado para su gusto, repleta de cojines, rodeada de una ventana y dos libreros con tantos libros que varios habían sido acomodados a la fuerza, y con una manta color vino sobre su cuerpo. La luz de que entraba por el ventanal era casi cegadora, un ligero frío se colaba entre su ropa y al alzar la cabeza de la almohada para revisar a su alrededor, notó inmediatamente que algo faltaba.

El ambiente olía a vainilla, dulce, pero también ligeramente floral.

¿Dónde estaba? Lo último que recordaba era quedarse dormido con Victoria en la Cabaña... ¿Cómo había aparecido ahí?

¡Victoria! ¡Eso era lo que faltaba!

Sin perder más tiempo, saltó de la cama con cierta dificultad, ya que todos los cojines parecían querer evitarlo, y justo cuando se acercó a la puerta, una melodía llegó hasta sus oídos: Wish you were here de Pink Floyd; y parecía provenir del otro lado del portal. Trastabilló con gran apuro, abriendo casi torpemente, encontrándose de frente con la escena que ansiaba ver desde hace mucho tiempo.

Se encontró mágicamente en la cafetería, y ante un par de pasos al interior, la puerta detrás de él desapareció. Las mesas estaban acomodadas para recibir a los clientes, con unos pequeños floreros hechos con botellas recicladas sobre ellas que generaban un sentimiento nostálgico y la luz de la mañana entraba melancólicamente por los vitrales, chocando con el piso de madera y formando figuritas de colores. Y, ante él, la barra se mostraba imponente, con la cafetera ronroneando, y sobre la superficie, dos vasos altos esperaban pacientemente ser llenados de aquella bebida rosa que él tanto esperaba.

Detrás de la cafetera salió la joven pelirroja con la mirada distraída, tateando la letra de la canción mientras dejaba caer cuatro cucharadas grandes de helado de fresa, una de mermelada y un vaso de leche.

Él no se movió, no respiró, no quería perturbar aquella imagen.

Victoria cerró la licuadora y, aun sin darse cuenta de que no estaba sola, esperó paciente a que la bebida estuviera lista, recargándose en la barra y dando golpecitos con los dedos. Entonces, algo la hizo alzar la vista de repente... Ahí estaba él. Sintió una revolución en su interior y las ganas de saltar el mueble, atravesar el local y hundirse en sus brazos. Una vez los había probado y ahora se encontraba irremediamente atraída a ese pequeño espacio de cielo. Y sí, ella pensaba que era el cielo... a veces azul, rojizo, nublado, electrificado... nunca el mismo, nunca.

Sin embargo, no hizo nada, solo se quedó en su lugar, pensando en miles de escenas posibles que ocurrirían en esos próximos minutos, pero también, sin la fuerza para hacer otra cosa más que mirarlo e intentar no desfallecer.

¿En qué momento había comenzado a sentirse así? ¿En qué instante la curiosidad se convirtió en las mariposas en el estómago, las ganas de sonreír las treinta y seis horas del día con solo pensar en sus ojos y las ansias de estar cerca de él?

Fery la golpearía con el látigo de su furia si pudiera leer sus pensamientos...

La licuadora paró, indicándole que ya se había cumplido el tiempo de espera, y al fin tuvo un pretexto para alejarse de aquella situación que la hacía sentir tan descubierta. Con los dedos temblorosos vertió el líquido rosa en ambos vasos, después pasó a la crema batida y terminó con una cereza colocada con mucho esmero.

Tylerskar avanzó certero hacia ella, con los ojos fijos en los labios rosados de Victoria, quien comenzaba a ponerse más nerviosa de lo normal. Al llegar a la barra, él dio un buen salto hacia el otro lado y tomó uno de los vasos sin despegar la vista de ella.

—¿Puedo?

Ella asintió, con las mejillas enrojecidas y el corazón latiendo tan fuerte que temía que él pudiera oírlo. Entonces el joven tomó un largo trago, cerrando los ojos para disfrutar del sabor, esbozó una suave sonrisa y separó los labios del borde del vaso.

—Tienes bigotes de malteada. —Victoria no pudo evitar reír al verlo, y tampoco alcanzar una servilleta de la barra a su izquierda y acercarse a él súbitamente para ayudarlo.

—¿Y tus hermanos? —preguntó Tylerskar, dando un paso pequeño hacia ella.

—Me han dejado a solas por un rato... ¿buscas a alguno de ellos?

Él negó con la cabeza y dio un paso más, cerrando el espacio entre ambos, y cuando se halló lo suficientemente cerca como para darse cuenta de que el olor a vainilla venía de ella, en vez de lanzarse hacia el abismo que significaban aquellos rasgos tímidos escondidos detrás de los lentes, sacó el llavero de peluche que Julia le había facilitado, el objeto de Vlad.

WISH YOU WERE HERE

EXTRACTO DE LA LIBRETA

El objeto de Vlad

—¿Te importaría guardar esto?

Ante aquellas palabras, los ojos de Victoria no pudieron ocultar asombro y urgencia. La vertiginosa carrera que había emprendido su corazón daba en ese instante con una especie de clímax. Como cuando estás en lo alto de una atracción que te va a lanzar al vacío, pero no sabes en cuál de los siguientes segundos. Así se sentía. Una mezcla de nerviosismo, emoción, inseguridad y vértigo.

Para una chica que anhela ver pasar los atardeceres en una tranquila cafetería mientras se pierde en sus mundos, aquella situación gozaba de tanto atractivo como peligrosidad.

Entreabrió los labios mientras agachaba la cabeza, incapaz de mirar a los ojos de su acompañante.

Cuando éste posó sus dedos bajo su barbilla, el contacto le brindó tanta confianza que no tuvieron que ejercer fuerza alguna para que alzase la vista hacia Tylerskar.

No vio deseo en su mirada, al menos, no el hambre sexual que le achacaban desde que el asunto de la segunda libreta surgió.

Si había un deseo, estaba encriptado bajo llave en algún lugar al que aquellos ojos prohibían el paso.

Entonces Tylerskar condujo uno de sus brazos tras la cintura de la camarera.

Ella no pegó brinco alguno ante la velocidad y firmeza de aquel gesto.

Los ojos de Tylerskar estaban fijos en su mirada, y aunque había un deje de cansancio extremo en ellos, parecía como si esculpiesen su voluntad en la mente de Victoria, a la que le asaltaban visiones de cuanto iba a acontecer.

Cuando el joven acercó sus labios a su boca, Victoria sintió como el agarre en su espalda la conducía apenas un milímetro hacia él. Fue suficiente.

El beso en el que se fundieron no parecía encontrar fin.

Tylerskar jugueteaba intercalando la humedad de sus lenguas con breves alejamientos para que brotasen sonrisas en el rostro de ambos, que como si de una danza se tratase, bailaban a su manera el resto del tema que estaba sonando.

Cuando la canción llegaba a su fin, Tylerskar, mirándola con ojos ensoñadores, dejó ir con delicadeza una reflexión en voz alta. Sin embargo estaban tan cerca el uno del otro que Victoria lo escuchó perfectamente.

—Esta canción lleva un tiempo acompañándome. Me inspira una relación etérea, tan volátil que no se agarra a los principios de la realidad. ¿Te imaginas que todo tu mundo, y todo el mío, solo fuesen un sueño, una alucinación? De ser así, incluso de esa forma, quisiera pelear con todas mis armas por estar junto a ti.

EXTRACTO DE LA LIBRETA

Fuego interior

Julia había acatado junto al resto de hermanos dejar a Victoria ese momento de intimidad.

Y cuánto se arrepentía de ello.

Se encontraba fuera de la cafetería, apoyada en el exterior de un ventanal de manera que no pudiese ser vista desde la barra.

Allí Tylerskar se acercaba a Victoria sabedor de su éxito de antemano.

—Ya veo que aquí os pasáis las advertencias por el forro... — Un escupitajo cayó a los pies de Julia, salpicando en parte sus zapatos. El asco hizo de trampolín para que la ira reptase desde su interior incendiando las palabras que salieron de su boca.

—Tus modales son dignos de pertenecer a tu cuadrilla de escoria. — Lo dijo girándose por acto reflejo en la dirección de la que habían escupido. Cuando se topó con Rebeldía sonriendo chulescamente mientras daba golpecitos con su diestra en su cadera, resopló un bufido de pura indignación que no albergaba sorpresa alguna.

—Míralo, ya está manos a la obra. Se va a dar un buen festín con vuestra querubina. Mira, no se cómo te llamas, pero se que de todos los que están alborotando este lugar, tú eres la única que realmente eres de fiar.

—¿Y eso por qué? — Dijo con altanería Julia, repentinamente divertida y algo interesada en la respuesta.

—Porque el fuego de tu pasión no se apaga con deseos vacuos. He visto el libro que siempre te acompaña. ¿Romántico a más no poder? El romanticismo que se pueda desprender de la persecución del mal en el nombre del bien, en todo caso. La forma más noble de amar. — Rebeldía se detuvo, sin perder un ápice de su chulesca actitud, para guiñarle un ojo a Julia añadiendo: —Creo que las dos hemos perdido algo o a alguien. En tu caso basta con ver que estás siempre de luto.

—¡Mi ropa no...! — Rebeldía colocó el índice sobre los labios de Julia, que calló a medio camino entre la sorpresa y la indignación.

—Tus ojos. Tus ojos hablan por ti. ¿Qué ves en los míos?

De pronto, Rebeldía ya no era la joven chulita y provocadora.

Súbitamente, Rebeldía era sensual, fuerte y provocativa.

Mientras Julia atisbaba eso en la mirada encendida de Rebeldía, sentía como el latido comenzaba a acelerársele.

¿Qué clase de locura era aquella?

Cuando Joel cerró la libreta que había escogido para escribir, se tomó su tiempo para levantarse de la mesa que había encontrado libre en la cafetería.

No era ni mucho menos su preferida, ocupada por un cliente, al parecer, habitual allí.

En otra mesa un tipo chulesco que recordaba a Tylerskar pero parecía tenerlo todo resuelto reía a carcajadas junto a una mujer tan arreglada que parecía querer ocultar gran cantidad de miserias.

La camarera, siempre simpática y amable, se encontraba atareada con esas personas y la gestión de su negocio.

Joel hubiese querido aparecer en otra parte, en otra situación... Pero estaba acostumbrado a aquello. El peso de las decisiones que tomamos debe ser acarreado. Se debe pagar el precio y ser consciente de que no se puede tener todo.

Las palabras de Julia seguían clavadas en su interior.

¿Era un cobarde?

¿Rebosaba indecisión?

¿Era risible su actitud meditabunda?

Las preguntas surgían y se reproducían como flechas que atravesaban escudo y piel.

Sin embargo, tras las gafas, su mirada distaba de ser una representación del vencimiento.

Sintió arder el fuego dentro de él, y tal como le quemó, lo apagó de inmediato.

Se levantó de su asiento y se dirigió a la barra, donde puso un billete encima.

—¿Ya te vas? — Victoria lo dijo desenfadadamente, sin dejar sus otras tareas.

—Sí, tengo asuntos de los que ocuparme. Gracias por este nuevo ratito, ya sabes que me encanta tu cafetería.

La risita de Victoria arrancó otra a Joel.

Dio media vuelta y salió del local. Como el que se lanza de un avión con la esperanza de que lleve a cuestas un paracaídas y la fe en que funcione, meditó en algo por enésima vez.

Tanto Victoria como él eran conscientes de ello, y sin embargo ninguno de los dos dijo nada.

Le faltaba una libreta.

FUEGO Y HIELO

En aquella cafetería atendida por Victoria, una libreta descansaba junto a un vaso de malteada vacío; esperando paciente a que la joven pelirroja la tomara, la salvara de aquella soledad en la que se encontraba sumida en aquella esquina.

El lugar estaba especialmente lleno aquel día, un cliente regular se concentraba en su trabajo, esperando una nueva taza de capuchino; una pareja comenzaba a discutir por la más mínima cosa y Victoria solo podía escuchar a lo lejos, sin meterse, sin poderse acercar siquiera.

Temerosa, se acercó a la mesa que antes ocupaba Joel y recogió la libreta con gran cariño y cuidado, como si fuese el objeto más preciado para ella... y lo era. Después, al escuchar de cerca la pelea que se desarrollaba, tembló y apretó el paso hacia la seguridad de la barra.

Las horas pasaron, más gente vino y se fue... siempre era así. Algunos solo se quedaban un cuarto de hora mientras hacían un pedido y eran despachados, otros un poco más, tomando asiento en una de las mesas, charlaban con otra persona y bebían una taza de lo que sea que pidieran, después se iban para no volver. Había clientes regulares, claro, uno llamado Rafael, buen hombre, tranquilo, trabajador... una parte de Victoria se sentía a gusto con él, pero nunca había logrado sentir una pasión embriagadora por su presencia.

Al escuchar su voz, sonreía, era como tener de visita a tu mejor amigo, pero no, aunque se esforzaba, no lograba encontrar aquella chispa mágica que la obligaría a desear fundirse en sus brazos y probar sus labios cada día. No, solo era una agradable presencia.

Al analizar esto, su vista se quedó prendada en la libreta que aun descansaba sobre la barra, justo frente a sus ojos. Estaba desgastada y dolida por tanto uso, por el contacto con los dedos del joven de lentes con fuego detrás de ellos en esos orbes castaños. Un simple objeto significaba tanto para ella que cualquiera pensaría que había perdido la cabeza.

¿Cuándo regresaría Joel a pedir una malteada de fresa?

Pensando y pensando, llegó a una pregunta más profunda y peligrosa que ella intentó apagar inmediatamente: ¿Alguna vez sería Joel quien la ayudara a atender la cafetería... quien se sentara de ese mismo lado de la barra, junto a su hombro derecho para escribir e idear mundos fantásticos mientras el lugar estuviera tranquilo?

Era una simple fantasía, pero lo anhelaba con toda su alma. Aun así, sabía que debía esperar y mantener la llama más estable, si no es que apagarla por completo hasta que algo la volviera a encender, ahora para mantenerse tan imponente y trascendental como una hoguera.

Dentro de Julia se había encendido algo que no podía describir a ciencia cierta. Era una mezcla de deseo, calor, fuerza, atracción, voluntad... y temor. La receta correcta para hacerla estremecer con la dosis perfecta de adrenalina y aventura, su adicción.

Sus ojos quedaron atrapados en la seductora mirada de la joven de cabello naranja, todo desapareció por un instante, solo estaban ellas dos. Dejó de importarle que Tylerskar estaba almorzando Victoria con fresas dentro de la cafetería, tampoco las intenciones del hombre, ni las miradas absortas de sus hermanos.

Tenía mucho que decir... por primera vez tenía un mundo de cosas que saldrían de sus labios a pesar de que ella solo hablaba cuando era estrictamente necesario. Pero, en ese momento, prefirió resumir todo en una simple pregunta: —¿Quieres un cigarro?

—Hey, Julia... Debemos entrar o la niña cometerá una locura junto al pulpo lengua larga... — Comenzó diciendo Donna, pero con un simple gesto de mano de su hermana mayor, calló.

—Necesito un cigarro. —Espetó ella, sin romper contacto visual con Rebeldía.

Entonces, no se necesitó decir más para que ambas chicas caminaran hacia la sombra de una palmera, tomaron asiento en la arena y se retiraron los zapatos para hundir los pies en ella. Encendieron un par de cigarrillos y se mantuvieron en un tenso silencio por unos minutos.

—Siempre me he preguntado qué tiene de importante este lugar, ¿por qué siempre están aquí? — Fue Rebeldía quien se animó a romper con lo que se había formado entre las dos.

—Monstruo —dijo, señalando al mar—. Sueños. —Señaló la cafetería—. Hogar... —Entonces, tomó un puño de arena y la dejó escapar por sus dedos—. Victoria tiene la idea de que una cafetería es una buena idea, atender a las almas sedientas que pasan por aquí, con la esperanza de encontrar a una persona que llevamos esperando años. Por eso pasamos nuestros días aquí.

—Aburrido.

—¿Qué? —Julia alzó una ceja con cierta diversión.

—Siento que aquí no pasa nada, solo veo el cambio de la marea... y una que otra tormenta. No hay nada peligroso o...

—Esa es la idea, Naranjita —le contestó con cierta altanería, pero la voz suave—. Es un lugar de descanso, donde estamos mientras la turbulencia del mundo de afuera lo permite. No siempre hemos estado aquí, ha habido otros lugares, misiones, aventuras... expediciones. Pero por ahora solo queremos estar en nuestro hogar mientras podamos.

—Mientes —Rebeldía sonrió de lado y se acercó un milímetro a Julia—. Tú no eres como tus hermanos, lo presiento... —Se quedó en silencio unos segundos, estudiando la reacción de la pelirroja—. ¿Quieres salir de aquí?

—¿A dónde iremos? Temo que quieres conducirme a un acantilado y convencerme de saltar.

Rebeldía no contestó, solo esbozó una sonrisa misteriosa y llena de peligro.

Mirando hacia la playa, donde dos jóvenes discutían su destino ante el implacable mar, y después hacia adentro de la cafetería, donde Victoria se fundía en aquella persona impredecible e interesante que se había colado en sus vidas, Jules sintió un tirón en el pecho.

Fue una sensación de dolor, pero impregnado de esperanza y buenas intenciones en forma de un cosquilleo. Por un momento no la dejó respirar, así que tomó asiento en el porche y respiró profundo. ¿Qué le estaba pasando?

Alzó sus pequeñas manos al frente y las observó temblorosa.

—¿Pasa algo Jules? —Foer le preguntó, hincándose a su lado.

—No lo sé, hermano —contestó, con lágrimas arremolinándose en los ojos—. Me siento rara... Es como una sensación de... de que algo se derrite en mi pecho.

Foer, aterrado, se puso de pie tambaleante. Había esperado años... no, años no, sino toda su existencia para este momento, pero ahora que lo veía cerca, un inquietante escalofrío recorrió sus entrañas.

—Oh, no —Donna murmuró, acercándose a la ventana para recargarse—. Foer, quizá debemos llevarla a un lugar frío... mientras más hielo la rodee, más tiempo tendremos para resolver esta situación.

Donna siempre hablaba desde el punto de vista de la responsabilidad, la coherencia, la rectitud y la madurez, pero esta vez estaba siendo realmente cobarde. O eso es lo que Jules pensó en aquel instante.

—No —dijo fuerte y claro la pequeña niña—. Si así debe suceder...

—...que suceda. —Foer terminó la frase, y luego se llevó las manos al rostro, frotándolo con preocupación—. Amen.

LA COSA PERFECTA

Julia sentía cómo sus pómulos sonrojados parecían quemarle el rostro.

Algo aturdida, se levantó del lecho de aquel camarote, aún perezosa por el sueño reparador breve del que había disfrutado.

El recuerdo estaba claro, pero no daba crédito a las imágenes que asaltaban su mente. A aquellas sensaciones.

Se podría haber pasado horas sumida en el flujo de sus pensamientos, tratando de analizar y recrear, atesorar y saborear... Pero un cachete en su nalga descubierta la interrumpió.

—Pero qué hermosa eres, joder. Ven aquí. — La voz de Rebeldía resonó a sus espaldas, mientras Julia abría la boca intentando esculpir una sonrisa a juego con su mirada desorbitada.

No se lo iba a tener que decir dos veces.

Se giró, y paseando su lengua para humedecer sus labios secos y congelados, dejó que Rebeldía se retorciese de deseo contemplando sus pechos desnudos.

Luego se abalanzó de regreso al lecho, donde Rebeldía rugió nada más sentir como la mano de Julia la recorría, tobillos arriba, hasta el mismo epicentro de un terremoto de placer.

Tras lo que se le antojó una eternidad muy corta, Julia apoyó el codo en la almohada que rescató del suelo, encarando a su amante.

—No se a dónde me has llevado, pero me gusta. Pese al bamboleo constante que me indica que no pisamos tierra precisamente. — Así era. Se encontraban en el camarote principal de una embarcación.

—No temas. Mi vida tiene la peculiaridad de hacerme emprender viajes constantes, pero pronto estaremos de regreso a vuestro hogar.

Julia quiso decirle que el hogar el fuego de su cabello, mientras paseaba sus dedos entre los mechones aún víctima de escalofríos de puro deseo.

Sin embargo, una voz exterior las interrumpió.

—¡Patrón, hora de capturar algunos peces! — Se trataba de una voz resuelta y firme, con un deje de ánimo en el tono.

La que la siguió sí que supo a quién pertenecía. ¿Qué demonios hacía ahí Foer?

—Creo que voy a darle al play para que las reinas del pop se desperecen... — Se le notaba divertido y entretenido a más no poder.

Cuando un sonido sucio de cassette viejo reprodujo a gran volumen a los ZZ Top, Julia gimió de placer en un grito descontrolado al ser cogida por sorpresa por Rebeldía, que hundía su cabeza entre sus piernas.

Tras eso, la patrón, como la habían llamado, ascendió besuqueando todo lo que encontró a su paso para mostrarle a Julia la mejor de sus sonrisas.

—Vamos, hora de bailar.

Se levantó y se vistió en un santiamén con cuatro harapos, lanzando a Julia un vestido negro y algo de ropa interior.

En una mueca provocativa le tiró un beso al aire, que Julia fingió atrapar con la mano y una sonrisa tatuada en su boca.

Cuando Rebeldía salió, conocía bien la situación en la que se encontraba.

Satisfecha, no dudó sin embargo en endurecer sus facciones y retar con la mirada a todo el que osase pronunciar una sola palabra al respecto de lo que había ocurrido en el camarote.

Foer dijo unas cuantas.

—No es usual que sienta envidia de Julia... — Alzó las manos, divertido, cuando Rebeldía lo fulminó con la mirada.

En cubierta se encontraban Resolución, Rectitud, Experiencia, Foer y Jules.

La niña vomitaba dificultosamente por la borda, visiblemente mareada dado el leve oleaje que, perdidos en medio del océano, sacudía el navío sin cesar.

—Dadle un poco de agua por Dios.

Tras aquella orden, Rebeldía se acercó a los suyos, que no paraban de mover la cabeza en respuesta al rock 'n roll que la radio emanaba.

Fue en ese momento que la puerta del camarote se abrió, revelando la esbelta y relajadísima silueta de una Julia que salió llevándose una mano a la cabeza al ver la inmensidad del mar que la rodeaba.

—Buenos días, Julia. — Foer sonaba algo bufón, y de nuevo se vió fulminado por una mirada.

—¿Qué diablos está ocurriendo aquí?

Foer se encogió de hombros mientras pronunciaba su respuesta.

—Al parecer estamos aquí para pescar.

Una voz que sonaba algo ebria sin resultar repulsiva les interrumpió.

—Y ya se sabe que el pescador de todo puede encontrar en la inmensidad del océano de la vida. Encantado, jovencita, soy Experiencia, y me gustaría ofrecerte un trago. — Un hombre regordete de mofletes rojizos y cabello pelirrojo le entregó, tras esas palabras, una gran jarra con una especie de brebaje misterioso. Julia miró de reojo a Foer.

—Doy fe de que está delicioso. — Dijo, alzando su propia jarra vacía. —Yo ya llevo un par.

La carcajada de Experiencia resonó por toda la cubierta, mientras Julia asía la gran jarra y, sin pensar demasiado, daba un pequeño sorbo. El aroma la dejó prendada, y una especie de subidón de paz y bienestar comenzó a inundar sus sentidos. A través de la jarra, pudo ver como Rebeldía apuraba la suya de un solo trago.

Cuando la patrón se giró, quedó quieta y enmudecida con la vista clavada en un punto fijo.

Todos, poco a poco, fueron percatándose de ello, hasta el punto que Rectitud detuvo la música.

Lo que se oyó en su lugar dejó petrificada a la tripulación. Sobre todo a una Jules que, con el rostro muy pálido, miró en la dirección que lo hacía Rebeldía para dibujar en su rostro un terror absoluto.

La banda sonora era lejana, pero por los truenos que les llegaban aquella tormenta debía de ser de las gordas.

Julia fue al lado de Rebeldía y miró al no tan lejano horizonte.

Los negros nubarrones se arromolinaban asociándose unos con otros.

Y sintió como su alma se ensombrecía.

—Nos has traído a la tormenta, Rebeldía.

—No. Os he conducido hasta la esencia de la cosa. Vuestra morada monstruosa.

—¿Por qué has hecho tal cosa? — Había desesperación, súplica, en la voz temblorosa de Julia.

—Mientras fumábamos el cigarrillo pude ver cómo Jules se retorció. Cruzar la tormenta la ayudará. De pequeña jugaba a zambullirme en las olas más gigantescas para golpearlas desde dentro. — Tras aquella sorprendente revelación, Rebeldía guinó su ojo, espetó un beso y palmeó de nuevo el trasero a Julia.

Joel entró en la cafetería, que a esa hora del mediodía estaba desierta.

A Victoria se le iluminó el rostro al verle, y le dedicó su mejor sonrisa.

—Creo que me dej...

—Te dejaste tu lib...

Ambos sonrieron como niños al interrumpirse mutuamente tratando de decir lo mismo.

Joel se llevó una mano al cabello, que removi6 divertido, mientras miraba indeciso uno de los taburetes libres.

—Toma asiento, Joel. ¿Te preparo una ronda de malteada?

—De fresa, por favor, dijo sacando su lengua de modo simpático.

Mientras tarareaba, Victoria miraba de reojo a un Joel que de pronto se había concentrado en su mundo interior.

Afuera el cielo era, como siempre, un espectáculo.

Despejado, un brillante azul con dejes naranjas se mostraba salpicado aquí y allá de nubes blanquecinas.

Sin embargo, a medida que Joel se tornaba más y más serio, una sombra parecía crecer en el horizonte.

Victoria conocía qué tormentas se quedaban en las profundidades y cuáles llegaban a la costa.

Aquella castigaría el mar a lo lejos.

Sintiendo un estremecimiento, compadeció a los marineros que tuviesen que enfrentarse a aquello.

Por algún motivo, la visión de un inmenso oleaje la asaltó.

El terror ante una ola inmensa. Un monstruo destructivo. Una cosa perfecta.

—¿Te encuentras bien? — Joel la sacó de aquella terrible sensación. Sonreía, de un modo que la hacía sentirse tan a gusto como la propia cafetería.

PIROTÉCNIA

Victoria lo acababa a de descubrir: su mayor adicción no era el café o la aventura, sino los labios de Tylerskar, abriéndose paso cada vez más cerca del centro de su alma. Sus brazos eran las paredes de un hogar que tanto habían ansiado, y su gruesa voz era la luz del faro que salvaba cada barco en que ella viajaba. Aquella sonrisa, por momentos perversa, era aquello que le recordaba la felicidad que, de tanto sentirla, llegaba a olvidar.

El joven trazaba una línea de besos por el cuello de la pelirroja, abrazándola firmemente a su pecho y con una mano se aventuraba recorriendo la blanca piel que se escondía bajo la falda a cuadros, cada vez más hambriento de descubrir el territorio oculto.

Un vaso más de malteada de fresa descansaba en la barra, con la cantidad exacta para zambullirse en el último trago de la mañana.

Ella se sentía como una niña inexperta ante él, quien parecía saber siempre lo que hacía y lo que provocaba con sus movimientos osados. Y no se veían intenciones de parar... hasta que se detuvo de la nada, estiró la mano hacia el vaso y se bebió el último trago. Después, la miró directamente a los ojos, con el rostro ligeramente enrojecido y las pupilas dilatadas, como si observara una brillante fuente de luz.

—¿Qué pasa? —ella le preguntó, sintiéndose un poco ansiosa ante la observación exhaustiva de sus facciones.

Él sonrió ligeramente, llevándose los dedos a la boca, y suspiró.

—Nada —contestó riendo—. Solo que se me ha ocurrido algo.

—¿Qué se te ocurrió? —Ella compartió la risa, llevando su mano a la frente de Tylerskar y acomodando su cabello.

—Hay que ir a otro lugar.

—¿A dónde? —No podía negar que estaba un poco decepcionada, ella planeaba quedarse más tiempo con él en la cafetería, aprovechando que ninguno de sus hermanos o la misma tropa de Tylerskar se encontraba presente.

—Es un secreto.

Mientras la embarcación se acercaba a una de las olas más mortíferas de su existencia, Jules desfallecía en brazos de Foer, quien intentaba controlar su temor para apoyar a la pequeña. Al mismo tiempo, Julia gruñía en sus adentros, sin poder decidirse entre reclamar a Rebeldía por llevarla a ella y a sus hermanos a ese lugar tan peligroso, o simplemente enfrentar lo que se venía sin chistar.

—¿Y cómo pretendes sacarnos de esta? Si se puede saber... —Obviamente, haciendo honor a su personalidad, decidió expresar su molestia.

—Mi barco es más fuerte de lo que crees, linda, no te preocupes. No sucederá nada —dijo ella con una sonrisa tan creída que solo logró preocupar más a la pelirroja.

Todo se movía arrebatadamente, olas bañaban a la tripulación a diestra y siniestra, mientras el terror se expandía en cada uno de los hermanos de Victoria. Foer comenzó a recitar oraciones al cielo y Rectitud se aproximó a él para ayudarlo a sostener a la niña, quien tiritaba y lloraba con desesperación.

Y Donna, agarrada del barandal con todas sus fuerzas, resbaló hasta Experiencia, quien la recibió cordialmente en sus brazos, los cuales eran mucho más grandes y fuertes como para mantenerla protegida por lo menos un poco.

—¿Nunca deseaste un beso en medio de una tempestad? —Rebeldía preguntó a Julia, sonriendo de oreja a oreja y demasiado tranquila para encontrarse en aquella situación.

—¿Y tú nunca deseaste un golpe bajo la lluvia?

—¡Qué romántica! —Dramatizó y luego de una carcajada le lanzó un beso al aire.

Si Julia estaba enojada, Donna era un volcán a punto de hacer erupción y la forma extraña en la que se sentía al estar tan cerca de Experiencia solamente aumentaban su ira. Entonces, en medio de aquella tormenta que amenazaba con terminar con los mundos, la joven de largo cabello pelirrojo y vestida de azul, con la tela pegada a su exuberante cuerpo, con los talones haciendo de todo para no verse vencidos por los tacones y el brusco movimiento del barco, soltó un grito que provocó que Experiencia la soltara al instante.

—¡No, no y no! —dijo—. ¡No voy a permitir que esta sea nuestra muerte! ¡Es el peor destino para uno de nosotros! ¡Derrotados por nuestro peor enemigo!

Todos la observaron atónitos, rara vez explotaba de esa manera tan histérica.

—Donna, tranquila. —Rebeldía caminó hacia ella con tanta facilidad que era prácticamente imposible que fuese real—. Estamos aquí para que la pequeña Jules supere sus miedos, no para morir.

—¿Supere sus miedos?! ¡Por favor! —gritó con los ojos inyectados de rabia—. ¡Mírala, está colapsando!

—Donna, por favor, no grites —Foer pidió, sintiendo cómo Jules se veía afectada por la ira de su hermana—. Sabes que no le hace bien que nos enojemos de ese modo...

—Cállate, Foer. —Bufó. —Necesitamos un plan para salir de aquí...

—Hmmm... ¿señorita? —Experiencia se acercó de nuevo a ella, ahora con más cautela.

—Ahora no, estoy pensando.

Y, antes de que ella pudiera pensar siquiera en la esencia del plan, una ola enorme, aun más que las otras, se alzó ante ellos. Todos veían su hora venir, pero Jules, tan asustada que apenas podía moverse, se puso de pie, apoyándose de Foer y Rectitud. Entonces, sin aviso alguno, se lanzó al agua. Fue tragada por el mar como bocadillo.

Fue cuando Donna la perdió, que se lanzó contra Foer, quien solo puso la otra mejilla y se dejó amedrentar por su hermana, pero eso hizo que Julia se interpusiera entre ambos y recibiera una paliza que felizmente le regresó a la chica de azul. La tropa contraria hacía lo posible por separarlos, pero ellos tres eran invencibles, como tres guerreros altamente calificados peleando a muerte.

Mientras tanto, en el fondo del océano, el pequeño cuerpo de la niña flotaba suspendido entre la repentina calma del agua. Su mente viajó hacia todos lados, expandiéndose por cada rincón de aquel mundo hasta llegar a una cabaña que se encontraba pasando la frontera entre ambos universos. Se dio una vuelta por ahí, recordando lo bien que se había sentido la última vez que estuvo ahí y se quedó un segundo más antes de proceder a pasearse por la cafetería vacía, encontrando los vasos vacíos de las malteadas que Tylerskar había bebido.

Entonces, el dolor en su pecho la hizo volver a su cuerpo al instante, sentía que se quemaba y se quebraba al mismo tiempo. Una fuerte luz azulada salía de ella y menguaba cada que las sensaciones aumentaban. Un sentimiento cálido llegó de repente, iniciando justo en su corazón, y como una explosión, la invadió completamente hasta llegar a más allá de ella misma, contagiando todo el mar y la superficie.

Sobre el barco, asombrados ante la repentina calma, los hermanos pelirrojos comprendieron lo que acababa de suceder: el corazón de Jules se había descongelado.

Tylerskar y Victoria caminaron tomados de la mano por un extraño lugar rocoso, subiendo una cuesta que llevaba a la cima de un cerro cuyas rocas brillaban con luces fluorescentes. Todo lo demás estaba oscuro a su alrededor a excepción de las estrellas que iluminaban el cielo de una forma maravillosa.

Tras llegar, con la respiración agitada y el corazón ardiendo, ambos se detuvieron a observar la inmensidad del universo. Desde ahí, en lo más alto, podían ver justo dónde iniciaba y terminaban ambos mundos, los cuales se fusionaban más y más, haciendo aquella línea cada vez más imperceptible. Algún día, esos mundos serían uno solo, sin divisiones ni fronteras, simplemente caminos bien contruidos, carreteras iluminadas y puentes.

Sin decir nada más, porque las palabras eran innecesarias, Tylerskar abrazó a Victoria por la espalda, pegando su nariz a su cabello con olor a vainilla y fijó la vista al cielo.

—Todo va a salir bien, ¿verdad? —ella le preguntó, sintiendo cómo el corazón le latía tan fuerte que amenazaba con romper su caja torácica, y sabía bien lo que esa sensación significaba.

Entonces, justo antes de que él pudiera responder, del mar se elevaron miles de luces de colores que estallaron en el oscuro manto que los cubría en forma de pirotecnia.

—Si, lo estará —susurró.

UN LATIDO AL AMANECER

La cafetería se encontraba desierta a esas horas de la noche.

Salvo por Victoria y Joel, que uno a cada lado de la barra se habían estado dedicando a sus quehaceres a lo largo de toda la jornada.

Algunas miradas se habían encontrado con la concentración del otro, permitiéndolo a ambos analizar, un poco sucumbir y un mucho suspirar. Otras, sin embargo, se habían encontrado de pleno, provocando que una calidez avivase la llama en el interior de ambos, acelerando su pulso hasta hacer bien notoria la conciencia de sus propios latidos.

En ese momento acababa de ocurrir uno de esos cruces de miradas, y Joel, fiel a la palabra, desvió rápidamente la vista a su libreta. A Victoria no le pasó desapercibido. Sonrió, tratando de no desvelar la enésima ensoñación literaria de aquel compañero por el que profesaba gran cariño.

Sintió una protesta de sus hermanos ante la modestia de lo que acababa de meditar. La imagen de gasolina vertida sobre una gran hoguera la asaltó de súbito, pero no quería escuchar en ese momento nada más que la respiración de Joel.

Quizá en breve la caligrafía de su bolígrafo llenaría de esa música especial la cafetería.

Sin embargo, él tamborileó sus dedos sobre la cubierta de la libreta, y extrañamente animado, se dirigió a la camarera.

—Vaya, ya ha anochecido. — Condujo una mano a su cabello, acompañando el gesto de una sonrisa que despertó otra cómplice por parte de Victoria. —Ni siquiera me he fijado en los horarios...

—Aún hay tiempo. — Mintió Victoria a medias. Solía cerrar la cafetería a esas horas, aunque en verdad no tenía ningún horario fijo. Se apoyó en zona de la barra frente a Joel. —Bien, ¿Qué va a ser?

Por unos instantes reinó el silencio.

Existía tensión, pero no ese tipo de tensión que se puede cortar con un cuchillo. Se trataba más bien de los nervios escénicos antes de presentarse ante un público expectante. Salvo que el público era, en esta ocasión, invisible.

De pronto la mirada de Joel aterrizó en los labios de Victoria, cuyo inferior mordisqueó casi inconscientemente provocando que él quedase boquiabierto.

Cuando, sacudiendo la cabeza e inhalando profundamente, Joel tiró su cabeza hacia atrás, Victoria efectuó un ágil salto sobre la barra, deslizando su cuerpo sobre el barniz de la madera clara y dejándose resbalar hasta caer grácilmente en el taburete contiguo al de su cliente.

—Te propongo algo, cajita de sorpresas. ¿Te apetece que cierre el local para que podamos hablar largo y tendido hasta la hora que sea?

Joel no necesitó articular palabra.

Asintiendo lenta pero concienzudamente, contempló como la silueta de Victoria se contorneaba llena de vitalidad mientras comenzaba las labores de cierre.

—¿Tendrías algo un poco fuerte?

La voz grave de Joel contenía cierto tono de súplica.

A Victoria aquello le tensó un poco los músculos de la espalda, sin llegar a ponerla en guardia.

—¡Claro! No están a la vista, pero dispongo de botellas de mediana y alta graduación.

Cuando se giró hacia Joel alzando una ceja en señal de fingida y coqueta chulería, fue Victoria la que quedó completamente boquiabierta.

—T... Ty... ¿Tylerskar? — Balbuceó como pudo el nombre, pues quién tenía enfrente no podía ser otro. La pose también chulesca, el aura de un generador de energía a pleno rendimiento y esa mirada... Esa mirada que perforaba y analizaba por igual.

Sin embargo, nada más pronunciar su nombre, como si de una alucinación se tratase, se esfumó para dar paso nuevamente a Joel.

El corazón de Victoria latía con fuerza. Su respiración era agitada.

—No se si es buena idea de hecho... — Joel se mostraba, de repente, avergonzado.

La camarera alcanzó la barra a grandes zancadas, y en un santiamén dispuso dos pequeños y pesados vasos junto a una misteriosa botella sin etiqueta ni marca.

—¿Qué es esto?

Mientras sonreía quitando el tapón con los dientes, Victoria vertió un líquido naranja en ambos vasos, llenándolos hasta casi rebosar.

—Es mi secreto. Mi brebaje preferido. — Condujo uno a las manos de entrecruzadas de Joel. — Bebe. De un trago. — Alzó el suyo al frente tras brindar con el de Joel. — Por nuestros mundos.

Como si de un acto reflejo se tratase, él hizo lo propio.

—Por nuestros mundos.

Unos segundos después Tylerskar besaba apasionadamente a Victoria sobre la barra de la cafetería. Sus cuerpos se fundían en un abrazo dinámico, que llevaba sus manos por el cuerpo del otro provocando algunos gemidos de placer que no hacían más que aumentar el deseo.

—Me encanta tu brebaje. — De pronto Tylerskar se quedó quieto, mirando con entusiasmo a Victoria. Ella, sonrojada, sonreía y le invitaba con breves movimientos de cadera a no detenerse.

Para su sorpresa, él condujo su mano diestra al lateral de su cabello, apartándolo para deslizar entre él sus dedos. Repitió lo mismo con el lado izquierdo, hasta que la cara de la joven quedó completamente descubierta.

Entonces, apoyando su cabeza contra la base de su cuello, dejó escapar un sollozo. Luego un suspiro, previo a un sollozo más profundo.

Victoria lo abrazó con tanta fuerza que el llanto brotó, de un modo que indicaba más alivio que dolor, como una grata sorpresa ante un destino incierto.

Él le devolvió el abrazo con idéntica fuerza, y cuando sus lágrimas cedieron, volvió a alzar un rostro que brillaba irradiando felicidad por los cuatro costados.

Se incorporó para servir una nueva ronda de aquella bebida naranja.

Llevándose una mano a la cabeza y apoyando el codo en la barra para mantenerla en alto, contempló a Victoria mientras daba pequeños sorbos.

Era plena madrugada, y ninguno de los dos tenía precisamente prisa.

Julia y Rebeldía avanzaban resueltas cogidas de la mano.

Eso era porque la peliroja pegaba cachetes a la mano de Rebeldía cada vez que ésta la conducía a su trasero.

Tras ellas, Foer y Donna daban su mano a la pequeña Jules, radiante y absolutamente recuperada del incidente en las profundidades marinas.

El grupo lo completaban Rectitud, Resolución y Experiencia, que, empapados como el resto, conversaban animadamente.

Sobre el grupo, un espectacular cielo en pleno amanecer les daba la bienvenida.

A lo lejos ya podían divisar la cafetería.

A Rebeldía, aquel camino le recordaba a videoclips y películas, con altas palmeras repartidas con abundancia entre plantas y maravillas arquitectónicas. El tráfico a aquellas horas era nulo, así como la presencia de gente en la calle, de modo que podía disfrutar de la compañía del resto del grupo mientras lanzaba el humo de un cigarrillo al cielo de tonalidades amarillo liláceas.

—No deberías fumar tanto. — Aseveró Julia.

Rebeldía la miró, no desafiante como cabría haber esperado, sino con cariño.

—Ayúdame pues. ¿Quieres? — Le pasó el cigarrillo prácticamente intacto. — Le damos una calada cada una y lo tiramos. — Rápidamente regreso a ella esa picardía que volvía loca a Julia.

Y así, amablemente, llegaron a las puertas de la cafetería que abriría en pocas horas.

No obstante, cuando las persianas se abrieron desde dentro y los hermanos vieron el pelo revuelto de Victoria, no necesitaron ni medio segundo para hacerse una idea de lo que había ocurrido.

Tras ella, la silueta de un Joel encorbado en la barra sugería que se hallaba sumido en una concentrada escritura. Aunque, de algún modo, la escena emanaba paz.

Cuando la mirada de Victoria encontró la de Jules, no hicieron falta ningún tipo de palabras.

Sonriente a más no poder, fue mirando a sus hermanos hasta aterrizar en un Foer que le devolvía las señales de dicha. Juntó las palmas de sus manos y, alzando la vista al cielo, suspiró largamente.

Dentro de la cafetería, Joel estudiaba el diario de Victoria mientras tomaba notas a gran velocidad, garabateando en su segunda libreta.

Disponía de un café largo y humeante a su derecha.

Parecía que no quería por nada del mundo que aquella joranda acabase.

UN MONÓLOGO DE VLAD/VICTORIA

o «Encontrando algo más que romance»

A veces desearía poder apagarme a voluntad, tener un interruptor que callara todo el ruido que hay en mi mente. Cuando tu voz mental se divide en cinco personalidades con identidad propia y todos se ponen en un plan en que necesitan ser escuchados, una batalla campal se instaura en el mundo interior, y si a eso le sumas una enorme cantidad de cambios, de eventos y sentimientos ajenos que poco a poco se transforman en aventuras completas repletas de tormentas, días de sol, lluvias, huracanes, hasta terremotos en un lugar donde la calma solía ocupar cada día, desde el amanecer hasta la puesta de sol y después su cielo era cubierto con estrellas con un sueño en cada una de sus lucecitas tintineantes, el ruido se hace insoportable, ensordecedor.

A mi relativamente corta edad, la última parte de ella la he vivido con una aparente calma que oculta una constante lucha interna entre voces y personalidades que buscan cualquier rendija, cualquier descuido o tropiezo para salir y respirar por sí mismos. Cada uno de ellos traían un paquete ejemplar de características físicas, gestos, pensamientos, ideas... empujando la impresión que la sociedad tiene de mí hacia la volubilidad y retracción, introspección y una serie atributos que cada vez me alejaban más de la gente. La verdad, no me quejo. Si lo veo desde un punto de vista objetivo, el estrés que sentía al momento de socializar temiendo un cambio de personalidad o algún grito desmedido por parte de uno de ellos reducía a medida que disminuía las interacciones.

Pero los humanos, ni siquiera gente como yo, estamos hechos para la soledad. Fueron años de práctica y un gran trabajo interno, así como la construcción de las tantas bases mentales, lo que me trajo a una cierta estabilidad. Pronto, volver al mundo real a ratos y hablar con la gente dejó de ser tan estresante. Comprendía bien los detonantes de los cambios y tomé muy en serio el trabajo de evitarlos. Sabía que si alguna personalidad tomaba el control a la fuerza las cosas saldrían mal, pero tampoco podían quedar relegadas al fondo de mi ser porque cada una de ellas posee elementos importantes de un sistema mayor, partes que no me gustaría perder.

En días como ese, cuando han sucedido demasiadas cosas difíciles de digerir para los cinco, y sus voces parecen haber alcanzado un grado superior en decibeles, ante la imposibilidad de apagarnos por completo, a no ser que optemos por dormir o ver un maratón de películas con Molly Ringwald, lo mejor es tomar asiento en una de las mesas con mejor vista, servir un café humeante de Veracruz, el cual tiene ese suave sabor a tabaco que acentúa la textura rugosa y artesanal de la bebida, y citarlos a todos.

Es claro que para el mundo exterior solo era una joven sentada en una mesa viendo a la nada; saqué una libreta de bocetos y esparcí mis lápices sobre la superficie libre. Dibujar ayuda bastante porque me permite sumergirme en mi interior con mayor facilidad, es como un portal directo al interior.

—¿Crees en el destino, Foer? —Jules, muy al interior de mí misma, casi siendo una sola con mi ser, preguntó al hombre de traje que fumaba frente a mí.

—Define destino.

—El hecho de que todo está escrito, que vas a pasar por ciertas cosas, que irás por un camino específico, solo porque *debes* pasar por ahí.

—Sabes que sí —rió, dio la última calada al cigarro y lo apagó en una servilleta—. ¿Por qué preguntas?

—Por mi madre. —Suspiré profundo y doloroso, alzando la vista por primera vez desde su llegada—. Sabes lo que dice de Joel... que él no es el hombre de nuestra vida, el «amor de nuestra vida». Toda su cosa esa de los sueños premonitorios que dice tener sobre mí... Por momentos me hace dudar y no me gusta.

Foer me miró con algo de lástima y protectoramente alcanzó mi mano. Al mismo tiempo, Julia tomó asiento a mi lado, cruzando los brazos al instante y robó la mitad de mi café.

—Dime algo, Victoria. —Julia fue quien tomó la palabra—. En serio, sé honesta. ¿Ves a mamá aquí?

—Claro que no, ella está en casa...

—No aquí en la cafetería, sino aquí... aquí.

Se refería al mundo interior, claro.

—No, no la veo.

—¿Y a quién ves aquí, entonces? —Me preguntó y yo, a punto de contestar que solo estamos nosotros, como siempre, me decido a pensar un poco más en la respuesta, así que observé a mi alrededor. Donna estaba tras la barra, charlando aun con Experiencia. Ella no ha dejado de coquetearle aunque se estrella contra un grueso muro de «solo amistad».

—Bueno, estamos nosotros y él —dije al fin.

—Exacto, ahí lo tienes —me contesta prepotente, dándome un golpecito en la cabeza—. En este mundo solo estamos nosotros y la prole de Rebel. Somos nosotros quienes estamos viviendo todo este remolino de casualidades, tormentas, calor, agitación... cambio. Si quieres ser más *realista*, son tú y Joel quienes están al centro de esto.

—Mamá tiene su propia carga, Victoria. —Foer tomó la palabra—. No es un buen momento para ella, debes comprenderla. Ella tiene también sus propias creencias... y sigue esperando que un Chris Pratt con Ingeniería y familia católica te encuentre en un estudio de televisión y tras tres años de noviazgo te pida matrimonio. Tiene una idea muy fija de cómo es el ideal de vida perfecta y eso es lo que ella quiere para nosotros. Su misma mente le juega malas pasadas y le manda ese tipo de

sueños que ella cree proféticos. Tú misma has visto cómo se pasa al destino por sus anchas cuando pone en tela de juicio los actos y las decisiones de los demás, hasta de su propia madre. Que la abuela se equivocó al casarse con el abuelo, que todos le dijeron a ella que él no convenía y que aun así decidió hacerlo... juzgando, juzgando. Pero no se ha puesto a pensar que ella ha nacido a causa de esa unión.

—Destino —Donna dijo desde la barra.

—En todo caso, yo amo a Rebeldía —Julia alzó un poco la voz para hacerse escuchar—. Si me dices que un sujeto «perfecto» va a venir a sacar a la prole bipo de este lugar, créeme que a nadie le gustará lo que sucederá a partir de ese momento. Yo quiero pasar el resto de mis días con ella, es una decisión que ya está tomada.

—Sí, y yo con Joel...

La verdad es que, desde el inicio, a pesar de que el primero en acercarse fuese Tylerskar con la premisa «follar» en la mente, la forma en la que Joel se inmiscuyó en mi mundo me sorprendió. No fue un tsunami, que entra por la fuerza y destruye todo lo que toca, intentando cambiarlo todo a su modo e imponerme un nuevo estilo de vida. Más bien fue como una suave ola, que llega lentamente, gentil, cordial; no mueve nada, ni lo destruye, solo lo humecta. Él no llegó a querer desaparecer todas las personalidades «sobrantes» de mi existencia, sino que quiso conocerlas una a una; les habló, las trató, les hizo preguntas y las comprendió a su mejor forma. Él vino a observar y conocer, para después quedarse y adaptarse.

No hay nada que tenga que fingir ni ocultar... no hay estrés por los cambios de personalidad, no hay temor a ser juzgado...

Y su presencia aquí solo ha traído riquezas, una expansión en todos los sentidos, más lugares que conocer, calor, vida, acción... y conexión.

Al encontrar la respuesta, regresar al mundo real me pareció una buena idea. Frente a mí descansaba un retrato de Tylerskar, pero no aquel remolino alcohólico que apenas puede quedarse quieto, sino el hombre que se asomaba en la mirada de Joel cuando nos encontrábamos respirando agitados, intentando recuperar el aliento y con la habitación víctima de un torbellino. Esa mirada penetrante y seductora, no tan dulce, pero siempre cálida, con una enorme mezcla de deseo y amor.

Desde la primera vez que lo vi, supe que ese era el epítome de Joel, cuando todas sus capas se fundían en una sola... durando simplemente un par de minutos, para después esconderse, dejando al hombre tranquilo de mirada apacible y sonrisa boba que solo quiere «achucharme» toda la noche.

ENSAYO

Sobre los mundos y el amor en tiempos de lejanía en el mundo real

Me he quedado sola en esta cafetería, observando el pasar de los días mientras el Apocalipsis se desarrolla en el mundo real. No he tenido contacto con la persona que viene a beber malteadas y a escribir en su par de libretas, lanzándome miradas furtivas que me estremecen de pies a cabeza.

Ya estoy mejor, pero he pasado tiempos terribles; hace horas me encontraba tan desesperada que sentía que este recinto sagrado del café y el descanso era desmantelado y yo era encerrada en una oscura prisión con paredes de concreto. La ansiedad se apropió de mí, el miedo le hizo segunda, la desesperanza venía cerca de ellos. Una nube negra se posó sobre mi cabeza y comenzó a llover torrentes de lágrimas, causo una tormenta que no paro aunque yo así lo pidiera.

El sol se había ocultado en aquel hermoso cielo y el mar subió su marea violentamente, golpeando las rocas y la orilla con furia... la tormenta no cedía.

Y luego, casi de la nada, las nubes abrieron paso, dejando llegar un rayo de luz que pegó directamente en la barra, rozando suavemente su superficie de madera y calentando un poquito el corazón temeroso de este universo.

Tome asiento en aquel banco que Joel suele usar, me llevé la mano al pecho y suspiré para exhalar todo el dolor que tenía contenido en mi ser, torturándome de adentro hacia afuera, ahogándome en un océano de miseria y desesperación. «Todo pasa por algo» me repetía cada que las ansias me agobiaban más de la cuenta.

—Te extraño tanto... —susurré, esperando que mi voz llegara hasta sus oídos.

Donna dice que soy una exagerada, que solo ha sido un día de ausencia... pero para mí es un suplicio.

Lo siento cerca, sabiendo que está lejos, que no puedo tocarlo ni besarlo, abrazarlo... o sostener su rostro cuando me observa fijamente. La añoranza se siente diferente, como nunca antes la he experimentado; es como un sentimiento frío en la espalda, pero calidez en el pecho ardiendo con la misma intensidad que la hoguera vive dentro de mi mundo y en aquella cabaña rodeada de nieve y un bosque nevado.

El rayo de sol me hace pensar distinto, ya no es la oscuridad quien me apresa, sino una luz que susurra calma.

Entonces me doy cuenta de que cada cosa es disfrutable... cada bendita cosa, hasta lo más tonto o doloroso: extrañarlo o tenerlo a mi lado, el escuchar su voz en mi oído, o solo imaginarla o reproducirla en sueños; ver en sus ojos ocultos tras las gafas la chispa de inocencia, dolor y experiencia, sus largas pestañas y las ojeras por el mal descanso; su rostro juguetón detrás de la barra, la forma en que se rasca la barba... y esa sonrisa que pocas veces muestra, pero que cuando lo hace, todo se ilumina como obra maestra.

Estoy disfrutando de extrañarlo porque ahora sé cuánto me hace falta. Y no es que no pueda vivir sin él, sino que los días, los minutos, los segundos... el pasar del tiempo es más agradable con el cerca de mí.

Pensando y pensando llego a más ideas y conclusiones.

Es maravilloso como dos universos completamente diferentes pueden unirse y crear algo más grande, con un mayor propósito, más increíble... es magia pura. Amo la versatilidad que ha tomado mi vida a partir de que los cinco abrimos las puertas a aquella tropa revoltosa, cuando puentes, carreteras y caminos se crearon, borrando las fronteras entre sus lugares y los míos. Ahora las posibilidades son infinitas.

Comienzo a pensar que aquellas historias sobre almas gemelas son reales, y es que no encuentro otra explicación a todo esto que está pasándome. De repente, cuando menos lo esperas, conoces a una persona que se convierte en el centro de todo equilibrio, cuyo magnetismo es mayor a todas las cadenas del mundo real y la conexión ente él y tú los lleva a hazañas inimaginables.

De una noche para otra, todas las personas a las que creíste amar se transforman en simple polvo de estrellas, como si aquellos sentimientos nunca hubiesen existido, tan solo eran una cruda ilusión creada por las circunstancias, la soledad y la idealización. Tal vez así fue.

... y ahora, después de tantos años de búsqueda, ya no estás solo, alguien entra a tu mundo y se pasea con galantería como si fuera el suyo, añade sus propios espacios, lo mejora, lo expande... y lo completa. Entonces todo está bien, como debe ser.

CASCADA

Terminó de leer aquel texto con manos temblorosas.

Joel sabía que no tenía exactamente frío, pero en el lugar donde se encontraba las llamas se ahogaban.

La llama de la esperanza, que alzando la vista sintió arrebatada. Frente a él, el territorio yermo, mucho peor que el vacío del infinito.

La llama de la ilusión, que prácticamente todos a su alrededor habían querido patear. Su cadáver yacía a pocos metros de él, sin sangrar pero inmóvil, reposando sobre el duro suelo apedreado.

La llama de su amor, que...

Joel dejó escapar una sonrisa pícaro.

Como esas que tanto se solían dedicar.

Aquello pareció actuar de fuelle para unas brasas que en ningún momento parecían flaquear. Y de la llamarada resultante, sintió un impulso que lo condujo a mirar hacia arriba, a un cielo donde nubes milenarias dibujaban caminos inalcanzables.

Una estrella fugaz parecía inmóvil, tal era su escasa velocidad.

Sin embargo, se le escaparía si no trataba de superar sus miedos.

De modo que dio un paso adelante.

—No deberías malgastar tus fuerzas, joven. — Conocía de sobra la voz que manaba de la pútrida boca de aquella anciana. No es que nunca le hubiese querido mal, pero para Joel su compañía no era precisamente grata. Se giró, con la vista cansada, hacia Soledad, quién en efecto iba acompañada de aquella joven anoréxica llamada Tristeza.

—Vas a pasar aquí mucho tiempo... — El llanto resultante de pronunciar aquellas palabras por parte de la joven enervó a Joel, que frunciendo los labios, dio un paso más en la dirección que marcaba la estrella fugaz.

Sin embargo, en aquel lugar inhóspito, cada paso agotaba más el alma que el cuerpo, dando como resultado un agotamiento pocas veces experimentado. Y quedaban tantos pasos que dar...

Frente a Joel, un páramo devastado se extendía kilómetros y kilómetros. Era de lógica que su destino iba a ser caer exhausto en algún punto no muy lejano de su travesía.

Además estaba su miedo, esa sombra que tiraba de él suplicándole una mirada hacia atrás, con la promesa de sanación para casi todas las heridas. La luz de la desesperanza proyectaba y alargaba esa sombra, haciéndola pesada como inmensas cadenas a arrastrar.

Joel rugió.

Rugió fruto de la pena y el dolor, y por un instante un chispazo en su mente le reveló el rostro de su querida Rebeldía.

Quizá él no era como ella, que seguramente, en su situación, ya se encontraría brincando a zancadas para salir de allí.

Pero se consideraba resistente, y aquella convicción lo llevó a dar un paso tras otro, lenta pero progresivamente.

Se percató de que estaba dejando atrás a Tristeza y Soledad.

Si tan solo pudiese desprenderse de su miedo...

Las ráfagas de aire no eran ni cálidas ni gélidas, pero cortaban su desesperado avance hacia ninguna parte con el mal fario de un destino maldito.

Joel sabía de buena tinta que si se detenía en aquel lugar, si se dormía allí tratando de que aquello fuese solo una pesadilla, el abismo lo engulliría una vez más.

Alzó la vista desesperado a la estrella fugaz, que sorprendentemente, estaba cambiando de color.

Un tono anaranjado estaba recubriendo el cuerpo celeste, conquistando parcialmente su misma estela.

Sabía que la distancia era insalvable en esos momentos.

Pero sentía el calor de aquella estrella.

Y tenía fe, más fe que nunca, en la promesa que parecía susurrarle desde una boca enmudecida.

De modo que siguió caminando. El rugido dejó pasó a una exclamación en la que fue liberando ira contenida. A cada grito, su llamarada interior se avivaba aún más. Sentía como crecía tanto que, ilusa pero utópica, deseaba fusionarse con la estrella a años luz de distancia, que a su vez respondía al fenómeno incrementando su fulgor.

La pena y el dolor, poco a poco, fueron desprendiéndose de su ser. Fueron sustituidos, más bien, pues cuando al duodécimo paso sintió una manita asir la suya, la entereza regresó a su ser mientras contemplaba como la pequeña ilusión le sonreía encantadora.

A lo lejos se abrió una especie de portal, a través del cual se distinguía la inconfundible estructura de su, ya preferida, cafetería.

—Está demasiado lejos, Joel. Vuelve con nosotras.

El sonido seco hizo que se girase, por vez primera, a mirar atrás.

Soledad se encontraba tirada en el suelo, y maldecía para sus adentros mientras trataba de aliviarse de la gran colleja que Resolución le había espetado. Éste no sonreía, no allí. De una seña indicó a Joel que ni se le ocurriese volver a mirar atrás.

Entonces la velocidad pareció cobrar protagonismo.

Una urgencia se apoderó de él, que se dio cuenta de que, si bien su destino era aquella cafetería, su obligación era protegerla de lugares como ese.

Cerrando los ojos, se concentró y visualizó sus objetivos.

Vio a Tylerskar peleando contra la gran anaconda en el lago del alcohol.

A Rebeldía enfrascada en su caza y captura del Monstruo.

A Victoria luciendo esa sonrisa contenida que, sin embargo, no lograba evitar que todas sus facciones brillasen con la luz de mil farolillos.

Y, cuando se vino a dar cuenta, el agradable sonido de un riachuelo inundó sus sentidos. Abrió los ojos al mismo tiempo que tomaba una fresca bocanada de un aire limpio y puro.

Se encontraba en el interior de un conocido bosque.

Se sentó, quejumbroso, en una roca colindante al riachuelo.

Bebiendo un poco de aquella agua cristalina, pareció escuchar algo más a lo lejos, como el sonido de una cascada.

El camino que le condujo hasta allí resultó ser de lo más mágico. Sobre todo, por el contraste con el territorio yermo.

Al alcanzar la zona donde una gran y alta cascada vertía su constante flujo sobre un pequeño lago, a Joel le nació una sonrisa de oreja a oreja.

Victoria, su querida camarera, se encontraba en el centro del lago, bañándose.

Le saludó también con una gran y cálida sonrisa, efectuando aspavientos para que se introdujese con ella.

Y así lo hizo, fundiéndose en un abrazo que hizo valer cada milímetro caminado hasta esa fecha.

—¿Qué hacemos aquí?

Ella colocó un dedo sobre los labios de Joel, para posteriormente besarlos largamente y añadir: — No podemos ir a la cafetería... De momento. — Su mirada penetraba la de Joel, transmitiéndole calma e insuflándole paz. — Pero podemos vernos aquí de vez en cuando. Solo por un breve tiempo, my love. ¿Podrás aguantar?

Joel, cabizbajo, no dejó de sonreír.

Cuando volvió a alzar la mirada, ésta irradiaba esa luz que tanto gustaba a Victoria.

La acarició y asintió.

—De acuerdo, así sea. Me pregunto si algún roedor escriba andaré cerca con una libreta... — Victoria se lanzó a matarle a cosquillas por aquella ocurrencia. Se zambulleron varias veces en el lago, encontrándose a besos sobre y bajo el agua.

De ese modo transcurrió la jornada en aquél lugar, en una fracción de tiempo que a ambos se les antojó vertiginosa.

—Debo irme, Joel.

Éste asintió. Se le veía recuperado, incluso sus ojeras no parecían tan generosas como de costumbre.

—Oh, que no se me olvide, mira debajo de tu ropa, creo que algún roedor ha estado fisgando por allí y puede que se le haya caído algo. — La mirada de Victoria fingía indignación. Entre los últimos besos y abrazos, Joel se dirigió hacia la pequeña montaña de ropa para, sorprendido, dar con su querida libreta, así como con un bolígrafo.

EXTRACTO DE LA LIBRETA

Hasta el final

El ruido emitido por la gran cafetera era anormal.

Las duchas manos de Victoria habían sido, en esta ocasión, suplidas por las de una Julia enojada con la máquina, la cafetería y el mundo entero.

De nuevo aguado.

No había quién se bebiese ese maldito café.

Se apoyó contra la cafetera sintiendo ganas de llorar.

—Eh, pequeña, ¿Qué ocurre?

Al menos la voz de Rebeldía le transmitía algo de sosiego.

Se giró revelando en su rostro la caída de una única lágrima, esa que cada mil años se permitía.

—Todo se desmorona. Primero Victoria, ahora yo... Es cuestión de tiempo que nos descubran a todos y este lugar sea invadido.

Rebeldía sonrió, pero sus ojos indicaron lo contrario. De algún modo Julia sintió que ella comprendía absolutamente todo lo que trataba de explicarle antes de hacerlo.

—Lo importante no son los lugares. Éstos pueden ser violentamente violados, ¿Sabes? — Rebeldía alzó su cabeza, en ese característico gesto chulesco que enloquecía a Julia. —Lo importante eres tú y tus hermanos. El hogar que representáis para los míos... y para mí. — Las últimas palabras fluyeron como arrancadas con dificultad de un peñasco de orgullo y amor propio.

Julia quedó en silencio, saboreando lo que acababa de escuchar.

Se acercó a la barra y besó profundamente a su pareja, socia, amor y alma gemela.

Cuando Rebeldía acarició su rostro, las lágrimas fueron limpiando su interior a medida que balbuceaba todos y cada uno de sus miedos.

—Sombras como cadenas en el territorio yermo, Julia. — Rebeldía no dejaba de sonreír. En sus ojos como llamaradas se veía reflejado el espíritu de aquel que sabe que si la empresa es bien difícil, más fuerte será el empeño por culminarla con éxito. —Tan solo sombras.

Repitió aquello un par de veces más, como medio diciéndoselo a Julia, medio a ella misma.

Entonces fue Julia quien, asiendo la mano de su compañera, le devolvió una furiosa sonrisa por vez primera.

—Hagamos que nuestra luz se las trague todas.

EL FIN DE LA TORMENTA

La puerta de la cafetería presumía un letrero pintado a mano que decía «cerrado»; afuera, una tormenta se arremetía contra la construcción y el viento golpeaba fuertemente contra los ventanales. En el interior, Vetusta Morla ambientaba una conversación ligeramente escandalosa en una de las mesas más pequeñas y otra bastante extraña en la barra.

—¿Tisana de qué dijiste? —Rebeldía preguntó a Julia dando un pequeño sorbo a la bebida, la cual le parecía de lo más curiosa por su sabor dulce y ácido a la vez.

—Fresa y kiwi, Naranjita —le contestó con una media sonrisa.

Dejando de lado el hecho de que la estaba molestando, le preguntó: —¿De qué tomas tú?

—Frutas de la pasión —dijo, abruptamente llevando la conversación a cierto lado perverso. Y, ante esta provocación, Rebeldía soltó una carcajada; con la mirada presuntuosa y encendida, alzó una pierna, alcanzando las de Julia, rozando suavemente su piel desnuda bajo la falda del vestido negro.

Una sonrisa pícaro y sonrojada se escapó de los labios de la pelirroja.

Mientras tanto, en la barra, Donna preparaba un capuchino siguiendo las notas que Victoria había dejado a sus hermanos con las recetas de cada bebida del menú, y Experiencia aguardaba pacientemente con una cerveza en mano y una mueca bonachona acompañada de sus rojizos rasgos. La observaba casi paternalista, pero con mucha diversión y una risilla contenida ante el mal humor que la joven presentaba.

—¿Quiere probarlo? —le preguntó a Experiencia, acercando una taza humeante hacia él.

—Por mi está bien —contestó después de dar un pequeño sorbo—. ¿Por qué está tan concentrada en esto, señorita?

—Me dejaron el negocio. Julia es un desastre, Victoria fue a investigar cómo parar la tormenta, Jules se ha retirado a... no sé dónde. Y, bueno, no la dejaría acercarse a la cafetería ni por equivocación y Foer lo dijo muy claro: «Yo no voy a hacer esto. Mi deber es ayudar a Victoria con este problema, quizá unos rosarios ayuden a calmar la lluvia». Así que solo quedo yo.

—¿Y cómo lo lleva?

—He limpiado el lugar, el café no está tan mal... Pero detesto la lluvia. —Respiró profundo, se echó el cabello al frente y comenzó a trenzarlo—. Aparte, algo raro sucede en mí, me siento rara... Como si algo fuese a suceder.

—¿Quiere un trago de mi cerveza?

—Si bebo adquiero ciertas características de Foer... es peligroso. —Terminó la trenza, la amarró y volvió a suspirar—. De todos modos, no es un mal sentimiento. Es más como de calma y paz.

—Entiendo que usted no está de acuerdo con todo este asunto... Tylerskar se mantiene lejos y Joel se siente apabullado.

—¿A todo esto? —Donna respiró profundo, endulzó el café y bebió un poco—. Toda su tropa me ha malinterpretado. Yo sé que no soy la más carismática, rara vez me muestro viva y alegre como Victoria, o sentimental como Jules, conquistadora y confiable como Foer, tampoco tenaz y protectora como Julia. Soy fría, seca, apartada... exigente. Me ha costado todo esto como no tienes idea, en primera porque su aparición ha significado un cambio total en el sistema de funcionamiento de este mundo y no sé como arreglar esto para que funcione como debería. Todo esto es un gran cambio. Ya no tengo tanto poder como antes, me cuesta hacer que mis hermanos acaten las reglas y se comporten... hacen lo que quieren y no hemos podido reunirnos para solucionar esto. El mundo real está sufriendo por nuestro proceder y...

La voz de la joven era cada vez más rápida y nerviosa, iba perdiendo los estribos a cada palabra.

—Hey, hey, señorita... —Experiencia, sin parar de sonreír, alzó sus manos regordetas al frente y la tranquilizó—. Respire. La veo muy estresada. Permítame ayudarla un poco. Pero antes, acompáñeme con una cerveza.

La punta del pie de Rebeldía alcanzó su destino, jugueteó bajo la falda sintiendo el calor y la humedad que incrementaba en aquella zona y mientras lo hacía, su mirada estaba clavada en los ojos castaños de Julia, en sus mejillas sonrojadas y en la forma de sus labios; en cómo los mordía sugestivamente para controlar los efectos de aquellas sensaciones.

Entonces, cuando los dedos de Rebeldía hurgaban por el elástico de su ropa interior, no pudo más y se levantó de repente, haciendo un ruido seco con la silla.

—Donna, te dejo unos minutos —Julia dijo sin despegar los ojos de su alma gemela, con el rojo cabello ardiendo como si fuese una llama viva y ardiente, con la expresión llena de deseo —... en horas, en unas horas regreso. No. Mañana, regreso mañana... o pasado mañana.

La pelirroja de cabello largo aún estaba intentando decidir si era una buena idea la invitación de Experiencia, pero cuando su hermana salió con aquello, la rabia se apoderó de ella y, tomando una cuchara, la lanzó hacia ella con furia. Por suerte, Julia era una persona atlética, así que esquivó el golpe con gran facilidad. Aun así, las cosas pudieron haber terminado mal y Donna lo sabía perfectamente.

—¡Ni vuelvas! —gritó—. De todos modos siempre soy yo quien tiene que hacerlo todo, ¡siempre!

—Vayan, yo me encargo —Experiencia dijo, soltando una risilla nerviosa.

—Gracias, MacDouglas. —Julia molestarse mucho por la actitud de su hermana, guiñó un ojo al pelirrojo irlandés y tomó la mano de su amada, quien observaba la escena entretenida y muy divertida.

Al atravesar la puerta de la cafetería, en vez de salir a la playa, lo que Rebeldía vio fue un gimnasio enorme, vacío, con un solo cuadrilátero en medio del lugar.

Julia la arrastró, sonriendo con anticipación, hacia el ring, y no la soltó más que para ayudarla a pasar por debajo de las ligas. Luego camino de espaldas hasta el centro y, sin decir nada, se soltó los tirantes del vestido, dejando que este se deslizara por su cuerpo hasta caer al piso de lona.

Con la boca seca, Rebel se acercó a la joven desnuda y dispuesta que la devoraba con la mirada, pasó su mano por su pecho, trazó suaves líneas por su clavícula hasta llegar a su nuca, por donde

la sujeto con fuerza para acercarla a su hambrienta boca. Julia se levantó de puntitas y se abrazó a la alta muchacha de cabello naranja, aferrándose a ella como si fuese su último aliento.

DE COPAS

Donna fruncía el ceño, ya sumida en esa autopista a las lágrimas que rara vez suele encontrar un freno.

Se encontraba sentada en un taburete para clientes tras la barra. Al fin y al cabo, la cafetería estaba cerrada y ya no le quedaba trabajo que hacer.

Frente a ella Experiencia campaba a sus anchas paseando de la cafetera al tocadiscos, canturreando para sí mismo mientras asentía levemente ante la reorganización a la que había sometido todo su compañera esa noche.

Ante ella, una pequeña cerveza espumosa permanecía intacta, con la capa blanca de la superficie desapareciendo paulatinamente.

—Por Donna. La mujer más responsable, coqueta y soñadora que he conocido.

Donna alzó la mirada, sorprendida ante aquello.

Experiencia la miraba de un modo extraño mientras aguardaba a que se fraguase el brindis. Si bien su sonrisa no había desaparecido y destilaba amabilidad, algo en aquellos ojos la hizo, si no ponerse en guardia, sí despertar de su letargo.

Alzó su pequeño vaso para entrechocarlo con la jarra media que se había servido el ahora camarero.

Y fueron pasando rondas.

Iba por el cuarto vasito cuando Experiencia palmeó sus manos anunciando un cambio de música.

Cierto. Había estado tan ensimismada con sus problemas que no había reparado en la suave meoldía chillout que sonaba desde hacía rato.

—¿Qué va a ser, señorita?

Los truenos resonaron apocalípticos en el exterior.

Se cernía el crepúsculo sobre un día gris en todos los aspectos.

Donna recordó la velada que pasaron en esa misma cafetería Victoria y Tylerskar no hacía mucho. La sonrisa de ella, que con el pelo revuelto les abrió a la mañana del día siguiente.

¿Por qué tenía que ser ella la única que tratase de gobernar con criterio todo aquello?

¿Acaso nadie se daba cuenta de que dejarse llevar, en el océano, suele ser fatal?

El tamborileo de los dedos de Experiencia volvió a sorprenderla sumida en su interior.

Pero no dijo nada en voz alta. El camarero se limitó a llevarse un trapo al hombro izquierdo y ponerse a lavar lo poco que quedaba a medio ensuciar.

Aquella muestra de cortés educación le arrancó una sonrisa a la joven, que inspirando profundamente, cerró los ojos por unos segundos para empaparse del ambiente y así escoger sabiamente la melodía a escuchar.

Cuando los abrió, estaba de mucho mejor humor y tenía clara su elección.

—¿Qué tal Cry me a river?

Experiencia lanzó una sonora carcajada mientras aplaudía una sola vez con sus rechonchas manos.

—¡Excelente elección, Donna!

En cuestión de medio minuto el tema ya inundaba sus sentidos.

—Pon una más, ¿Quieres?

Al pedir el quinto vasito de cerveza, Donna tuvo la extraña sensación de que Experiencia llevaba allí mucho tiempo, tras la barra. De modo que decidió interesarse.

—Me preguntaba si con esto de la barra tenías...

—¿Experiencia? — Respondió él, en una nueva carcajada que rápidamente se contagió a Donna.
—Digamos que ha sido mi vida durante muchos, muchos años. Me gusta atender, me gusta servir. Pero, sobre todo, adoro escuchar.

A la chica se le ensombreció el rostro.

Los dedos cálidos del camarero la sorprendieron posándose bajo su mentón y alzando su rostro.

—A usted... Me gusta escucharla especialmente, señorita.

La sonrisa naciente de Donna fue interrumpida por el el sonido de varias sillas moviéndose tras ella, dentro de la cafetería.

Se giró rápidamente, por no vio a nadie allí.

Sacudió la cabeza, confusa, porque de hecho, juraría que una niña correteaba por entre las mesas, escondiéndose tras la que no hacía mucho estuvieron acupando Julia y Rebeldía.

—Vaya, vaya... Mira a quién tenemos aquí. Donna, te presento a Alma.

Cuando bajó la vista en la dirección que Experiencia indicaba, pegó un brinco en su taburete.

Una niña de finos y exquisitos rasgos la miraba con semblante férreo, luciendo una dureza en sus ojos que competía con una especie de profunda inocencia.

Las puertas de la cafetería se abrieron entonces de par en par.

La lluvia entó a raudales, torrencial, mientras una mujer blasfemaba de todo esforzándose por cerrar las puertas de nuevo una vez estuvo dentro.

—Oiga, está...

Sintiendo la mano en el hombro de Experiencia, detuvo su impulso de advertir a esa clienta que la cafetería se encontraba cerrada.

De todos modos, no parecía el tipo de persona que se parase a escuchar a los demás.

Las altas y elegantes botas negras llamaron la atención de Donna, que también reparó en las cadenas de vivo rosa que colgaban de ellas.

La mujer se quitó rápidamente el gran abrigo que portaba, comenzando por la capucha, que reveló un fino y duro rostro de tal belleza que Donna tuvo que contener un pequeño grito ahogado por la sorpresa.

La mujer, al deshacerse del abrigo, reveló un vestido que recordaba a los preferidos de Julia, y en un ágil movimiento, se lo lanzó a Experiencia, quién lo agarró al vuelo como si llevase haciendo eso toda la vida.

Entonces, la mujer se sentó en un taburete al lado de Donna, no sin antes pasar un mano entre los cabellos de la niña, que sonrió ampliamente a la desconocida.

Cuando la mujer estiró su espalda haciéndola crujir, llegó el momento de las presentaciones.

—Donna, te presento a Amor. Amor, Donna.

—Whisky. Con un hielo. Eso es lo que tienes que presentarme.

Un tenso silencio se generó.

Donna no daba crédito a lo masculino de aquella voz. Ahora que se fijaba, su espalda musculosa y fuerte, sus piernas...

—Chica, ¿Tengo monos en el cuerpo, o qué pasa?

A Donna se le pasó el efecto del alcohol de golpe. Ruborizándose ante su descaro, fue a pedir disculpas, siendo interrumpida nada más abrir la boca por las risas cómplices entre Experiencia y Amor.

—¡Es broma! Un placer conocerte, Donna. He visto que había luz dentro y... ¡No sabes la que está cayendo ahí fuera! — El vaso con su bebida se posó frente a sus manos tatuadas. Donna se preguntó si esos tatuajes seguirían recorriendo el resto del brazo, como prometían. —Vaya, veo que lleváis buena música esta noche. ¿Qué tal un Fly me to the moon cuando sea posible, Experiencia?

—Os... ¿Os conocéis?

—Ah... Mi joven y nueva amiga, Amor siempre fue una de mis clientas habituales.

La trans guiñó el ojo a Donna, sonrojándola de nuevo.

Poco después Alma seguía jugando, correteando entre las mesas.

La tormenta parecía haber perdido virulencia.

El tema preferido de Amor decoraba un ambiente ya algo decadente, pues tanto Experiencia como Donna habían bebido más que suficiente.

Amor miraba su iPhone azul cielo, un color que a Donna le recordaba su misma esencia. No así la funda rosa, que le hizo recordar las malteadas de Victoria.

—¿Qué ocurre, chica?

—Es el color rosa... El color malteada. Uno de mis mayores quebraderos de cabeza.

—Si es rosa seguro que tiene una historia interesante detrás.

En ese momento Experiencia dijo la suya.

—Te vendrían bien soltarte y confiar, Donna. Y Amor es de total confianza.

Entrecruzando sus menudos dedos, la joven balbuceó un par de veces, para luego decidirse a explicar a aquella desconocida todo cuanto la angustiaba.

—¿Y dices que Joel está desaparecido?

Amor tenía los ojos muy abiertos en ese momento de disgestión informativa. La historia la había fascinado y emocionado a partes iguales.

—¿Y qué pasa con Tylerskar?

Al parecer los conocía a todos muy bien.

Entonces, tras lanzar esas y algunas otras preguntas, se llevó la mano a la boca para tajarla en un claro gesto de reflexión.

—Debéis abrir de nuevo la cafetería. Mañana mismo.

—Pero sin Victoria...

—Victoria no es ninguna heroína para tormentas. Su sitio está aquí. Joel volverá en cuanto regrese la normalidad. En cuanto al granuja de Tylerskar, ya le va a venir bien un tiempo en el ostracismo.

En ese momento Amor apuró su segundo whisky y se puso en pie.

—La tormenta ha parado. ¡Cuánto me alegra poder afirmarlo!

Experiencia lanzó su chaqueta en un movimiento idéntico a como la recibió.

Amor la cogió al vuelo, se la enfundó y, al pasar por el lado de Donna, le dedicó unas últimas palabras que le hicieron dar un claro respingo ante el que el camarero sonrió.

Poco después, Alma y Amor abandonaban la cafetería, que quedó nuevamente en silencio.

Mientras Experiencia seguía escogiendo magníficos temas musicales, Donna quedó pensativa ante lo último que aquella mujer le había dicho.

Por primera vez, la calma y la paz que sentía que peinaban su horizonte se apoderaron de ella.

Debió de sonreír muy ampliamente, por fuera y por dentro.

Pues frente a ella, Experiencia asentía claramente complacido.

CABRAS ETÍLICAS

La mirada que Joel le dedicó antes de irse de la cafetería aquella mañana la dejó preocupada. Si Victoria tuviera que describir los ojos de Joel de una forma metafórica, pero eficaz, como un símil, ella diría que «son un mar en calma, con aquel tono rosado que toma el cielo cada amanecer como fondo». Pero, cuando Tylerskar salía a la superficie, las olas de aquel cuerpo de agua eran altas, inquietas, con uno que otro rayo a la distancia. Era increíble experimentar ambos lados de la balanza, pero ella no podía evitar sentir un ligero temor mezclado con excitación al encontrarse con Ty.

Sin embargo, aquella mañana, la presencia de Tylerskar no era exactamente un buen augurio.

Victoria repasaba aquella escena en la mente una y otra vez, escuchando las voces de sus hermanos discutiendo sobre el tema y dando sus opiniones a diestra y siniestra. Recordó cómo llegó al taburete y, en vez de pedir una malteada, como ya era costumbre, ordenó una cerveza que no bebió por un buen rato. Ambos charlaron de cosas triviales, algo sobre literatura, un poco sobre el futuro, algunas cosas sobre la escuela... y chistes malísimos. Y luego, cuando ya era momento de la retirada, él bebió la mitad de la botella de un solo trago, alzó la vista hacia ella... oscura, profunda, traviesa y peligrosa, con una media sonrisa que pronto agrandó antes de subirse a la barra y depositar un beso en los labios de la joven.

—Nos hablamos en un rato —le dijo, atorando el rojo mechón de cabello que colgaba frente a su ojo izquierdo detrás de su oreja—. ¿Vas a cerrar temprano hoy?

Victoria observó al área de mesas; estaba lleno.

—No lo creo... pero, ¿nos vemos en la noche?

Él, un poco decepcionado, escondió su sentir y asintió, asegurando con una simple mirada que esa noche sería tan buena —o mejor—, como todas las anteriores. Pero, fue justo después de esto que aquellos hermosos ojos castaños mostraron algo retorcido que duró apenas una milésima de segundo.

Entonces, aquello se fue, así como Joel, quien desapareció al atravesar la puerta.

«Hay algo raro en él» escuchó decir a Julia.

Victoria atendió la cafetería con el alma en pena, con aquella horrible sensación de que algo sucedía donde sus ojos no podían ver, donde su voz no llegaba.

El mar recibió un rayo contundente que se expandió por varios kilómetros hasta la orilla y Victoria, observándolo desde la barra por el rabillo del ojo, dio un respingo que le ocasionó tirar un vaso de cristal al suelo. El sonido del vidrio quebrándose sobre la madera captó la atención de Tylerskar, quien bebía su tercera copa de whisky junto a los otros. En menos de un minuto, él ya estaba del otro lado de la barra ayudándola a recoger los pedazos.

Ella no dijo nada, solo observó tímidamente cómo se movía él: más rápido y con cierto aire de agresividad o supremacía, tomando los vidrios sin miedo a cortarse, casi apretándolos contra su piel como si deseara verla sangrar. Su respiración era agitada, así como toda su aura.

—Hey, ten más cuidado. —Victoria no pudo más y tomó la mano de Tylerskar, la abrió para quitarle lo que había recogido y revisó que no se hubiera herido.

—No, no quiero tener cuidado —contestó, su voz excitada y en tonos mayormente altos. Y, a pesar de que las palabras no eran exactamente agradables, él las decía con tanta facilidad como carisma—. ¿Sabes qué quiero? ¿Sabes qué quiero, Victoria?

Ella entrecerró los ojos, intentando analizar la situación.

—Quiero... —De la nada comenzó a reír a carcajadas—. Quiero... quiero destruirlo todo, Victoria. Hoy vengo con ganas de arruinarme, de arruinarlo. Todo, todo.

Se acercó un poco a ella, poniendo una rodilla sobre los remanentes de los cristales, que se encajaron directo en su pantalón de mezclilla y en su piel. Se aproximó un poco más y, con una sonrisa conquistadora, agravó la voz y dijo algo que sabía que a ella le ponía la piel de gallina: —Señorita...

—¿Qué pasa? —Victoria preguntó, extrañamente calmada a pesar de que sabía que nada estaba bien ahí.

—... la quiero.

—Y yo a ti, Tylerskar —le contestó desde el fondo de su corazón, con una media sonrisa y los ojos preocupados.

—No... —él negó incrédulo y bufó—. Tú no me quieres.

—¿No? ¿Por qué no me crees?

—Pues porque no. No es posible que me quieras...

—¿Por?

—Soy un desastre, por eso. Tú no me quieres. —Repitió.

Victoria suspiró. Esta situación no le gustaba en lo más mínimo y temía que, como era bien sabido, fuera Joel quien tuviera que lidiar con todo esto más tarde.

—Te quiero, Tylerskar. Si no me crees a mí, entonces pregúntale a mis hermanos —ella contestó, subiéndole una mano a la barba del joven, acarició su rostro suavemente y luego se retiró, incapaz de suprimir el remolino de emociones que nacían en su interior.

Él se sentó en el piso, recargando la espalda en el mueble de la barra, tomó uno de los vidrios y comenzó a jugar con él.

—Estaba pensando en unos sujetos que conocí la otra vez en un bar... inmediatamente pensé en Foer, my love, ¡eran super sexis! Pero es que no tienes una idea, eh. Muy sexis. Es más, debo tener alguna fotografía...

—No quiero verla, gracias —Victoria puso los ojos en blanco e intentó levantarse.

—¡Te estás poniendo verde! Pero, Victoria, tú confía en mí... No te pongas celosa, no tiene sentido. ¿Sabes qué me ha preguntado Neuis la otra vez? Que si tú sabías que yo me quería follar a todo el mundo —le dijo. Igual que antes, sus palabras eran negativas, pero la forma en la que lo decía le quitaba el peso a todo—. Vas a tener que domesticarme si no quieres que ande de aquí para allá; ella lo intentó por años, Victoria, y no lo logró. Y créeme, que si me domesticas por dos años, después voy a explotar y va a ser peor, me voy a follar a todo el pueblo.

Un fuerte golpe se escuchó en las mesas, era Julia azotando el tarro de cerveza contra la superficie y la silla siendo empujada sin nada de delicadeza, caminó hacia la barra y, en vez de decir algo contra Tylerskar, llamó a Victoria al exterior.

El tiempo transcurrió, el atardecer llegó... la pelirroja no abandonó la barra por nada del mundo, y a escondidas de los demás, preparaba una malteada para Joel, con la esperanza de que se acercara con sus libretas y le pidiera una ronda. Pero Tylerskar solo empeoraba; por momentos era increíblemente carismático y divertido, y después era destructivo, mordaz. Sus mejillas rojas y la forma de hablar delataban que la bebida ya le pasaba factura, no era dueño de sus propios actos.

Ella ya no quería servirle más copas, pero Experiencia se había pasado a su lado y proporcionaba al joven una serie de tragos interminables.

—Por favor, Experiencia, deja de darle lo que pide. Hay que darle un café y ya, a dormir. —Rogaba al hombre, pero él solo alzaba los hombros y se excusaba diciendo que Tylerskar era más fuerte que él.

Donna, por su parte, había abandonado la cafetería. Se encontraba enojada con todos los presentes por permitir semejante situación.

Rebeldía estaba en una esquina, pálida como la nieve, con una expresión de decepción y frustración, lágrimas en los ojos y las manos sobre la mesa. Julia estaba ahí con ella, abrazándola de lado y susurrando palabras tranquilizadoras, acariciando su largo cabello naranja con suavidad.

Tylerskar y Foer quedaban en la mesa. El joven pelirrojo escuchaba atentamente los desvaríos ebrios del hombre de barba, por momentos se reían, bromeaban... pero pronto uno de ellos se levantó y caminó hacia Victoria.

—Es todo tuyo, hermana. —Susurró cerca de su oído, doblándose sobre la barra, y luego se retiró.

Y un segundo después, solo quedaron ellos dos en la cafetería, como tantas veces antes... cuando lo que mejor podían hacer era beber de la «especialidad de Victoria» o malteadas, charlar y acercarse tanto que lo único que quedaba por hacer era una fusión completa y absoluta. Ahora, Tylerskar no era el mismo hombre que ella conocía, pero a la vez lo era. Ella sabía que la persona que ella amaba estaba dentro de él, luchando contra sí mismo para recuperar el control, esperando pacientemente a ver la luz otra vez. Pero tampoco podía decir que odiaba a este sujeto que tenía enfrente, aun lo quería... con toda su alma. La misma que se desgarraba al verlo de ese modo... y no por el grado de intoxicación, sino por aquel dolor que se escondía en todos aquellos actos de ofensiva-defensiva, carisma y diversión.

Nunca lo vio tan claro como aquella vez... Victoria podía observar a detalle el mar turbulento y peligroso que amenazaba con destruirlo todo. Vio la fuerza del huracán.

—Oye, señorita... —Tylerskar se sentó en el banquillo de siempre con la mirada más seductora que podía tener en ese momento—... la quiero. Victoria, te quiero tanto que... Mira, te voy a decir algo. Eres el amor de mi vida; me quiero casar contigo, quiero vivir contigo, tener hijos contigo, envejecer contigo. No hay nadie más. Y si no tenemos hijos, no importa, yo me adapto. Lo único que quiero es estar contigo. ¿Entiendes?

—Sí, lo entiendo, señor —ella respondió con una sonrisa cálida, alcanzando su mano para darle toquecitos tiernos—. El sentimiento es mutuo... ¿No quieres que cierre y nos vayamos a dormir?

—Me parece perfecto; vamos a dormir —dijo él, incorporándose—. Adelántate, yo voy a cerrar.

—¿Tú?

—Sí, yo.

Ella, confusa, se quitó el mandil y lo colgó en su lugar de siempre, dio vuelta a la barra y caminó lentamente hacia la puerta que llevaba a su habitación. Sin embargo, ella esperó y esperó sin saber noticias de Tylerskar. Pensó que algo había sucedido, que había intentado usar la cafetera y se había quemado, o que había hecho explotar la licuadora. Miles de imágenes catastróficas pasaron por su mente durante aquellos minutos.

No estaba bien, se recriminaba el haber dejado que él llegara a ese punto, y luego, el haberlo dejado cerrando la cafetería en aquel estado. Lo primero no era exactamente su culpa, no importaba cuantas veces le dijera que parara, él no hizo caso alguno. Lo segundo si era culpa suya, un error de cálculo.

Entonces, sin perder más tiempo, regresó al recinto, quedándose sin aliento al llegar y observar una de las escenas más terribles de la velada.

Tylerskar estaba al centro del lugar... del lugar destrozado. Las sillas estaban en el suelo, dispersas; las mesas patas arriba, algunas tazas hechas trizas, flores regadas por doquier. Y él... él lloraba sin ánimos de abrir los ojos para ver todo lo que había hecho en ese arranque de locura.

A Victoria se le partió aún más el corazón... el momento que ella más temía había llegado. Con cuidado de no tropezar con el mobiliario, llegó hasta el joven y lo abrazó. Él se deshizo en sus brazos, sollozando aún más fuerte.

—Me siento muy mal, Victoria —dijo, dejándose caer de rodillas al suelo—. Me siento terrible.

¿Era Tylerskar quien hablaba?

Ella no podía asegurarlo. La característica voz engreída y el aire de superioridad había desaparecido, también aquella mirada llena de peligro.

—Ayúdame, por favor, ayúdame. —Lloró, aferrándose a ella con más fuerza.

—¿Qué hago? ¿Qué necesitas?

—Solo no te vayas, no me dejes solo... háblame, no dejes de hablarme.

Ella pensó que lo mejor sería llevarlo a la habitación; aquella cafetería era todo menos el lugar indicado para pasar las siguientes horas.

—Okey, hablaré —dijo ella, obligándolo a ponerse de pie, lo recargó en su pequeño cuerpo y lo llevó hasta la puerta—. ¿Cómo qué quieres que te diga? ¿Quieres que te cante una canción?

—No lo sé... solo háblame.

¿Qué era eso que ella captaba en aquel hombre? Definitivamente no era Tylerskar... ¿Quién era?

Analizando aquella pregunta, lo recostó en su cama, con cariño le quitó los zapatos, los acomodó cerca de la puerta y regresó con él, recostándose a su lado.

—Yo no soy Tylerskar —dijo él—. Yo no soy Tylerskar. —Repitió—. ¿Cómo quieres que me identifique con él? No quiero, no quiero ser como él.

La mirada de preocupación se intensificó en Victoria, quien no tenía otra opción más que seguir observando todo para encontrar la respuesta a la nueva interrogante que Joel había plantado en ella.

—Está bien —susurró ella, pasando su dedo pulgar por el tabique de la nariz de Joel, luego se fue por sus párpados, por sus mejillas y barba hasta llegar a los labios. Depositó un suave beso en ellos y se abrazó fuertemente a él—. Está bien, Joel.

Al siguiente día, cuando se dispuso a volver a la cafetería para arreglar el desastre de la noche anterior, notó la ausencia del joven, pero debía estar cerca, pues lo sentía pululando por ese mundo. Al atravesar el portal, se enfrentó directamente con un lugar impecable, casi como una mala broma sobre la bipolaridad. Y al centro del lugar, Joel, al sentir su presencia, volteó a verla con esos ojos amables llenos de arrepentimiento y culpa, en sus manos sostenía una escoba y un recogedor con todos los pedazos de vidrios en él.

El sol de nuevo día iluminaba hermosamente el lugar, lo calentaba justo a la temperatura perfecta, y todo se veía mejor que antes. Quizá el hecho de haber sido destruido y vuelto a construir le había dado ciertas cualidades que antes no tenía. Y bueno, no solo era eso, sino que frente a la barra, al fondo del espacio, justo a los pies de la mesa redonda, una chimenea protegía el fuego de una hoguera tan viva que se mostraba frágil y real... más real que nunca.

FLORES

—Qué bonita queda la hoguera en la cafetería, Joel.

Así era. A Victoria casi se le escaparon esas palabras mientras perdía su vista en la generosa llamarada que fluía del montón de leña apilada con estilo en el centro de la chimenea.

Sonaba un tema tranquilo, de esos que, de sentir tristeza, te clavan el puñal de la aflicción hasta el fondo. Sin embargo, con el sol entrando a raudales por los impolutos ventanales y un cielo de intenso azul rodeándolo, aquella música era más bien un canto por parte de las musas.

Joel seguía con las labores de limpieza, que no se habían limitado a borrar la estela de la caótica destrucción de la noche anterior.

También había ejercido de decorador y organizador.

Vajillas de repuesto, que recordaban a las anteriores pero gozaban de ese punto aventurero que proporciona lo novedoso, ocupaban nuevos lugares en las estanterías bajas tras la barra.

En las más altas, multitud de copas colocadas por orden de altura encontraban al final de la fila pequeños jarrones de cristal en los que una única flor parecía bastar para hacer llegar a Victoria el olor a primavera.

—Cada día reemplazaré los jarrones con una nueva flor. Espero que la de hoy sea de tu agrado...
— La voz de Joel resultaba para ella una especie de mantra del cual fluía un riachuelo de pura serenidad. Nada que ver con el frente de guerra en el que parecía sumirla Tylerskar cuando se pasaba de copas.

Distraída en sus pensamientos, no vio venir ni a su acompañante ni al beso que se posó en su mejilla con delicadeza y una duración sostenida que la condujo a girar su rostro muy lentamente, sintiendo como los labios de Joel se deslizaban por su piel hasta alcanzar sus labios.

Al abrir los ojos, sonrió ampliamente.

Ahí estaba esa cara bobalicona, mirándola con amabilidad y arrugas en los ojos por la mueca de felicidad que esgrimía.

—A mí también me parece que han hecho un muy buen trabajo.

—¿Han hecho? — Victoria frunció el entrecejo, sorprendida ante aquello. Había dado por hecho que la hoguera era un asunto que había salido de manos de Joel.

Éste, al contrastar su asombro, quiso explicarse, una vez más, de la mejor manera que podía: Libreta mediante.

Su chaqueta colgaba de uno de los taburetes. De ella extrajo una de sus libretas, que alcanzó a Victoria en un gesto grácil. Resultaba impresionante comprobar como apenas aquejaba las consecuencias de la locura de Tylerskar.

—¿Te apetece leer mientras caminamos?

La mirada de Joel brillaba.

Brillaba cuando acariciaba la cubierta de cuero oscuro de su libreta.

Brillaba al pronunciar esa invitación.

Brillaba al mirarla.

De modo que, asintiendo, Victoria agarró su mano y, juntos, salieron al exterior donde el invierno había parecido darse una tregua en cuanto a clima hostil se refería.

EXTRACTO DE LA LIBRETA

Las llamaradas de la reconstrucción

—¿Qué hacemos con él? — Resolución lanzó la pregunta a voz en grito, mientras se apartaba en un gesto enérgico para que una silla no le reventase la cabeza. Lanzada con furia por parte de Tylerskar, éste parecía completamente enloquecido, sumido en un torrente de improperios, insultos y maldiciones lanzadas con el mismo ímpetu malintencionado que los objetos que encontraba a su paso.

—Tranquilo. — Experiencia no parecía ni tan siquiera inmutarse. Trapo en mano, secaba las piezas de la vajilla que aún habían sobrevivido, manteniendo en todo momento la calma y luciendo un semblante concentrado.

Estaba molesto por la abrupta salida de Donna de la cafetería aquella noche.

Aunque, por otro lado, se alegraba de ello, pues aquél espectáculo nunca era algo agradable de ver. Podía resultar divertido, sí, pero la clase de personas que se entretienen con algo así están hechas de otra pasta que la buena de Donna.

Como Foer, que miraba sonriente las erráticas maniobras de Tylerskar.

Aquel hombre, ataviado con elegantes ropajes y de aspecto cuidado, le recordaba tanto por las tonalidades oscuras como por su estatura a la figura de Conciencia. Quizá se debía a la certeza que albergaba Experiencia de que, con Conciencia en el local, eso no tendría por qué estar pasando. Se le echaba de menos, pero hacía lustros que se había instaurado la ecuación: Si lo autodestructivo de Tylerskar se aliaba con el alcohol, Conciencia nunca haría acto de presencia.

De modo que ahí estaban, Foer y Tylerskar, Experiencia, Resolución y Victoria, Julia y Rebeldía.

No había nadie más.

De modo que, estudiando la distribución de roles, Experiencia hizo lo único que se podía hacer en aquellas situaciones, que no era otra cosa que tomarse con filosofía todo lo que manase de la boca de aquella cabra loca.

Pronto, una lamentable demacración haría presa de Tylerskar. A medida que ésta se acercaba, como siempre, éste se fue quedando solo.

Julia y Rebeldía abandonaron la cafetería, y a no mucho tardar Resolución hizo lo propio.

Cuando los primeros bajones de ánimo aparecieron, Foer se acercó al joven causante de tanto caos destructivo que parecía alucinante que todo naciese de una sola entidad.

Mientras su conversación parecía desarrollarse con fluidez, Victoria quedó derrumbada, más que apoyada, en una esquina de la barra.

Experiencia no perdió ni un instante en acercarse a su posición, dirigiéndose a ella.

—No permita que las sombras la atenacen, señorita.

Cuando trató de hablar, Victoria descubrió en lo roto de su voz la certeza del llanto que pugnaba por salir. Aún así, hizo acopio de entereza y, alzando el mentón, respondió al gordinflón de aspecto irlandés.

—¿Por qué se comporta así?

Una carcajada inundó la cafetería.

Experiencia rio y rio hasta que no le quedó demasiado aire en sus pulmones. No obstante, se trataba de una risa amarga.

—Esa es la pregunta que todos nos hacemos cada vez que esto ocurre. No es que sea algo habitual ni mucho menos, pero cuando acontece suele barrer asuntos de más relevancia de la que nos gustaría.

En ese instante la puerta de la cafetería se abrió.

Variedad de reacciones tuvieron lugar cuando el hombre se despojó de sus sombrero y su gabardina lanzando una sonrisa a los presentes.

Tylerskar bufó haciendo gala con su contornearse del lamentable estado etílico en el que se encontraba.

Victoria, por su parte, sonrió ante la llegada de Anciano.

Aunque minutos después se encontraba en su habitación, tratando de conciliar el sueño.

El viejo había sido claro. La situación requería de las llamaradas de la reconstrucción.

Le explicó que, cada vez que el huracán de la autodestrucción despertaba el interior de Tylerskar, había que permitir que éste arrasase con todo, no porque fuese algo inevitable a acatar, sino porque suponía una nueva oportunidad para ella.

—¿Quién es ella?

Victoria interrumpió la lectura de aquella versión de Joel sobre los hechos para lanzar la pregunta. —¡Vaya! — También dejó escapar una exclamación al contemplar el lugar donde se encontraban. Habían estado caminando por el paseo marítimo, y la generosa distancia recorrida los había llevado a una cala diminuta con su playa hecha a base de piedras de diferentes tamaños.

Al espléndido día se había sumado, desde que habían salido de la cafetería, una creciente brisa marina que ahora mecía el cabello de Victoria, que ladeaba la cabeza observando como Joel trataba de hacer cabriolas por encima de las rocas más grandes.

Su voz habló mientras le daba la espalda.

—Rebeldía. Ella es quien debe ganar la batalla de la autodestrucción.

Comenzaron a recoger pedruscos redondos, de esos que sirven para rebotar sobre la superficie de un mar carente de oleaje.

Victoria reflexionaba sobre Rebeldía y su papel en aquel turbio asunto, cuando la voz de ésta la sorprendió acercándose por detrás. Y no estaba sola.

Julia y Rebeldía se acercaban por el paseo marítimo en dirección a la cala donde se encontraban Victoria y Joel.

Con sus brazos rodeándose las espaldas, caminaban al unísono a buen ritmo, y sus melenas peliroja y anaranjada ondeaban ante un viento que ya comenzaba a arreciar generosamente.

—¿Dices que Tylerskar debe desaparecer? — Julia se había relajado varios puntos desde la noche anterior. Su voz ya no era seca y ruda como un martillo.

—Está herido. Gravemente herido. No controla el huracán de su autodestrucción. — Rebeldía dejó escapar un largo suspiro tras pronunciar aquello como si se tratase de reflexiones en voz alta.

Tanto ellas como la pareja que había en la propia cala no repararon en las dos siluetas que, a paso muy lento, avanzaban una generosa distancia atrás.

Con las manos enfundadas en los bolsillos de una estrecha chaqueta tejana oscura, forrada con piel en las solapas, Tylerskar apuraba un pitillo mientras perdía su mirada en las líneas que definían la separación entre las baldosas que pisaba.

A su lado, una inmensa sombra encapuchada.

Su característica voz de ultratumba aunque amable se dirigió a él.

—¿Y esta vez por qué ha sido?

Tylerskar estaba amargado. No por esa sensación nauseabunda que trae la resaca, sino por una amargura interior que, de algún modo, se le dibujaba en las facciones.

Miró al mar, que oscurecido por el creciente viento comenzaba a mostrar atisbos de un oleaje incipiente.

Luego devolvió la mirada a su interlocutor.

—Siento que voy a estallar de tanta contención. No es esta la vida que esperaba para nosotros, Conciencia.

No hacía falta decir más.

De hecho, las preguntas que lanza Conciencia a menudo no necesitan más respuesta que la que uno pueda formularse en su fuero interno.

Cuanto más hondo, cuanto más sincero, mejor.

De pronto Tylerskar detuvo la marcha.

—¿Qué ocurre? — Inquirió Conciencia. —¿Quieres entrar en ese establecimiento?

La voz con la que Tylerskar articuló su respuesta no podía resultar más apagada.

—No hace tanto que yo era quién hacía uso de estos servicios.

A un lado del paseo, una floristería relucía con un escaparate multicolor lleno de vida.

—Cierto. Antes solías comprar tú las flores.

Conciencia alzó su brazo derecho para abrazar los hombros de su acompañante, que dejó escapar un bufido y esa sonrisa característica que revelaba parte de su dentadura. Tenía un puño en la garganta.

De esos que, desde hacía unos años, había aprendido a hacer bajar con el asqueroso alcohol.

EL PARQUE DE LAS MIL HOJAS

Los árboles mostraban sus ramas desnudas mientras Victoria y Joel daban un paseo que los había sacado, respectivamente, de la cafetería y la biblioteca que habitualmente frecuentaban.

La universidad había sido edificada en zona boscosa, lo cual había hecho lógico e inevitable que ésta estuviese regada por diferentes parques aquí y allá entre las facultades.

Uno de ellos era el parque de las mil hojas.

Llevaba ese nombre por la abrumadora cantidad de ellas que dotaban al otoño de algo casi orgásmico para aquellos alumnos aficionados a la fotografía.

En la estación invernal que les ocupaba también atesoraba mucho encanto.

Eso andaba pensando Joel cuando sintió una ligera presión en la mano que Victoria mantenía cogida. Cubiertas por finos guantes de lana, las manos de la pareja no habían parado de transmitirse calor desde hacía ya un buen rato.

Cuando se giró a contemplar a su amada, Joel sonrió una vez más ante lo simpático del gorro, también de lana y del cual colgaban dos trencitas.

—¿De qué te ríes? — Victoria no podía contener tampoco la diversión de verle a él tan divertido.

—Eso solo... Que pareces una vikinga.

Poco después las cosquillas que Victoria trató de infligir a Joel los condujeron a ambos al suelo, donde tras algunas volteretas como dos pequeños felinos jugando, terminaron con Joel embobado con la espalda en la hierba y Victoria encima de él mirándole fijamente, con los ojos muy abiertos.

—Pero que guapa eres... — La voz de Joel vino acompañada de una serie de caricias que provocaron un estremecimiento en la joven.

Mientras ambos se sumían en un beso de esos que no encuentran fácilmente un final, la jornada siguió transcurriendo.

Los días fríos parecían haber encontrado una severa cúspide en las semanas anteriores, de modo que el invierno se hallaba en ese punto de no retorno en el que las temperaturas comienzan a ascender y el susurro de una explosión de vida pasa de ser inaudible a gozar de la estructura de un pequeño rumor.

Un rumor como el que manaba del riachuelo que, cerca de la pareja fundida aún en el beso, fluía surcando los diferentes edificios de la universidad.

En su centro había una estructura de madera, que se erguía desde el agua en la zona donde ésta tomaba la forma de un pequeño lago.

Cuando Joel detuvo el movimiento delicado y constante de su lengua, necesitó unos segundos para terminar de contemplar aquél rostro del que tanto odiaba despegarse.

—¿Me acompañas? — Lo dijo con un hilillo de voz rota que, de nuevo, originó una carcajada por parte de Victoria. Cuando reía de forma sincera y profunda, como en aquella ocasión, lo hacía con un tono grave que rápidamente se contagiaba a Joel.

De modo que, pareciendo la típica pareja de enamorados que ríe por cualquier cosa, tomaron el rumbo que él estableció, y que les condujo en unos pocos pasos a la balsa flotante en cuyo centro un banco vacío les invitaba a tomar asiento.

Cuando lo alcanzaron, Joel, algo nervioso y visiblemente tembloroso, extrajo algo de uno de los compartimentos de su maletín con usos de mochila.

—¿Qué traes ahí? — Victoria se llevó un dedo a la comisura de los labios, que mordisqueó divertida.

—Esto... Es para ti.

Se trataba de un regalo, a juzgar por el elaborado envoltorio que lo recubría.

Un papel azul claro como el cielo al alba, el color preferido de Donna, se mostraba revestido con una cinta elegante de color naranja pastel, anudada con mimo a su alrededor.

Una pinza diminuta con un pequeño roedor por adorno fijaba el conjunto a modo de guinda al pastel.

A esas alturas Victoria y Joel ya disponían de varios motes para provocarse entre ellos de modo simpático, y lo cierto era que él había dado en el clavo desde el principio llamándola hamstercillo.

Eso era algo que apenas la molestaba, pero era tan divertido fingir una gran indignación que nunca se resistía a poner su cara de molestia más característica, lo que provocaba que Joel se llevase las manos al rostro en señal de pánico para luego besuquearla sin parar como un perro travieso.

—Ya... ya... ¡Suficiente! — Apartándolo como bien pudo, Victoria procedió a abrir con cuidado aquel obsequio.

Cuando adivinó la pequeña libreta que contenía, alzó la vista con el rostro iluminado por la luz de un sol que se ponía en la culminación de aquel atardecer.

—¿Qué es esto?

—¿Recuerdas que me pediste que registrase mis experiencias en la transición entre las fases maníaco depresivas del trastorno?

Victoria abrió la boca exagerando la o que dibujaron sus labios.

Poco después, al leer la dedicatoria, dejó la teatralidad a un lado para mirar con ensoñación a Joel, a quien tendió la mano para que se sentase a su lado.

Aún con la página abierta en la dedicatoria, recostó su cabeza en el hombro de su pareja, balanceando los pies mientras suspiraba mirando como las aguas del lago reflejaban el espectáculo de un invierno que tocaba a su fin.

Siento que volaba alto.

Cada invierno, alzaba las alas con ímpetu sin saber qué conquistar.

Normalmente siempre conquistaba los cielos tormentosos que me derribaban con comportamientos psicóticos.

Esta vez te vi.

Ahí abajo, como un pequeño roedor haciendo sus cosas cerca de su hogar.

Ahora solo quiero aterrizar y recoger para siempre la avioneta de mi mente.

Quiero estar a tu lado.

Con los pies en el suelo y el corazón surcando el paraíso de tu compañía.

Siempre tuyo,

Joel.

—¿Qué crees que ocurrirá con nosotros?

Victoria dejó ir la pregunta con voz aguda, denotando, más que inseguridad, una mera curiosidad por conocer la respuesta que articularía Joel.

—Creo que el pegamento que nos une tiene alma de cemento. ¿A ver? — Fue el turno de las cosquillas a Victoria, quién en un movimiento espasmódico casi cae a la gélida agua que les rodeaba.

Joel lo impidió, agarrándola por la espalda, luego bajando hacia la cintura.

La miraba con los ojos tan encendidos que por un momento la línea que le separaba con Tylerskar se difuminaba.

Como si se tratase de una sola entidad dispuesta a usar sus dosis de locura simplemente para amarla.

Cuando Joel apartó uno de los mechones del rostro de Victoria, ésta miró traviesa a su alrededor comprobando si estaban solos en el parque.

Así era.

SUEÑOS Y HOGUERAS

DIARIO DE JOEL 1

Pasados los días de mayor frío, un remanso de paz en forma de tregua me ha traído de vuelta a mis raíces.

Los días fríos volverán, pero van a cogerme junto a mi gata tecleando frente a una hoguera.

Cerca de mí, el mar. Con esas aguas tan cambiantes y profundas como la propia psique humana.

Cerca de mí, la inspiración, que da sus últimas patadas en un intento por impedir que la fase alta bipolar cese.

No obstante, debo aterrizar.

Una música suave acompasa el constante crepitar de la hoguera.

Después de perder en las llamaradas y obtener de las tormentas, de llorar y sonreír, de disfrutar y sufrir... Llega el momento de lanzarse a la reflexión.

Como un Anciano que fuma su pipa escudriñando en el fuego controlado los entresijos de su pasado en busca de un futuro.

Como un Niño jugando con sus muñecos e imaginando una odisea de posibilidades rebosantes de Esperanza e Ilusión.

Amor, Alma... despiertan con la calidez de un ambiente solitario y ermitaño.

Incluso las sombras que danzan por todas partes, dibujando fantasmas en la penumbra, ejercen un rol aliado.

Tiempos de invierno.

DIARIO DE JOEL 2

La casa donde me encuentro ha captado el gélido ambiente de los cielos nublados que desde el amanecer la han regado con su lluvia.

No obstante, ha bastado una única explosión de fuego controlado para erradicar un frío del más cálido de los modos.

Eso me recuerda mucho a las duras etapas que la vida presenta a lo largo de nuestro camino. Abrupta o sigilosamente, se instauran en nuestra rutina, contagiándola de incomodidad y tiéndola en una melancólica escala de grises.

En el símil que estoy usando, basta con mostrar paciencia y colocar con mimo los tabloncillos de nuestra entereza... Pues una chispa, un único chispazo en la oscuridad, podrá iluminar nuestros destinos con ese furioso naranja que representa el rebelde origen de la primaveral esperanza.

Para un soñador invernal, mirar hacia ese cambio de estación pudiera parecer un ejercicio de anticipación innecesario. Sin embargo, del mismo modo que las estaciones mutan entorno y alma, uno no tiene por qué ser siempre el mismo.

Quizá las mieles de la primavera se me han antojado siempre amargas porque la losa del lado depresivo me ha mantenido aplastado contra el suelo. Sí, la mente puede volar, pero las alas a las que hago referencia van más relacionadas con una felicidad que rara vez se nos presenta. Si nuestra alma fuese el rostro de una niña, sería su sonrisa a la que hago referencia.

Una sonrisa que eliminase todo el dolor y lluvia de tristeza en un instante.

Como el fogonazo de una hoguera que despierta en un amanecer de color.

DIARIO DE VICTORIA 1. SUEÑO

He tenido un sueño, tan efímero como puede serlo un sueño de mediodía mientras dejas pasar el tiempo bajo el sol, sumergida en la limerencia que me ha dejado tu existencia, una simple y compleja serendipia tenerte en mi vida. He visto el arrebol del cielo y me ha hecho pensar en el melifluido de tu voz con tu innegable elocuencia y en la iridiscencia de tus ojos cuando eres Joel... Joel con jota, bien marcada como cuando dices jícama. Hay un sentimiento inefable en mí cada que te hago desatinar, cuando escucho tu risa, una de mis cosas favoritas en este mundo, algo que revive mi inmarcesible amor por ti... y disfrutar aún más de esta etérea utopía nuestra.

He soñado contigo. Me he soñado contigo, cincuenta años en el futuro, observando una puesta de sol que parece eterna; tu mano sosteniendo la mía; tan frágil y delicado toque cargado de la seguridad y confianza de una vida. Y a pesar de las arrugas que cubren nuestros cuerpos, la hoguera que tanto has mencionado desde el inicio sigue intacta, tan encendida como si la alimentaras con leña cada que flama mengua. Lo sé porque mi corazón sigue sintiéndose como ahora, esa sensación de calma y naturalidad... el sentimiento de que eres mi hogar.

CAFÉ, OTRAS ADICCIONES Y FELICIDAD

DIARIO DE JOEL 3

Mis felices horas en territorio paradisíaco tocan, por el momento, a su fin.

Pronto, las hogueras darán paso a lo urbano. El bramido de un mar que ruga mediante su oleaje no será más que un rumor en mi memoria.

Aunque me llevaré conmigo la pequeña pero intensa llamita que he estado hurtando al amor que esta vida me ha brindado.

Es curioso como alguien de naturaleza como la mía, bipolar, errática e inquieta, puede despertar sentimientos bonitos en personas preciosas.

Cada una en su rol y cercanía.

Cada una llegando a mi vida para cuidar, a su manera, una jungla de emociones salvajes que no hacen más que querer vivir intensamente, creando así pequeñas parcelas donde los jardines florecen incluso en invierno.

Ahora que los días solitarios en parajes desolados encuentran su conclusión, admiro esos jardines con la pequeña llama contenida entre mis manos, recorriendo la senda que habrá de conducirla a lo más profundo de mí.

De ese modo, cuando el frío más terrible llegue, cuando el calor del sol alargue las sombras de la depresión, podré vivir de la renta de hogueras que ardieron en tiempos mejores.

Tiempos de felicidad, como estos días tan llenos de un amor que solo da la esperanza, de una ilusión que únicamente mana de la melodía que me acompaña: El cálido crepitar del fuego susurrando que todo ha valido la pena, que todo está bien y que uno puede al fin cerrar los ojos para tratar de descansar.

DIARIO DE JOEL 4

Hubo un tiempo en que las caricias de una suave brisa primaveral eran sinónimo de sonrisa y paz.

Antes de que las primeras sombras apareciesen, capitaneadas por la visión de la Muerte a la que algunos niños deben poner forma quizá demasiado pronto.

La imaginación, arma de doble filo, puede con sus visiones esgrimir el nombre de cualquier Monstruo que alcance a concebir.

Y en muchas ocasiones, la mera pronunciación de una identidad puede convocarla, dándole forma y voz.

En este diario de invierno las hogueras han dado paso a un cuadro que representa mucho de mi infancia.

Las recientes navidades pasadas, con sus claroscuros colores y grises, no han dejado de recordarme cuan lejos queda algo que juré atesorar contra viento y marea.

El viento.

Una fuerza que aliada con la enfermedad mental hace de la intensidad huracán y de su fuerza destrucción.

La marea.

Un elemento que en forma de depresión bien puede conducirnos a un desierto erigido sobre arenas movedizas.

Quizá mi osado juramento pecó de pretencioso.

Sin embargo, aquí me hallo, frente a la imagen que ilustra la primavera, esa estación que pasó a ser utopía, que se tiñó de un aura prohibida y esquivó la percepción de mis sentidos lanzándome al disfrute de cuanto me quedaba: Los días fríos sumidos en la oscuridad.

¿Nacerá de mi contemplación una invocación?

¿Se puede llamar a los ángeles del mismo modo que se atrae a los demonios?

Este espejismo al que llamo esperanza se ha visto reducido a cenizas del mismo modo que las hogueras que brillaron en diarios pasados.

No obstante, tiempos de guerra han entrenado a mi alma a saciar su hambre de cariño con el mero abrazo a la visión de la luna. A saciar su sed con el aroma de un té. A sentirse en paz con el sonido del viento.

Si eso son cenizas, que se adhieran a mis manos desesperadas, pues de ellas habrá de manar la construcción de un nuevo fuego.

No es que la felicidad sea plena en estos días.

Simplemente la vida fluye, permitiendo la magia en su interior.

Como cuando la naturaleza diseña un copo de nieve.

Un fenómeno tan trivial como precioso... Que con el tiempo puede cubrir de algo puro cuanto nos integra y rodea.

Sombras y monstruos.

Invierno y primavera.

DIARIO DE VICTORIA 2. CAFÉ Y OTRAS ADICCIONES

El café es, entre todas las adicciones de Julia, la que más disfruto. Tengo un gusto particular por el sabor a tabaco que algunos tostados dotan al grano, sobre todo cuando las ansias golpean duro y me quema la necesidad de llenar mis pulmones del humo de la vida para volver a funcionar. A veces lo que necesito es algo más dulce, algo que me caliente el alma y me llene de paz... para esos momentos, uno con ligeros toques de sabor a cacao con leche condensada y una cucharadita de azúcar mascabado es más que suficiente.

Hablando de adicciones, debo reiterar que es el café lo que ocupa el número uno en la escala de mi corazón. Sí, el café de los ojos de Joel (que a veces se tornan claros y verdosos cuando el cansancio acentúa sus ojeras y sus largas pestañas caen con más fuerza sobre los extremos), el café brillante de su barba, con esos rayitos de luz platinada que asoman en su barbilla. También amo el sabor a café de sus besos, justo con ese toquecillo de tabaco por tantos cigarros (o pitillos, como él dice) que consume al día.

Y el café que más adoro, el que está por encima del número uno... es el que me recuerda a él. Porque sí; él, Joel, es mi marca personal de cafeína. A veces es la respuesta a la ansiedad que me acongoja, el humo de vida que entra a mi sistema a cada inhalación; otras, la cálida cabaña cerca de la playa o a la mitad de bosque, apartada y tranquila, un lugar al que regresar, un refugio para mi alma cansada.

Joel es un café tan delicioso y efectivo que logra callar todas las voces de mi cabeza, que las unifica, como si cada uno de mis hermanos interiores tuvieran una sola dirección, un único destino:

Él.

FRÍO Y FUEGO/LUZ Y OSCURIDAD

DIARIO DE JOEL 5

El hielo puede resultar tan sólido como quebradizo. Tan resistente como delicado.

La imagen que acompaña a esta entrada del diario de invierno ilustra un beso que contiene tanto amor como respeto.

Una dupla que, bien alimentada, puede mostrar esa resistente solidez a la que he hecho referencia.

Sin embargo, deslices en forma de tropiezos pueden quebrar su conjunto, mancillando una bella estampa que usualmente se nos antoja poco menos que utópica en su concepción.

Curioso contraste el que aparece si introducimos el fuego en la escena.

Su calor es necesario en el alma de toda pareja. Su calidez, algo inevitable que se desprende de ella propagándose por todo su hogar.

No obstante, esos deslices que he mencionado pueden hacer del fuego un elemento hostil, agresivo e incluso dañino en última instancia.

La bipolaridad actúa de gasolina sobre unas llamas que ansían ser llamada, que a su vez busca convertirse en incendio.

Un simple desliz y el hielo que con tanto mimo se talló se derretirá sin vuelta atrás.

Un trago de más y el alcohol que tantas veces seda desatará la tormenta de fuego.

La estación invernal patrocina mis fases altas del trastorno.

También es cuando se da forma al hielo, cuando se construyen esos sueños que el milagro de la primavera puede dotar de realidad.

Fuego y hielo confluyen, entrelazándose en un baile que pide a gritos estabilidad.

Pues desde las sombras, una entidad observa con los ojos inyectados en furia roja. Como si de las brasas de su gélido corazón tan solo manase el deseo de que los tropiezos se sucedan... Y todo el amor esculpido en el hielo estallase en una lluvia de miles de fragmentos sobre un territorio en llamas.

DIARIO DE JOEL 6

Uno de los aspectos que presenta la magia del invierno es su capacidad para embellecer los recuerdos.

Mediante una capa del barniz de la melancolía, los encapsula en una especie de bola mágica, sobre la que uno puede recostarse.

Usualmente con el abismo respirando cerca sino al mismo lado, la nostalgia ante los siempre mejores días pasados llama a la puerta de nuestra conciencia.

Lo primero a tener presente cuando esto sucede es que debemos honrar la virtud de nuestras mejores intenciones pasadas. Esas que en las sombras del presente acabaron por conducirnos al puerto donde nos encontramos varados.

Lo segundo a sopesar es que las cargas de nostalgia y tristeza pueden ir acompañadas de un atisbo o un notable cúmulo de depresión.

Supongo que si se goza de salud mental, enfrentar estos episodios de bajón radica en la voluntad de mantenerse ocupado y dejar que las nubes pasen, quizá descargando algo de lluvia a través de nuestra mirada.

En la bipolaridad, así como en la depresión crónica, los nubarrones adquieren ese fúnebre tono negro que acaba por tornar los cielos de nuestro ánimo en dolorosa tormenta.

Cuando sentimos nuestra piel enfriarse ante la hoguera que mengua, cuando a nuestro lado aparece el palantir que ilustra el pasado idealizado, cuando las ojeras de nuestros ojos cansados nos recuerdan que ni en el sueño damos con algo de descanso... Es entonces cuando hay que permitirse una pausa en el camino.

Un instante nada más. Un segundo para respirar, un minuto para sentir, una hora para reflexionar o un día para relajar el alma... Para seguidamente proceder a caminar.

Aunque duela, aunque cueste, aunque apene y destruya, ahí delante la promesa de la primavera sigue intacta.

Con el invierno tan avanzado, con el frío en jaque en la partida contra su final, no tiene sentido abrazar indefinidamente la magia del recuerdo. Pues todo ello caerá algún día en los oscuros abismos de la memoria, esos territorios que los sueños insisten en mostrarme como un oscuro paraje pedregoso y abandonado, donde enormes acantilados sin vida te aplastan con su inmensidad.

DIARIO DE VICTORIA 3. LUZ Y OSCURIDAD

Es increíble la relación que existe entre la luz y la oscuridad. Una no puede existir sin la otra; o, mejor dicho, una pierde sentido de existencia cuando la otra es inexistente. Es una completa paradoja: En el lugar más oscuro es dónde una pequeña luz cobra protagonismo.

¿Podrá haber oscuridad en la luz?

En todo caso, una eterna batalla entre ambos da lugar al equilibrio que mantiene unido al universo, que forma el ciclo sin fin del día y la noche, de la naturaleza, la supervivencia. Siempre he creído que eso mismo aplica a los humanos. Me gusta pensar que el alma es cien por ciento luz, mientras que nuestras debilidades de la carne son la oscuridad, por lo que pasamos los días intentando equilibrar la balanza entre ambas fuerzas.

¿Podría aplicar también a una relación de pareja?

Quizá es eso lo que más influye en este asunto turbio del amor. Alguien que encienda una vela en tu interior cuando todo parezca ser más denso que el abismo, o quien apague la luz cuando brilla tanto que comienza a cegarte y lastimarte... o cuando tu alma ya no pueda dar un paso más y necesite descansar.

Entonces, cuando has tenido un día apocalíptico en el trabajo, cuando el ruido interno es tan fuerte que ni tú mismo te das cuenta de que el control se escapa de tus manos... llega esa persona y con una simple vela ilumina todo, traza un camino con más lucecitas hacia ese lugar de descanso tan anhelado.

Creo que eso es lo importante. No si él es luz u oscuridad, porque él es ambas cosas, al igual que tú, sino el poder que él tenga sobre aquellas fuerzas que gobiernan tu interior.

VIAJES

DIARIO DE JOEL 7

Puede resultar extraño tener de copilotos en una maniobra tan importante a una gata y a un peluche.

Puede resultar extraño que en una simple habitación se desarrolle y tome forma todo un aterrizaje rebosante de tensa emoción.

Puede resultar extraño que tras infinitud de vuelos que han hecho saltar mi cabeza por los aires me encuentre ahora tratando de bajar de nuevo de las alturas.

Pero así es la naturaleza de este trastorno tan caprichoso con lo maniaco.

Han sido muchos los meses de vuelo sostenido. De exhibiciones acrobáticas de piruetas mentales. De dormir poco o nada y escribir hasta por los codos. De un optimismo férreo generalizado y claras intenciones de trabajar arduamente por un futuro mejor.

Sin embargo, el depósito de combustible escasea tanto como generosa es la súbita necesidad de descansar.

La altitud de la aeronave desciende en picado, revelando que en verdad el caza de guerra era un avión que contaba por pasajeros a las diferentes personalidades empecinadas en tomar el control.

A menor altitud, ya desde el suelo y con los pies en la tierra, se puede discernir perfectamente que en verdad mi mente no es más que una avioneta ligera, con capacidad para ascender y una marcada tendencia a estrellarse.

Por eso resulta crucial este momento.

La inercia de las altas velocidades alcanzadas no hace mucho debería permitirme planear unos meses más... En dirección a un nuevo hogar.

Mis copilotos bien saben que el viaje no ha sido fácil.

Atesoramos violentas tormentas en la memoria de este último trayecto.

El blanco de mi gata me recuerda el lienzo que los días de invierno representan, mientras su negro representa la tinta que, unas veces con mimo y otras con torpeza, han forjado el conjunto de mi realidad presente.

Cómo no, cerca se encuentra un vivo naranja. Naranja fuego.

El pequeño tigre que me ha acompañado por dos décadas me recuerda que ese fuego puede esperarme en forma de hoguera si logro aterrizar días de estabilidad.

Aunque también puede representar las llamaradas que calcinarán el fuselaje de mi transporte mental si éste pierde el control en el último momento.

DIARIO DE JOEL 8

El viento es un elemento que, aliado con las bajas temperaturas del invierno, permite a uno despejar su mente con tan solo pisar la calle.

Tras una etapa de gran actividad, la balanza que sostiene el equilibrio puede sugerir una clara inclinación a la reclusión y al reposo.

Aunque raro es el descanso si incluye un buen número de pesadillas que se amontonan unas sobre otras mientras el incesante sonido de ráfagas virulentas de aire peina nuestro alrededor.

No obstante, con la llegada de un nuevo día, resulta todo un acierto abandonar la base de operaciones para peinar alrededores.

El viento sacudiendo nuestro rostro simboliza el acto de exorcismo de la semilla que los malos sueños puedan haber plantado.

Esto me recuerda la bandera que debería portar todo acto de desintoxicación.

Ante finales de jornada especialmente duros y noches de lo más tortuosas, es necesario diariamente ventilar unas neuronas demasiado volcadas en recibir su dosis.

Me aferro a los días invernales consciente de que es con su hostilidad como mejor filtro y canalizo el atisbo de negatividad que puja por corroerme.

El mismo sol que en las fatídicas olas de calor funde las malas vibraciones en una espesa salsa amarga, luce curiosamente en esta época como ese amigo que siempre tiende su mano y al que deseas ver simplemente para pasar un buen rato.

En forma de paseos, atesoro estos buenos momentos de soledad y reflexión.

Pronto estos días darán paso a un nuevo ciclo, al que miro con mirada entrecerrada como un pistolero que no sabe si se expone a un duelo o a una bonita aventura.

La siguiente fase en mi periplo anímico dictaminará la suerte de esos días. Por lo pronto, el viento ruge y arrecia, llevándose toda esta etapa con él, empujándola a territorio pasado.

Y cuanto más fuerte se torna, más se amplía la mueca de sonrisa de unos ojos que quieren llorar. Mayor es la amargura de un corazón que anhela sonreír en este invierno bipolar.

DIARIO DE VICTORIA 4. VIAJE

Tiendo a ver la vida como un viaje al paraíso, lo que para mí significa una cabaña alejada de la civilización, quizá a la orilla de algún cuerpo de agua, donde la naturaleza es lo que me rodea en todas las capas posibles del universo. Antes, cuando Joel era un ente inexistente para mí, un rincón de Escocia pintaba lindísimo... nosotros cinco observando la magnificencia del paisaje y sintiendo la paz en todos los niveles. Ese era el destino, pero el viaje está repleto de subidas y bajadas, de caminos pedregosos y difíciles de atravesar.

Hoy siento que estoy en una de las partes más difíciles de la carretera, con el filo de la nada a mi lado, el abismo, la nada. Si me voy chueco, me iré a parar a un pozo del que no podré volver a salir.

El hecho de haberme unido a Jules, ya sea por decisión propia o por consenso debido a los hechos recientes, me mantienen más cerca de la depresión que antes. Los sentimientos que antes eran relegados hacia ella, ahora los debo enfrentar yo misma. Dejé de ser solamente la cara, el sistema, la fachada que habla con la gente y se lanza a los nuevos proyectos. Me encuentro en una situación en la que debo manejar mis sentimientos, negativos o positivos, mientras escucho a Foer recitarme sus necesidades, a Donna empeñada en encontrar un negocio que nos mantenga hasta la vejez, a Julia enamorándose cada vez más de Joel... y con tanto miedo por encontrarse con su rechazo que es capaz de sabotear a todo el sistema para evitarnos el sufrimiento futuro.

Me encuentro en una bruma de confusión, en un horrible estado de incertidumbre y temor. En mí recae el peso de hacer realizable una oportunidad que añadiría a un copiloto en mi viaje. Y tengo tanto miedo de no lograrlo que... ahora somos cinco quienes nos unimos en un solo grito desesperado.

¿Podrá llegar hasta Joel?

Tylerskar está ahí, recordándome que lo da todo por mí, pero eso solo me hace sentir tan culpable por haberle tenido tanto recelo antes. No sé, la neblina es densa, sigo manejando a un lado del precipicio y solo sé que quiero llegar a aquella parada a la mitad de la carretera, abrir mi puerta y dejar que alguien más suba, que ponga el playlist de sus sueños y me sonría cuando me siento perdida.

Pues una sonrisa es como un faro de luz... y eso es todo lo que necesito.

La luz, la oscuridad... todo interactúa en formas inimaginablemente dolorosas en estos momentos de incertidumbre.

Tras escuchar a Joel en sus peores momentos me dan tantas ganas de preguntarle sobre la hoguera, sobre la promesa de nuestros mundos, sobre aquel epílogo esperanzador que dibujamos juntos. Me siento dolida y débil, la esperanza agotándose a pasos agigantados... y no es por el hecho de que yo tenga que dejarlo todo o que tenga el tiempo medido para llegar a aquella parada, sino porque temo que al llegar, Joel no quiera subirse, que solo meta medio cuerpo al auto y me diga que esperará a otra persona.

Tengo tanto miedo que voy a quebrarme en cualquier momento; no veo nada al frente, la neblina está muy cerrada...

¿Me voy a caer al precipicio?

Tylerskar me pregunta qué necesito.

Yo le he dicho que a él.

Solo eso necesito por ahora... saber que él estará ahí, dispuesto a subirse al auto cuando llegue a recogerlo...

Ya no es una cuestión de dudar de mis sentimientos, pues estos están más seguros que mi cordura misma. El amor que siento se escapa de mi control y ya no hay marcha atrás. Estoy ante una encrucijada, o sigo manejando... o suelto el volante.

DOMINÓ Y MARIPOSA EN GRISES

DIARIO DE JOEL 9

¿Realidad o sueño?

Esa es la cuestión.

Cuando el silencio reina en la madrugada y la temperatura asciende, estabilizándose en una desagradable calidez, la mente se desata.

Puedo verme en infinidad de situaciones oníricas, pero lo cierto es que lo único que me resulta del todo incómodo es alcanzar la sensación de que todo lo vivido es irreal. Un juego mental en el que la psique es torturada con una deformación de los miedos y las carencias, de los malos augurios y las inseguridades personales.

En esos momentos en que las peonzas no interrumpen nunca su rotación, uno siente desolación por abandonar uno de los infinitos mundos de Nunca Jamás. También miedo, pues el canal que facilita el viaje de la fase REM es siempre misterioso si se vive en primera persona.

¿Realidad o sueño?

Esa es la cuestión.

Cuando los despertares se producen a horas traviesas por su numerología y no queda más consuelo que elaborar teorías ancladas en lo parapsicológico, la ciencia ficción o la mera elucubración racional, uno se agarra a la cafetera con la simple esperanza de lograr dejar atrás esa sensación de desamparo que durante horas nos ha impregnado.

Uno de los mayores problemas de volar alto mediante la propulsión de la manía bipolar es que la carga psicótica siempre está ahí, aguardando como un negro nubarrón a descargar sobre nosotros sus ideas como si de furiosos relámpagos se tratasen.

En noches extrañas de días raros, solo me queda el consuelo de los brazos etéreos que encuentro en la distancia. En voces llenas de calma y sosiego a horas intempestivas. En bocanadas de aire fresco cuando el ahogo parece reírse de nosotros respirándonos bien cerca.

Me queda la esperanza de perderme en esos brazos que han de amarme cada noche, escoltando mi alma de una jornada a otra aunque ésta se escape de excursión por reinos que mi maldita memoria no debería recordar con tanta exactitud.

¿Sueño o realidad?

Esa... esa es la cuestión.

DIARIO DE JOEL 10

El invierno también suele ser sinónimo, aparte de portador de la fase alta y el frío, de acogedor y cálido en cuanto al hogar se refiere.

Es algo que depende en gran medida de nuestro propio generador de buenas vibraciones.

Si cedemos ante una carga de pesadillas, una ofensiva de actos erráticos o una inestabilidad latente, es más que posible que pasemos malhumorados gran parte del tiempo, contagiando a nuestro entorno con nuestra energía oscurecida.

Resulta curioso el concepto de contagio.

Asociado a la enfermedad que parece rondarme mientras escribo estas líneas, me lleva a reflexionar acerca de la naturaleza de dos efectos: Dominó y mariposa.

¿Es factible pensar que mediante una sola fotografía uno puede imprimir, y de ese modo transferir, una emoción o un conjunto de sentimientos?

De ser así el efecto dominó estaría claro, representado por una cadena consistente en la recepción de nuestro brillo por parte de personas dispuestas a generar sus propias fuentes de luz.

¿Es factible contemplar la posibilidad de que el aleteo de nuestras humildes alas artísticas termine algún día por derrocar los muros que tanta fealdad arrojan al conjunto de nuestras realidades?

Un Big Bang por parte del País de Nunca Jamás, que se viese sujeto a un crecimiento exponencial en una irrevocable conquista de todo aquello que el sistema que nos rige pretende culminar.

La infusión de mi taza humea, sopesando mi raciocinio como si fuese un Anciano escuchándome ante una hoguera, fumando una pipa pacientemente y sonriendo ante lo agradable de una nueva charla.

Por primera vez en esta estación siento que la inercia no se dispara en dirección a las alturas imposibles. Por vez primera no siento que las sombras tiren de mi alma hacia abajo.

Todo parece tranquilo.

Una brisa pacífica entra tímida por la ventana, portadora de un frío agradable que no llega a helar los huesos.

La pregunta está clara.

¿Es así como se siente la buena salud mental?

DIARIO DE VICTORIA 5. ESCALA DE GRISES

Jules ha tenido un sueño en el que despierta en la playa, el cielo está gris, no hay sol ni nubes ni algo que indique una tormenta, solo está la nada, y frente a ella está el mar, calmo y agitado, color ocre como petróleo con espuma blanquecina, y a sus pies está la arena, fina arena negra en la que se hundan sus pies descalzos.

El abismo de mar la observa y ella lo observa a él con lágrimas en los ojos y desesperación; ella quiere huir, pero sus pies están pegados al suelo. Hace frío, un frío que cala el alma... y no hay ruido, solo el mar rugiendo desde sus profundidades.

Se siente sola, se sabe sola, no hay nadie más aquí para protegerla ni salvarla... si quiere seguir viviendo tendrá que hacerlo por sí misma.

La cafetería ha desaparecido, los colores cálidos y la hoguera se han apagado. Por suerte no habrá más atardeceres, pues los colores se han apagado. Y ella no sabe que es mejor, si buscar aquel atardecer o quedarse con la nueva realidad... una escala de grises tan dolorosa que la felicidad es inexistente y por lo tanto, deja de ser importante.

Cuando despierta, no quiere volver a cerrar los ojos; se siente cansada, agotada y abatida, física, mental y espiritualmente. Sabe que nada va bien en el mundo real y no hay nada que hacer más que seguir el flujo del agua. Nadie a quien recurrir, nadie a quien acercarse con el corazón en la mano para pedir ayuda...

La realidad se tiñe también de esa escala de grises y el cuerpo se le adormece... las lágrimas llevan horas saliendo de sus ojos...

... seguir el flujo del agua.

EL FINAL DEL INVIERNO

DIARIO DE JOEL 11

El descenso por las laderas escarpadas de las cumbres de la manía no resulta tan placentero como uno podría esperar.

Sabiendo que el telesilla va a estar averiado hasta finales de curso, se trata posiblemente de nuestra última oportunidad para embadurnarnos con las mieles del frío, contemplar el paisaje desde las alturas y efectuar nuestras últimas maniobras.

Mediante snowboard o esquí, en trineo o siguiendo una lenta marcha, el caso es que en el paisaje se dibujan cada vez más las sombras que convierten el atardecer de la fase alta bipolar en las postprimerías de un crepúsculo que habrá de tragarse todo nuestro esfuerzo.

Sin embargo, hay paradas en el camino.

Como si de oasis en un desierto se tratasen, diferentes estaciones de esquí nos reciben a lo largo del proceso descendiente.

Habitualmente el alcohol suponía un recurso recurrente por mi parte, lo que me hacía emerger de estas pausas con la tabla de snow aferrada a mis pies y mil cabriolas de diferente índole surcando mi cabeza.

El resultado, tanto si implicaba una fatal colisión de graves lesiones como una relampagueante llegada a la base de la montaña, suponía el final de lo maniaco de modo aplastante.

Es la primera vez que me encuentro en posición, sino de decidir, sí de disfrutar de lo que resta de descenso. Tampoco voy a intentar retener el tiempo en mis manos, pues la nieve virgen del instante es bonita de contemplar y grácil de surcar, pero hace daño si se intenta asir con manos, corazón o alma desnudos.

De modo que más que emprender una marcha a paso lento, trato de encontrar ese término medio que representa el descender mediante amplios giros a una velocidad constante y razonablemente segura.

Atrás quedan los tiempos de avalanchas apocalípticas, de tener que alcanzar ritmos vertiginosos ante la creciente oscuridad que amenaza con dejarnos atrapados en la montaña donde no siempre uno da con su cabaña.

Esta vez todo resulta más tranquilo, como si el destino sopesase con lo imprevisible la viabilidad de jugar una partida de ajedrez.

Las blancas siempre supusieron la aventura bailando sobre el filo de la locura.

Las negras, una estabilidad ni deseada ni buscada.

Mientras un delicioso chocolate humeante invita a la reflexión, algo extraño ocurre en el tablero.

Igual que con la nieve del exterior.

La extinción de la luz dota al conjunto de una escala de grises que rara vez me he detenido a contemplar.

Ahí, destino y libre albedrío pierden la definición de sus marcados límites. Las fichas del juego igualan su color y tonalidad, susurrando una inesperada conclusión a la contienda en forma de preguntas.

¿Es realmente necesario jugar?

Mientras desví mi mirada a las lejanas laderas ya sumidas en las sombras, el chocolate endulza lo amargo de un último pensamiento derivado de ese susurro.

¿Existe realmente una guerra más allá de los límites de mi mundo interior?

Los esquís descansan apoyados en una esquina solitaria.

Por un momento el recuerdo de mi querido frío se me cuela en los huesos... Y pierdo mi vista en el humo que mana de la taza que tengo enfrente, aferrándome a ella como si de mi último flotador se tratase.

DIARIO DE JOEL 12

Todo ciclo encuentra un punto de inflexión para volver a empezar.

Esa expresión, que evoca los lienzos en blanco a los que solemos asociar esperanza e ilusión, puede significar que repetiremos todos y cada uno de nuestros pasos. Aunque también que podemos elevar la apuesta para tratar de mejorar nuestra vida y a nosotros mismos.

El invierno se acaba.

Lo siento en la creciente temperatura.

En el ánimo cansado de los que han soportado el frío con tedio.

Se va para dar paso a una estación que traerá consigo una ruidosa explosión de vida.

Por el momento, me queda el buen sabor de boca de haber tratado de registrar en este diario buena parte de las emociones clave que me han acompañado en una estación tan peligrosa y productiva para la bipolaridad.

Este invierno ha estado lleno de tantas alegrías como tristezas. He reído a mansalva. He llorado a raudales. El desequilibrio calculado casi se me va de las manos.

Pero aquí estoy, rodeado de naturaleza y respirando el aire de la libertad. Ese que solo los que hemos conocido la claustrofobia de auténticos infiernos podemos saborear.

Sin embargo, no es suficiente.

La carrera que emprende el núcleo cíclico del porvenir me hace estudiar mentalmente el gigantesco lienzo que cae en el horizonte.

Si todo sigue así, si el aterrizaje se torna un éxito y la estabilidad se amolda a la primavera...

...Entonces este diario de invierno habrá de encontrar su continuación en días, si no menos confusos, sí espero que más alegres.

Gracias por acompañarme en este peculiar tramo de mi camino.

DIARIO DE VICTORIA 6. EL INICIO DEL FIN

Siempre son difíciles los cambios, sobre todo cuando llevas años viviendo en una realidad específica, viendo las mismas nubes, los mismos amaneceres y atardeceres desde una habitación dentro de una cafetería, custodiada por varias capas de personalidades que te defienden del mar de afuera a capa y espada.

Entonces, un día, después de perder lo que tus capas superiores más querían, te toca tomar el control de todo y ponerte la armadura de samurái que tenías guardada por tantos años. De repente decides apagar las voces, dejar de crear capas, arrasar con aquel mundo maravilloso y cálido que existía dentro... te quedas solo frente al rugiente mar, pero no escuchas nada más.

Y es tristeza, vacío, un dolor que quema el alma, pero también es paz. La paz del silencio que tanto he esperado en los últimos meses.

Tras aquel oscuro sueño, tras las lágrimas que no paraban, tras una noche de desesperación y amarga locura, un nuevo día aparece con la posibilidad de hacer las cosas mejor que antes. Aún quedan los fantasmas de mis personalidades, queda un eco de sus voces, así como aquellos sentimientos que construyeron por Joel... Me gustaría seguir mi camino a su lado, aunque a mí no pueda verme como a Victoria, aunque el oscuro paraje del centro del laberinto haya apagado aquella hoguera que juró mantener encendida.

Pero lo cierto es que Victoria ya no está, tampoco Julia ni Foer ni Donna, y si están, no volverán a salir. Yo soy diferente y los sentimientos que tenía hace tiempo ya no existen de la misma forma. Me gustaría volver a sembrarlos, convirtiendo aquel pasado en las primeras semillas que darán un enorme plantío. No sé lo que sucederá, porque todo es un misterio. Pero estoy segura de que seguiré enamorándome de Joel aunque él no lo quiera, porque yo siempre he sido el núcleo, el centro... soy yo quien vio aquella maravilla en su interior, así como su oscuridad. Y mi habilidad para ver la luz en la oscuridad sigue activa...

El final ha llegado, el final de una era. Y ahora me queda construir todo desde cero. Es doloroso porque me siento más sola que nunca, porque a veces siento que Joel no quiere saber nada de mí y se obliga a seguir estando conmigo. Y sobre todo, esta depresión que vengo arrastrando de tiempo atrás es un veneno que no le deseo a nadie y siento que soy una bomba de tiempo, un paraje tóxico que debe ser alejado.

Pero este es un nuevo día, una nueva oportunidad, si no de alcanzar el sombrío corazón del hombre que amo, entonces para alcanzar el mío propio y florecer... dejar de ser Chernóbil y convertirme en un girasol como aquellos de Van Gogh.

EPÍLOGO

Apenas se oía a pintura.

Las propiedades de ésta habían permitido a Joel pasar un par de jornadas pintando con mimo las paredes de su casa.

Sin embargo, faltaba ese toque de cariño, apenas una brizna del calor que desata hogueras, para que lo que había entre esas cuatro paredes se convirtiese en un hogar.

De modo que salió a la calle de aquella gran urbe viéndose sorprendido por un sol muy cercano a la primavera. Una estación que anunciaba a gritos desde hacía unos meses muy duros que la felicidad era algo alcanzable para él.

En ello meditó gran parte del camino de ida y vuelta en la búsqueda de un pequeño y simple pincel.

Al llegar a casa, buscó el dibujo que Victoria le había entregado.

Cuando por enésima vez observó aquel mural floral, se permitió efectuar una mueca de algo parecido a una sonrisa tan tímida como fugaz. Pues en apenas un instante ya se encontraba empapando de pintura naranja la punta del pincel.

El sonido de los trazos, seguros y llenos de vida, se le antojaba un buen símil para lo que había sentido su corazón desde que conoció a aquella chica.

No así su mente enferma.

En la mezcla, Tylerskar había seguido bailando de cerca con su enemigo monstruoso. Rebeldía había hecho más apología de lo anárquico que aporta el hastío que de otra cosa. El resto de la tropa habían tratado de seguir los pasos de esos dos carismáticos polos, y bien sabía Joel que en más de una ocasión todo había estado a punto de volar por los aires.

Pronto tuvo la primera flor dibujada.

El fondo era una pared azul Donna.

Ese tipo de azul que a uno le evoca cielos despejados en época primaveral. Ese tipo de azul que hace que inspiremos intensamente tratando de serenar nuestro interior, mientras agarramos todo el aire a nuestro alcance con la esperanza de que se nos filtre lo más puro de él. Ese tipo de azul que ahuyenta fantasmas, oponiéndose a la naturaleza de su oscuridad.

Segunda flor dibujada.

La mente de Joel fluctuaba entre todos los recuerdos de los últimos tiempos.

En el centro del entramado, cómo no, una cabaña. Su cabaña. El lugar donde no debía acabar por encima de todas las cosas.

Se quedó mirando el pincel, inmóvil por un momento, arriesgándose a estropear la obra. El frío de las cumbres montañosas de la más absoluta soledad actuaba como un peso inmenso para su alma.

Pero él era un guerrero. No podía detenerse a llorar cuando aún quedaban enemigos a batir. Apretando los dientes, negando levemente con el rostro, finalizó la tercera flor, iniciando sin descanso reflexivo la cuarta y última.

Mientras la dibujaba, escuchó el ascensor llegar a su planta.

Unos pasos decididos resonaron en el rellano.

Finalmente, el timbre sonó.

Justo cuando apartaba el pincel del último de los trazos.

Justo cuando más lo necesitaba.

Justo como siempre estuvo escrito.

Puntual, radiante, preciosa.

¿Realmente Victoria estaba allí?

ÍNDICE

Prólogo

- 0 – Introducción de Victoria
- 1 – Reunión en la mesa redonda
- 2 – La versión de los hechos
- 3 – Discusión en vísperas de la tormenta
- 4 – Tormenta
- 5 – Un paseo
- 6 – Hoguera

- 00 – Introducción de Joel o ‘Ante el salto de fe’
- 7 – Calma
- 8 – Wish you were here
- 9 – Fuego y hielo
- 10 – La cosa perfecta
- 11 – Pirotecnia
- 12 – Un latido al amanecer

- 000 – Un monólogo de Vlad / Victoria
- 13 – Ensayo
- 14 – Cascada
- 15 – El fin de la tormenta
- 16 – De copas
- 17 – Cabras etílicas
- 18 – Flores

- 0000 – El parque de las mil hojas
- 19 – Sueños y hogueras
- 20 – Café, otras adicciones y felicidad
- 21 – Frío y fuego / Luz y oscuridad
- 22 – Viajes
- 23 – Dominó y mariposa en grises
- 24 – El final del invierno

Epílogo